

Memorias de otras realidades

S. Abraján



Capítulo 1

La caída del Viajero

Le habían dicho al Viajero que visitara esa realidad compuesta de enormes caminos bordeados por un océano de riscos. Sin sol ni luna ni estrellas, el negro del cielo se mezclaba con la negrura del fondo de los acantilados por los cuales algunos seres se arrojaban. Muchos de ellos venían de ver al Sabio, y al dejarse caer tenían rostros tristes, impresionados, alegres o iracundos. El Sabio nunca repetía el mismo diálogo dos veces, había oído el Viajero, y cada uno de esos rostros que se despeñaban era un reflejo exacto de las palabras del Sabio, que acababa de revelarles la última realidad de sus existencias. Así aceptaban, gustosa o renuientemente, su caída por los abismos, con esperanza y desesperanza, pero siempre seguros de que el fondo sólo sería la siguiente etapa de su historia.

El Viajero recorrió esos riscos preguntando por la casa del Sabio, y aquellos que sabían de su ubicación muchas veces se arrojaban a la negrura inmediatamente después de señalar el camino al Viajero. "El Sabio los ha de haber impresionado", pensó el viajero, "y después del sabio no hay más camino que adelante, aunque para seguir adelante primero deban caer. ¿Será así conmigo? ¿Sentiré también esa necesidad de caer después de conocer la verdad última de mi existencia, y me despeñaré por esos abismos? Habrá de suceder, me temo, todo aquello que mi limitada imaginación pueda pensar; una pérdida de tiempo es preocuparme".

La casa del Sabio estaba esculpida en la roca del interior de una cueva, la iluminaban antorchas en la entrada, que estaba bloqueada por una cortina gris; de ahí salió un ente que se debatía entre llorar y reír, por lo que al pasar junto al Viajero iba haciendo ambas acciones separadas por un tic nervioso, y el Viajero observó cómo éste se precipitaba hacia la caída más cercana.

El Sabio estaba sentado del otro lado de una pequeña mesa redonda de piedra. La habitación era de paredes de granito, polvorienta e iluminada por apenas cuatro antorchas cuyos fuegos morían poco a poco. El Sabio no recibía más visitas cuando las antorchas se apagaban, le habían dicho al Viajero. El Sabio le dio la bienvenida y lo invitó a sentarse en una silla de piedra que estaba frente a la mesa. El Viajero se acomodó. El Sabio estaba completamente cubierto de tela negra, incluida la cabeza; no se le veía ni los ojos ni la boca. El Viajero tuvo la impresión de que debajo de aquella tela de forma humana en realidad no se hallaba un cuerpo

tangible.

“¿De dónde vienes y a dónde vas, Viajero?”

Su voz tenía la reminiscencia del timbre de una garganta humana, pero insonora, pura y cristalina como un diapasón.

“De dónde venimos y a dónde vamos todos los viajeros: de todos lados y a todos lados.”

“¿Has viajado mucho?”

“Es absurdo decidir si he viajado mucho o poco. Otros como yo viajan durante eternidades; otros se aburren después de visitar mil o dos mil realidades. Para algunos he viajado demasiado; para otros no he viajado nada.”

“¿Y ya te consideras trascendental?”

“Lo era desde antes de adquirir mi naturaleza de viajero. Todos lo somos en algún mundo. He viajado a mundos que se destruyen con sólo mi presencia. Sin embargo, también he estado en otros mundos en los que me han matado dándome el más inocente de los abrazos, donde la más leve gravedad me ha hecho pedazos, donde el ruido más inaudible me ha dejado sordo. Es en las Magnitudes que mi existencia adquiere equilibrio y balance.”

“Si tu vida está ya en balance, ¿qué es lo que esperas de mí? ¿Qué puedo decirle yo que le sirva a un Viajero como tú?”

En este punto el Viajero miró con desconfianza al Sabio.

“Tú eres el Sabio que conoce la verdad última de la existencia, me han dicho. Quiero saber hasta cuándo, hasta dónde, continuará este proceso de viajes que no tienen más propósito que hacer más y más grande la burbuja en la que existo, que llenarme de sentimientos y conocimientos de mis infinitos alter egos, y aumentar mi libertad hasta convertirme en lo que algunos denominan como dios.”

El Sabio rio. Su risa se sentía como un aire marino.

“Quien te haya dicho que es mi don el conocer la verdad última de la existencia de todos te ha mentado, o eres tú quizá el que se ha equivocado de universo y estás ante el Sabio equivocado.”

“Fueron homólogos míos los que me han dicho de ti, en este preciso

universo y tiempo. No puede haber error alguno.”

“Deben haber sido ellos los que han interpretado su entrevista conmigo como la “verdad última de la existencia”, lo que eso signifique. Vienen muchos seres conmigo, muchos viajeros como tú también. Mi objetivo nunca ha sido más que el de escuchar y contestar. Pienso en mí más como un platicador que como un Sabio. A veces, cuando las mentes de los que me visitan son muy débiles, les platico diciendo lo que quieren oír, y esos no siempre se preocupan por aquello que llamas “verdad última de la existencia”. Mi diálogo lo modifico de acuerdo a ellos, pero al final siempre acabo diciéndoles la misma cosa a todos y cada uno de ellos.”

El Viajero se emocionó.

“¿Qué?”

“¿Ya tan rápido quieres terminar nuestra plática? Te acabo de decir que eso sólo lo menciono al final. Y es generalmente en ese momento cuando sus rostros cambian: se aterran o se emocionan, salen de aquí locos o iluminados, pero en todo caso acaban arrojándose por los precipicios. No tengo idea de por qué lo hacen ni qué hay del otro lado.”

“Un compañero mío, que se arrojó luego de hablar contigo, me dijo que al final del precipicio simplemente volvió a su realidad original, y continuó viajando como si no hubiera pasado nada.”

“Este compañero tuyo, ¿no te contó lo que yo digo al final de mis pláticas?”

“Nadie habla nunca de los detalles de lo que se dice aquí; se han negado a todas mis peticiones. Pensé que se debía a que era algo diferente e irrepetible para cada quién, por lo que sería inútil explicar a los demás qué ha sido aquello que les ha hecho arrojar al vacío.”

“¿Hay alguna razón por la cual te urja saber hasta cuándo durará tu estatúo de Viajero? ¿Ya estás cansado de visitar las infinitas realidades, de ser a veces libre y a veces esclavo, y de seguir expandiendo tus experiencias?”

El Viajero dudó un poco si contestar esa pregunta directamente o si debía dejar en claro su respuesta por medio de alguna metáfora o relato que ejemplificara su inquietud, pero viendo que las antorchas estaban restringiendo su tiempo, se limitó a responder:

“Sí, ya estoy harto.”

El tono metálico del sabio se tornó más relajado; los restos de su antigua voz humana cobraron más fuerza. Ese cambio estremeció un poco al

Viajero.

“Cuando yo era anciano en mi primer mundo, también estaba harto. Recuerdo aquellos tiempos en los que sólo conocía una realidad, cuando creía que los hechos del mundo eran especiales, únicos y sin comparación. Intenté acabar con mi vida por estar harto de vivir. Pero no morí. Por más que lo intentaba era imposible acabar con mi vida. De ese modo viví cientos de años. Los seres de mi mundo se asombraron de mi aparente inmortalidad; me llamaron el más grande milagro de todos los tiempos. Me estudiaron y me dedicaron una rigurosa investigación, intentaron matarme y nunca moría; siempre había algo que favorecía que mi muerte fallara. Mucho después aprendí que sí iba muriendo, pero mi mente, sin darme cuenta, viajaba a los mundos en los que aún vivía. Finalmente me harté también de ese estado (que en ese tiempo consideraba único en mí), y poco después apareció ante mí un Viajero como tú. Tu rostro es muy similar, a lo mejor en verdad fuiste tú el que me sacó de esa vida y me convirtió en un Viajero.”

“No he hecho nada como eso.”

“En todo caso, fui un viajero por cientos de eternidades, así como tú. Adquirí libertad y conocimientos y viví como un ser indefinido. Hasta que finalmente un día me harté, como tú, de ser el más libre y el más esclavo de la existencia, y de viajar por el simple hecho de que podía hacerlo, sin un objetivo en particular.”

“¿Qué hiciste?”

“Elegí volver a vivir una vida común, naciendo en un mundo distinto a mi mundo original, esperando que, si volvía a empezar de nuevo y borraba las memorias de mi naturaleza, mi existencia volvería a ser interesante. Así reencarné en un mundo nuevo, sin saber que era en realidad un Viajero que se hartó de viajar y decidió olvidarlo todo para empezar de nuevo. ¿Sabes qué pasó después? El mismo ciclo continuó casi exactamente igual que la primera ocasión: mi mente se mantuvo viva hasta la llegada de otro viajero, y volví a viajar entre los universos por varias eternidades. No tenía el más mínimo recuerdo de haber sido ya un viajero, pues en mi estado de gran poder pude suprimir todas esas memorias. Eventualmente volví a hartarme y volví a decidir empezar de nuevo, luego volví a ser un viajero y me volví a hartar. ¿Cuántas veces crees que he recorrido este mismo ciclo?”

“Dime.”

“Es el número más cerca del infinito que puedas pensar. Tantas veces he vivido, tantas veces he viajado, y cada vez era un ser diferente. He sido entidades de todos los formatos, seres de todos los tipos, de todos los tamaños, de todas las compleciones y formas. Lo hice tantas veces que se

volvió inevitable empezar a darme cuenta de que había algo raro en mí mientras vivía todas esas vidas: tenía recuerdos raros, imaginaciones extrañas, sabía cosas que nunca había vivido y en mi mente se formaban ficciones a partir de ellas. Surgían como ideas creativas que en un principio atribuí a un gran genio imaginativo, escribí muchos libros y obras, y todos también pensaban que sólo se debía a mi maestría en el arte de la ficción. Pero sólo eran recuerdos y visiones que mi mente había adquirido de otros universos paralelos en los que había vivido ya. Pasé por ese ciclo tantas veces que mi naturaleza se fue haciendo más difícil de ocultar. Llegó un punto en el que mi naturaleza se manifestaba en todas mis vidas y me llamaban divino o sobrenatural, me ofrecieron cultos y ofrendas, me proclamaron el hombre más cercano a los dioses. Al irme de esos mundos ya no era un viajero común. Decidí volverme lo que soy ahora: una inútil sombra casi sin restricciones, al menos en los mundos de magnitud inferior a mí. No importa cuánto me diga que no volveré repetir ese ciclo que me llevó a lo que soy ahora, inevitablemente lo haré y quizá mantenga mis memorias, o quizá no. Pero dime, Viajero, si este ciclo continúa indefinidamente, ¿cuál será la consecuencia lógica? ¿Cuál es el resultado de poder vivir infinitas vidas por toda la eternidad, en toda la vastedad de los infinitos universos paralelos?"

El Viajero sentía una increíble emoción en la cabeza, una extraordinaria fuerza gobernaba su espíritu y lo dejaba al borde de la euforia, pero al mismo tiempo sentía un sobrecogimiento que el temblor de sus brazos delataba. No dijo nada. El Sabio continuó:

"Soy todos, Viajero, en todos los espacios y tiempos existentes, según dónde y cómo elija reencarnar en ellos. Infinitamente decidiré reencarnar en todas las versiones de lo que ya he sido, y en lo que nunca he sido."

"Entonces también eres yo."

"Todos los seres somos un único ser, un único Viajero que se harta y viaja sin fin por siempre y para siempre, y nunca dejará de hacerlo porque los seres no tienen fin. Quizá tú mismo ya has sido yo, probablemente hayas vivido muchos más ciclos que yo y aún no te das cuenta. Todo esto también puede aplicarse a cada ser que exista, incluidos aquellos que acaban lanzándose por los acantilados."

Las antorchas se habían apagado tanto que la figura del Sabio apenas se distinguía de la oscuridad de la cueva.

"¿Eso es todo?"

"Eso es lo último que le digo a todos los que me visitan. Recuerdo haber sido muchos de ellos y por eso les he hablado íntimamente. Han venido otros que me han resultado interesantes; me han dejado deseando repetir el ciclo una vez más para ser ellos. Quizá no recuerdes haber sido yo."

Quizá no recuerdes quién eres ahora cuando seas yo. Pero si algún día llego a ser tú, espero poder acordarme de ti.”

El Viajero permaneció un rato sentado en aquella oscuridad total. No sentía ya ninguna presencia del otro lado de la mesa de piedra. Salió de la cueva y caminó lejos de ahí, volviendo sobre sus pasos con el espíritu agitado y la mente dividiéndosele en infinitas decisiones. Su camino se bifurcó sin fin y fue hacia todas esas direcciones. Uno de ellos se detuvo a la orilla de uno de los negros abismos y contempló la nada que había entre ellos y el cielo.

Capítulo 2

La descentralización

Ánkora por poco olvida las llaves de su casa después de, tras un momento de intensa cavilación, haber decidido que ese día renunciaría a su empleo. Habiendo tantos mundos en los que aprovecharía mejor mi potencial, ¿por qué quedarme en esa compañía donde no hago más que sentarme atender a los que quieren ver al jefe? Sí, de vez en cuando es verdad que me llaman y puedo estirar las piernas un rato, el ambiente honestamente podría ser peor... ¿irá hoy Néing o seguirá enfermo? Me dijo que en su mundo no existen las mismas enfermedades que en el mundo donde está la compañía, me preocupa que se haga el resistente y termine con los hogls amputados de nuevo. Meditando sobre cómo llegaría hasta la oficina de su jefe y le entregaría su renuncia, llega a la estación de viajes. Se interna en aquel laberinto cúbico como siempre lo había hecho desde que era niña, y camina hacia la sección que contiene los cubículos de octava dimensión, dado que el mundo donde trabajaba se encuentra fuera de su megaverso. La estación es lo bastante grande para que casi nunca se tuviera que esperar por un cubículo vacío; Ánkora sólo una vez en su vida tuvo que tener paciencia para viajar a otro universo: tenía diez años, la habían invitado a la fiesta de cumpleaños de una amiga que vivía en un multiverso un poco lejano. La festejada había alquilado un cubículo para que los invitados se transportaran directamente a su casa. Lo que no sabían Ánkora y otras dos amigas era que la acompañaban era que la cumpleañera había cometido el error de invitar a media realidad a su fiesta, y los invitados que saturaban ese único cubículo fueron tantos, que Ánkora y sus amigas tuvieron que esperar más de una hora hasta que las coordenadas del cubículo finalmente se marcaran como disponibles. Ella había sugerido que simplemente pusieran las coordenadas de la estación de viajes más cercana a la residencia de la cumpleañera y ellas caminarían el resto, las razones por las que no habían hecho eso ya no le quedan muy claras ahora. Cuando al fin entra a uno de los cubículos de octava dimensión (desde la infancia no había podido evitar compararlos con gordos refrigeradores cilíndricos, cuyo color gris daba sueño al mirarlos), recuerda borrosamente que le habían dicho algo de que no habría sido educado llegar a la fiesta de otro modo, cuando habían dispuesto tan gentilmente de un cubículo personal. Fuera como fuera, sus memorias durante esa hora de espera son de aburrimiento, pasándosela percutiendo ruidosamente con el pie contra el suelo gris, cuya consistencia recordaba un poco a la arena mojada.

“Le damos la bienvenida”

Ánkora pone en el suelo su portafolio y se dirige hacia el panel, pegado a la pared curva.

“Le recordamos que este cubículo sólo transporta hacia megaversos. Por favor, verifique que las coordenadas hacia las que desea viajar se correspondan con las de un megaverso; de lo contrario, haga el favor de salir...”

Ánkora había sacado su tarjeta de viajes y la había metido en la ranura del panel. Al ser detectada, tecleó su contraseña en la pantalla táctil y apretó el botón silenciador de la derecha; ya está harta de escuchar la misma voz todos los días, como si fuera siempre la primera vez que viajaba. En la pantalla aparece la listas de “coordenadas guardadas, nueva coordenada, añadir y eliminar coordenadas”, selecciona su lista de coordenadas guardadas: Mamá-Universo, Sorenkiu-Multiverso, Zúruk-Ultraverso, Sol verde-Multiverso, Tía Vénua-Universo, Parque de las flechas-Megaverso, Papá-Ultraverso... Bajó por la lista con el dedo hasta que llegó a Trabajo-Megaverso. Lo selecciona y aprieta en “viajar”, pasan unos segundos, la pantalla pregunta Confirmar viaje a Trabajo-Megaverso-MegEx*2245*4653708*0078, ella confirma y la pantalla muestra viajando. Cuentan algunos que la primera vez que utilizaron los cubículos pudieron sentir, por una fracción de segundo, cómo el cubículo traspasaba la brana del universo; una ligera y sutil sensación de algo viscoso fuera del cubículo que viajaba a través de sus pies, pero había que estar muy atento para percibirla. Ánkora intentó sentir aquello muchas veces cuando era niña; nunca llegó a estar segura de si alguna vez lo sintió de verdad, o si lo poco que llegó a sentir no había sido más que su percepción engañada por la expectativa. Ahora el viaje era casi instantáneo; tardaba más tiempo elegir el universo al que quería ir que el viaje en sí. La pantalla ahora muestra el mensaje: Viaje realizado. Ánkora abre su portafolio y saca su huónt[1], que luego, como un collar para perros, se pone alrededor del cuello, aunque la forma del artefacto recuerda más a una diadema para el cabello que le deja la garganta descubierta. Entonces sale del cubículo.

Si no fuera por el huónt, los sentidos de Ánkora no habrían percibido más que densas nubes opacas que chocaban unas contra otras, desprendiendo fuertes sonidos metálicos y luces azules y amarillas, y todo se arremolinaba, ascendía y rebotaba en una turbulenta danza de aire vacío y pedazos de niebla. Pero el huónt registraba el mundo a su alrededor y se lo traducía a sus sentidos de un modo que su mente pudiera comprender más o menos: ella percibió rectángulos similares a calles y cuadrados como edificios, la primera vez en ese mundo tuvo problemas para orientarse porque todo parecía estar en segunda

dimensión; le costó algo de trabajo caminar con la misma naturalidad que como lo haría en su mundo, pero la costumbre, día a día de viajar hasta ahí para ir a trabajar, habían vuelto esa experiencia pura monotonía. Caminando por esas "calles", el huónt percibía seres y los interpretaba como vagas figuras humanoides o monstruosas que se movían de un lado a otro. Sus voces, que normalmente no podría escuchar, eran interpretadas en los oídos de Ánkora como un danzilmarés sumamente estándar, con tonos que sonaban falsos y casi sin emociones. Recordó que días atrás había visto cerca de su casa un anuncio que promocionaba la nueva versión de los huónt: Verás cómo en tu realidad, escucharás como en tu realidad. Ánkora ya quería comprar esa nueva versión, pues estaba cansada de las formas abstractas de la versión actual. Otra función esencial del huónt es hacer que el usuario adquiera una estructura similar a la de los seres nativos de otros universos. Desde el punto de vista de los seres a su alrededor, Ánkora se veía como un intento bastante pasable de niebla colorida, al que aún se le notaba una consistencia bastante opaca que delataba su procedencia de otro mundo. Ánkora también había visto a seres de ese mundo en su realidad, como turistas, y ellos también portaban su propia versión del huónt que también parecía hecho de niebla, y los percibía como monigotes con disfraces y máscaras humanas.

Hoy renunciaré, sí (esquinas puntiagudas de las "calles") visita un poco más antes, ¿no? ¿A este mundo? Se siente bien (el aire) fresco, (yo) sé qué hacer, iré (a trabajar al mundo donde vive Zúruk, que me propuso ayudarlo con el negocio de las tecnologías para universos de pintura) (pero) volver quizá después, no quiero (irme para siempre) [Seres hablan: —Oye no, pues, eh, a rato, ¿sí?, deja primero avisar a los demás y vemos], bastante (son como nosotros), (espero volver a ver a) Néing (los higtos que salen de su "cabeza") son interesantes, (intento de sonrisa) (él dice que) en su mundo no pueden (sonreír), no es natural. (Sonrisa) le gusta cuando lo hago (yo) (se me queda mirando): hazlo otra vez (pide) [Al doblar una esquina, un grupo de pájaros turistas, que Ánkora percibe grandes y azules, nítidos porque son originalmente de un universo primo del suyo, cantan: Ecce gratum] ¿Siguen (aquí)? ¿Aún no se van? Bueno, es agradable (escuchar aquí un canto que yo pueda oír como en mi mundo). [Seres se reúnen para escuchar admirados a los pájaros. Ánkora los pasa y se aleja]. Alguna vez quise (ser cantante), pero no tenía una buena (voz), (y tuve que) trabajar. (Estrés y cansancio de días de estudio y trabajo.) (Buscaba la) independencia, (nunca me sentí) independiente. (Esto es)... la independencia es una ilusión (un bebé bebiendo del biberón); sólo cambiamos de biberón a lo largo de la vida. El trabajo (papi, mami, biberón, teta, falda y brazos maternos). (El jefe) depende de sus empleados; (el rey) depende de sus súbditos; (el dios) depende de sus creaciones. No hay independencia mientras sigamos comiendo, durmiendo, bebiendo, necesitando este huónt. (Incluso si voy a trabajar con Zúruk) no seré independiente, (incluso si inicio mi propio

negocio) seré dependiente, (incluso si tomo mis propias decisiones y ludo por mi libertad) no tengo independencia. (Un cuerpo con atributos limitantes) (siempre) dependiente de este cuerpo y este ser.

Percibió el edificio de la compañía y entró por una "puerta" hecha de una "membrana". Al principio solía saludar a los trabajadores que se encontrara en su camino mientras estos avanzaban hacia sus respectivos puestos, pero pronto se dio cuenta de que un nivel de diferencia tan enorme como lo eran sus dos mundos hacía prácticamente imposible una convivencia cercana y con canales de comunicación abiertos para todos los seres, lo cual no era un problema debido al sistema que la compañía tenía para acoplar a los seres de diferentes mundos; un ambiente en el que sus limitantes no supusieran una desventaja. Esto lo habían logrado adaptando los espacios de trabajo a las necesidades de cada ser. En el caso de Ánkora, su cubículo, que se encontraba fuera de la oficina del jefe, estaba hecho con materiales de su mundo: madera y plástico, la pantalla holográfica estaba diseñada para poder ser usada con el huónt de manera telepática. Cada vez que algún ser llegaba con la intención de ver al jefe, ella guardaba en el archivo la información del solicitante y la base de datos revelaba información sobre él. Tenía una serie de requisitos mínimos que se debían cumplir para conceder la consulta con el jefe, y constantemente tenía que explicarlos una y otra vez porque al ser a veces le habían dado los requisitos equivocados o en proporción insuficiente. No faltaban los que ni siquiera tenían conocimiento de los requisitos y pedían una lista detallada de todos. Pero lo que más frustraba a Ánkora era que los requisitos andaban cambiando todo el tiempo; había días en los que podían ser centenares de requisitos diferentes, todos tan específicos y minuciosos que mientras estuvieran vigentes no había ser que pudiera entrar, pero al día siguiente podría ser un solo requisito, por lo que se formaban enormes filas de seres que esperaban, con impaciencia, su turno para ver al jefe. En el primer caso, siempre terminaba explicando y dictando los requisitos todo el día; y en el segundo, tenía que controlar a decenas de seres que tenían prisa por ver al jefe antes de que los requisitos cambiaran. Esto podía ocurrir de repente; Ánkora recibía en su pantalla transparente la información de los nuevos requisitos con tanta frecuencia que el resto de su trabajo consistía en leer listas y listas de requisitos una y otra vez. Eran relativamente tranquilos los días en los que los requisitos no cambiaban; sólo tenía que explicarlos a cada solicitante, sacaba las citas o las negaba, y a veces pasaba el resto del día sin hacer nada, pero debido a la naturaleza errática de los cambios de requisitos, sus momentos de ocio estaban contaminados por constantes vistazos a la pantalla. Tenía la impresión de que a cada rato algo había cambiado, y no dejaba de revisar la lista una y otra vez en busca de algún pequeño cambio que hubiera escapado a sus sentidos. En resumen, si no estaba ocupada atendiendo a los solicitantes, explicándoles los requisitos y manteniendo la calma cuando había filas, tenía que estar el resto del

tiempo comprobando el estado de los requisitos. Sus descansos tampoco tenían consistencia; estos le eran señalados por medio de un aviso que aparecía en su pantalla. La reanudación de su trabajo era anunciada del mismo modo, y el momento de este aviso también era diferente cada día, por lo que durante todos sus descansos tenía que estar atenta al aviso de reanudación. Había ocasiones donde el aviso del descanso nunca llegaba y terminaba trabajando más de ocho horas sin parar; otras veces era el aviso de reanudación el que nunca llegaba y se pasaba todo el día sin hacer nada más que tener que estar pendiente de él. La última particularidad que podemos mencionar de su trabajo es que, en algún momento igualmente azaroso de su turno, aparecía en su pantalla un aviso del jefe en persona, el cual era siempre para hacerla entrar a la oficina para que le encendiera un cigarrillo (razón por la cual Ánkora siempre llevaba un encendedor en su portafolio), y este aviso podía aparecer ya sea mientras Ánkora se encontraba a mitad de la conversación con un visitante o durante sus descansos. En el primer caso, solía contestar al enojo del solicitante que, si entraba, podría intentar convencer al jefe de dejarlo entrar inmediatamente, lo cual era siempre bien recibido por el solicitante; pero nunca se lo permitían, absolutamente nunca, ni siquiera cuando Ánkora, en un lapsus de generosidad, o como una manera de intentar quitarse de encima al solicitante, lo intentaba de verdad.

Te preocuparás porque en todo el día no has visto a Néing, recordarás cómo con su sola presencia, que percibes como un manojo de figuras sin sentido, te hace sentir un pequeño alivio que nunca te has sabido explicar. El simple hecho de que de repente pase por tu escritorio y mueva a la distancia sus múltiples apéndices en tu dirección, en un gesto que, para tus sentidos, asemeja torpemente a lo que en tu mundo se conoce como saludo, te hace sonreír y calma tus nervios, como si el apreciar ese inocente intento de un ser de otra realidad por imitar tus modos, por reconocer tu existencia, pese a que nunca llegará a comprender ni un cinco por ciento de lo que eres, te hiciera regresar a aquellos lejanos tiempos, antes de los viajes universales, en los que tu realidad era el centro de todo cuanto existiera, cuando los seres como los que te rodean estaban catalogados en una obsoleta categoría llamada ficción, cuando los seres de otros mundos, atrapados en la abstracción, eran los que tenían que reflejar los modos y necesidades de tu realidad para ser considerados valiosos, significativos y admirables. También recordarás cómo, al terminar tu turno de trabajo, te encuentras con él a la salida y te pide que sonrías, pues ha escuchado que para los de tu mundo el sonreír es una parte importante de sus costumbres, y a él le da tanta curiosidad ese acto que no puede evitar pedírtelo cada vez, y eso te gusta y accedes a sonreírle, con tal de volver a sentir que un ser de otro mundo se rinde a los modos de tu realidad. Pero luego tu amorfo compañero de trabajo continúa siempre su camino, y así todo homenaje que ofrece a tu mundo

se esfuma; te vuelves a sentir como lo hizo la tierra al enterarse de que nunca fue el centro del universo.

Siéntete triste, te lo ordeno, pues en tu último día de trabajo en esa empresa no verás de nuevo a Néing, que él siga enfermo, que le amputen los hogls con tal de que no pueda ir a saludarte ni pedirte que le sonrías. Pero también siéntete esperanzada, pues renunciarás e irás a un trabajo en un mundo donde no necesitarás el huónt. No te sientas fuerte, pues como tu bien has razonado: en ningún universo serás completamente independiente hasta que no elimines toda tu naturaleza. Date cuenta de los seres de ese universo, ellos ya eliminaron de sí mismos muchas definiciones que a ti aún te aquejan; envídalos, desea ser como ellos, olvida por unos momentos tu mundo original, aquel que antes llamaban real, y anhela ser más que lo que ese mundo te puede ofrecer, ten la idea de que puedes ser más de lo que eres si no te limitas a los universos de tu formato y estructura, siente las ganas de huir del centro y acercarte a los bordes peligrosos, ahora siente que en el fondo no quieres trabajar con Zúruk sino que quieres encontrar tu libertad en un mundo similar a aquel en el que todo es bruma, luz y ruido. Sueña con eso sólo por unos segundos; no lo pienses tanto que te lo tomes en serio; piénsalo como una idea fugaz, inmadura e irrealizable porque, al fin de cuentas, perteneces a una realidad y no querrás dejarla; en el fondo no estás lista para apartarte del centro.

Que el mensaje del jefe aparezca en tu pantalla. Entra a la oficina. Aprovecha para renunciar, o no lo hagas: ite doy la libertad, te condeno a la libertad, Ánkora! Tu jefe, que es una inmensa presencia brumosa que cubre toda la "oficina", te pedirá que enciendas el cigarrillo que está sobre la "mesa", pues no domina el fuego. Él ama ese invento de tu mundo; se centraliza en torno a él durante esos momentos. Se había vuelto adicto al cigarrillo un día en que había viajado a una realidad similar a la tuya.

[1] "Cadena".

Capítulo 3

Avestruz[1]

Abrí los ojos y vi a mamá tras el agujero que mi pequeño pico había hecho a través del cascarón. Ya había visto las sombras casi amorfas, y escuchado los apagados sonidos del mundo exterior desde que todo mi cuerpo estaba cubierto por la yema. ¿Habría fuera del huevo un mundo similar o sería por completo diferente? Ambas posibilidades me parecían igual de aterradoras, pero era un hecho que tenía que salir de ahí. Siendo sinceros, nunca estuve muy cómodo ahí dentro; no había nada que hacer, no había propósito, no había confort, decidí que al salir iba a intentar buscar en el mundo exterior aquello que sentía que me faltaba dentro del huevo.

Mamá salió volando y chillé, mis hermanos y hermanas también chillaron y alzaban sus cabecitas, empezaron a salir de sus huevos y ninguno me vio ni me lanzó un graznido. Se atropellaron torpemente en el nido y yo me quedé un poco más en mi huevo hasta que mamá regresó, por instinto alzamos los picos, suplicando ser alimentados. Me sentí desesperado; mis hermanos y hermanas se atropellaban aún más a los pies de mamá y abrían los picos chillando. Nos dolía algo adentro y sólo sabíamos que mamá podría calmar nuestra desesperación. Mamá empezó a regurgitar una sabrosa masa rojiza en nuestros picos, a cada uno le tocaba menos y menos, temí que no quedara nada para mí, y fue verdad: no me tocó, pero mamá gaviota volvió a volar y yo chillé y lloré de hambre, y mis hermanos y hermanas satisfechos se habían puesto a picotearse entre ellos y a explorar los confines del nido. Mamá gaviota volvió y le supliqué "mamá, me muero, qué desesperación tan insufrible, algo me mata por dentro, por favor mamá", y mamá alivió mi tormento con la mezcla rojiza que salió de salió de su pico y que cariñosamente vertió en el mío.

Así comencé a existir en la sociedad de las gaviotas. Por mucho tiempo no tuve contacto con mis compañeros de especie salvo por mi madre y mis hermanos y hermanas. Nunca logré comprenderlos, nunca me dirigían ni un sonido que compartiera sus pensamientos, únicamente se me acercaban para reconocerme picoteándome las plumitas y apoyándose en mí durante las siestas. Éramos seis en el nido. Uno murió por alguna razón una mañana, nunca supe por qué, simplemente amaneció muerto; un día antes había estado muy agotado, tirado en un rincón del nido y respirando con dificultad; sus plumitas se levantaban como el mar en un día de mucho viento. Mamá lo tomó con el pico por la cabeza y lo arrojó del nido. Una de mis hermanas también murió cuando, movida por su curiosidad y o imprudencia, se encaramó al borde del nido y resbaló; sus alitas, con apenas plumas, se agitaron desesperadamente en su intento

por lograr apoyarse en un poco de aire para mantener el equilibrio. Un instante ahí estaba; al siguiente no. El único contacto que tuve con los demás de mi especie fue a través de los chillidos que nos llegaban a lo lejos, eso y las visiones lejanas que teníamos de ellos cuando sobrevolaban el mar y se veían tan pequeños, nada parecido a lo que éramos nosotros en el nido y tampoco se parecían a mamá. Me preguntaba si algún día cambiaría así como ellos y saldría del nido así como había salido del huevo.

Esa oportunidad llegó el día en que aprendí a volar. Mis hermanos y hermanas tuvieron miedo, pero yo estaba emocionado, pues iba a abandonar otro sitio en el que ya no me sentía cómodo e iba a poder habitar en el resto del mundo como los demás. Cuando llegó el momento me paré en la orilla del nido y miré al suelo, luego al mar, luego al cielo, luego al suelo otra vez y me arrojé. Mis alas ya desarrolladas se desplegaron y sentí el aire como un muro sólido debajo de ellas, me nivelé y luego alcé mi vuelo hacia el cielo. Entonces algo me incomodó terriblemente: había sentido la emoción de la experiencia nueva y necesaria para mi vida, pero por alguna razón ese acto tan natural en mi especie no logró alegrarme; no me sentí más vivo ni importante; sentí el aprender a volar como algo tan natural que no podía tener nada de especial, lo que me deprimió por completo y no me liberó de las inquietudes que había desarrollado en el nido. A los pocos minutos de estar volando ya me sentía angustiado de nuevo.

No volví al nido. Me mezclé entre los míos y aprendí a pescar zambulléndome en el agua. Después de un tiempo me volví todo un experto; salía a pescar al alba y comía unos cuantos pescados, luego tenía algunas horas para vagar por ahí sobre la playa, el mar o el pueblo humano cerca del cual vivíamos. Mis compañeros no eran interesantes; cada vez que intentaba platicar con ellos acerca de mis experiencias volteaban la cabeza y me daban un pequeño picotazo como saludo, luego seguían chillando y se movían en los cables y se iban volando a pescar. Una vez vi a uno de los míos que igualmente se apartaba de los demás, permanecía horas observando el mar y volando muy cerca de los humanos. Quise decirle acerca de una idea que se me había ocurrido mientras observaba yo también a los humanos: "date cuenta de que ellos no se comen el pez tal y como nosotros, de algún modo les cambian el color, les quitan las escamas, pican la carne con pequeños dientes que tienen en las manos y desechan el esqueleto, ¿por qué nosotros no podemos ser así? ¿Tienen ellos algo que nosotros no sabemos aún? ¿No quisieras aprender sus secretos de cómo comer pescado de maneras tan diferentes? ¿No estás harto de tragarte el pescado completo?", mas él sólo volvió a chillar y a volar. Sólo era una gaviota vieja que poco a poco se iba quedando sin energía, por eso contemplaba el mar y volaba poco. La observé durante días y vi que ya casi no volaba, y apareció muerta una tarde. Me dio un miedo atroz, al ver su cadáver devorado por los gatos, terminar de esa manera: muerto en el

suelo, rendido ante el paso del tiempo, la vida escapándosele poco a poco hasta privarla del vuelo. Yo quise, desde entonces, que si había de morir, al menos fuera volando.

Como pasaba mucho de mi tiempo volando sobre las cabezas de los humanos, eventualmente logré escuchar detalles interesantes, aunque con poca importancia desde el punto de vista de una gaviota, como por ejemplo que la playa en la que nos encontrábamos la llamaban la Costa de Platino, ubicada en un lugar llamado Nió, al este de otro lugar aún más grande llamado Danzilmar. Me causó verdadera gracia que algún lugar pudiera estar dentro de otro lugar, y este dentro de otro lugar, así como yo había estado dentro del huevo y el huevo dentro del nido. Después me puse a pensar si tal vez, de ese mismo modo, todo aquello que podían contemplar mis ojos en realidad sólo se encontraba dentro de algo más grande, y miré al cielo y pensé que quizás ahí estaba el límite de ese lugar más grande, pero también ese lugar podría estar dentro de otro lugar más grande, y así y así hasta el infinito, pero ¿a quién le importaría, a quién le serviría de algo saber de la existencia de esos otros lugares tan grandes y lejanos a los que no podemos ir?

Otro día vi un enorme pez en el agua, era tan grande que pensé que en su boca podrían caber varias gaviotas de una vez, pero para mi sorpresa lo vi comiéndose otros peces. Quise acercarme para preguntarle por qué, siendo él un pez, comía a otros peces como él. ¿No sería más correcto que, si hay gaviotas que comen peces, haya peces que comen gaviotas? Pero por más que le hablé no me hacía caso, será que sólo los peces se entendían entre ellos, será que mis palabras no le llegaban a través del agua, y entonces me sentí de nuevo irritado porque me di cuenta de que no había diferencia entre hablar con los peces, algunos de los cuales yo comía, y hablar con mis compañeros, con los cuales no hacíamos nada más que picarnos y descansar al sol. Me sentí más a gusto con los peces, pues ellos al menos me podían dar su vida a cambio. Un día vi a ese mismo pez enorme dar un enorme salto en el agua hacia mí, vi sus enormes dientes, cada uno más severo que el pico de una gaviota, y el pánico se apoderó de mí, me alejé de él primero, pero luego pensé en aprovechar uno de sus saltos para hablarle, y con suerte me escucharía y saltaría de nuevo para responderme. El plan no funcionó; al siguiente salto le pregunté: "¿qué criatura eres?", pero al siguiente salto no me contestó, sino que dio otra dentellada en el aire. Estuve meditando la razón por la que saltaba de esa manera fuera del agua, no le veía ninguna razón lógica, y luego se me ocurrió pensar que quizás era un pez que se había cansado de la vida de pez y había querido experimentar como se sentía volar en el aire. Esa idea me llenó de entusiasmo y me animó a volver a intentar hablarle. Me acerqué cada vez más a él, cuidándome de que sus dientes filosos no me atraparan, pues creía que la razón por la que se empeñaba en saltar hacia mí era para poder comunicarse conmigo, y como no entendíamos nuestros lenguajes, aquella era la única manera que él sabía para hacerlo; llegué a creer que se había dado cuenta de que

yo era como él y estaba tan ilusionado por compartir sus experiencias como yo.

Mi desilusión llegó días después, cuando, al volar de nuevo hacia él para volver a intentar hablarle, uno de los míos fue por la misma dirección, dispuesto a zambullirse para atrapar un pescado pequeño. Yo había asumido que el gran pez no comía gaviotas porque sólo lo había visto comer peces, pero en ese instante saltó del agua y atrapó a mi compañero entre sus dientes, luego desaparecieron bajo el agua. Por un lado me felicité por acertar en mi idea de que un pez así comiera gaviotas del mismo modo que nosotras comíamos peces, pero de inmediato me sentí tan triste, tan traicionado, porque el único ser al que estaba empezando a considerar un posible semejante no tenía más intención que la de comerme, y esa tristeza se volvió un miedo obsesivo por esos peces enormes que comen peces pequeños y saltan para comer gaviotas.

El tiempo pasó y traté de olvidar el asunto. Me apareé con una hembra que había visto muchas veces pescando por la zona donde yo lo hacía; había nacido cerca de mi nido y fue de las primeras gaviotas con las que intenté platicar, pero hasta el día en que nuestros instintos nos movieron a juntarnos para procrear, nunca había notado nada interesante en ella; tan genérica como el resto, no concebía concepto más allá del que le dictaba su naturaleza. Medité por qué había aceptado aparearme con ella, quizá tenía la esperanza de que de mi descendencia surgiera otra gaviota similar a mí, o que quería intentar integrarme de una vez con el resto de mi especie, cumpliendo al menos con esa actividad a la que nuestros genes nos atrapan para perpetuar su infinita reproducción, sin más propósito que la búsqueda de la vida, evitando la muerte de la especie tanto como fuera posible.

La acompañé mientras empollaba nuestros huevos; le llevé comida todos los días hasta su pico mientras ella se dedicaba a brindarles calor, pero en su abrazo corporal no notaba más que el obligatorio cumplimiento de un instinto inviolable, una conducta maquinal que no lograba despertar verdadera admiración. Cuando nacieron mis pequeños tuve sentimientos encontrados; en ninguno de ellos vi parte mía; todos tenían la mente de su madre. La gestación había ignorado mis genes más importantes, los que me hacían darme cuenta del mundo como ninguna otra gaviota lo veía, y en su lugar se había centrado en los genes de mi pico y alas. Pese a eso, continué cuidando de ellos hasta el día en que aprendieron a volar, entonces se me ocurrió una idea y les sugerí que en vez de que cada uno volara lejos y se fuera del nido, sería mejor que todos permaneciéramos en el mismo hogar e hiciéramos un nido más grande, todos aportaríamos comida y materiales para el perfeccionamiento del hogar, pero todo cayó en oídos confusos; les parecía que lo natural, lo obvio, era volar del nido para conseguir el suyo en lugar de quedarse a fortalecer el que ya tenían.

Mucho tiempo seguí viendo a mis hijos volando por ahí. Mi hembra pronto volvió a poner huevos de otro macho, y yo decidí no volver a intentar reproducirme, tal vez porque el trabajo durante mi tiempo como padre me había cansado, o porque ya no quería darle a la naturaleza la satisfacción de volver a propagar mis genes.

Continué con mis solitarias observaciones el resto de mi vida. Cerca del final, cuando ya era una gaviota vieja y sentía cómo la energía abandonaba mis alas, hice una pequeña reflexión: así como nosotras las gaviotas somos de una manera, quizás exista otro tipo de pájaro que sea nuestro opuesto exacto. No hablaba de pelícanos o de las demás aves que siempre veía por ahí, sino otras que, si alguien las viera, diría: "esa es una gaviota con todas sus propiedades invertidas". Nosotras tenemos alas largas, patas pequeñas, picos largos y finos, cuellos cortos, plumas que nos cubren la cabeza, colores claros, y este pájaro hipotético tendría piernas grandes y fuertes, alas pequeñas, incapaces de volar, colores oscuros, cuellos largos y cabezas calvas, deberían habitar además en un lugar diferente al mar; tener patas así de grandes sería más apropiado para correr por grandes distancias, así que de esa imaginación saqué también la existencia de un lugar en el que haya mucho espacio para correr.

Estas meditaciones fueron hechas con la superficialidad de un sueño. No volví a pensar en ellas hasta el último día de mi vida, en el que, encontrándome pescando de mañana, como era mi rutina, de repente mi pico atrapó un pez que nunca en mi vida había visto, rojo como un litro de sangre, con ojos tan negros como el mar a medianoche, de su espalda salían dos espinas que se movían al mismo tiempo que sus aletitas casi transparentes, y su cola era como cuando la luna está haciéndose grande o chica. Iba a tragármelo cuando este pez habló de repente:

"Si me comes, tu mayor deseo se volverá realidad, pero también tu mayor pesadilla".

Sin saber qué pensar ante esas palabras, me quedé volando con el pez en el pico, con un contradictorio sentimiento de miedo y emoción. Intenté hacer que volviera a hablar, impresionado de encontrar a un pez capaz de comunicarse conmigo, pero fue como si, después de haber dicho esas palabras, su mente con conciencia hubiera vuelto a ser como la de los peces normales. Volé más alto, porque sentir el aire fresco de las alturas usualmente me ayudaba a pensar mejor. ¿Sería verdad lo que este pez había dicho? ¿Por qué no decir algo con más sentido, como: "déjame ir y tu mayor deseo se volverá realidad"[2]? No me lo habría creído tampoco, pero habría tenido sentido poniéndome en el lugar del pez. Estos pensamientos me aturdieron tanto que caí tarde en la cuenta de que, habiendo pasado demasiado tiempo fuera del agua, el pez ya estaba

muerto.

Ya siendo inútil lamentarme, y sintiendo la necesidad de saciar mi hambre, lo engullí de un bocado. Y entonces, mientras aún seguía volando hacia el sol, volvió a aparecer frente a mis ojos esa mítica ave que había aparecido como resultado de mis juegos invirtiendo las características de mi especie. Lo vi imponente frente a las pequeñas gaviotas; no podía volar, pero podía reflexionar. Claro, la habilidad de reflexionar, aquello de lo que carecen las gaviotas. Esta ave, al ser nuestro opuesto, tendría que tener la capacidad natural de observar su mundo con otros lentes que no fueran los del instinto. Ni el deseo de encontrar otra gaviota como yo, ni el de tener hijos que compartieran en algo mi pensamiento fueron tan fuertes en ese momento como mi deseo de convertirme en esa ave. Y sucedió.

Me sentí caer. Mis pequeñas alas ya no atrapaban el aire, mis poderosas patas pataleaban y sentían el viento y la humedad de las nubes, mi cuello largo y mi cabecita sin plumas sentían el calor del sol. Me había convertido en mi mayor deseo. Pero ¿y mi mayor pesadilla? Claro, iimbécil de mí!, tenía que comérmelo estando justo encima del mar, justamente en donde ya había razonado que el ave en el que ahora me encontraba convertido no podría vivir.

Veo a ese pez enorme que come peces y gaviotas; cada vez se hace más grande. Salta fuera del agua, ansioso por recibirme con su eterna sonrisa hipócrita.

[1] Aparentemente este cuento está inspirado en una vieja leyenda danzilmaresa que narra el nacimiento de los moas.

[2] El pez decía esto en la leyenda original.

Capítulo 4

Déla y el meteoro

Capítulo 5

Parpadeos

Durante el largo transcurso de mi vida un día me encontré de repente en una distinta realidad. Caminaba a través de una extensa región que sin explicación comenzó a cambiar con cada parpadeo de mis ojos; primero desértica, llena de arena y sin rastros de vida, con un ardiente sol y viento árido. Luego la tierra comenzó a sustituir la arena bajo mis pies. Pequeñas plantas salieron del suelo. Luego árboles. Y unos cuantos parpadeos después me hallaba en un frondoso bosque oscuro, habitado de enormes secuoyas que tapaban la luz del sol salvo por unos pocos rayos que se colaban entre las hojas. Las flores adornaban el lugar con sus vivos colores que brillaban en la penumbra. Árboles frutales también se hallaban desperdigados por todo el lugar, ofreciendo sus frutos a la tentación de la mano y de la boca.

A unos metros de mí entonces hallé un bebé recostado en lo que parecía un nido hecho de flores que recién habían brotado[1]. Ese pequeño ser humano me sonreía con ternura, sin tener el más mínimo miedo; todo lo contrario, me esperaba, y su felicidad por verme me conmovió. Antes de poder pensar claramente qué era lo que sucedía tuve que volver a pestañear, y ante mis ojos aquel bebé se había convertido en un niño, el cual aún tenía la misma mirada tierna que su anterior forma. Sin poder evitarlo, volví a parpadear y el infante se convirtió entonces en un adolescente. No habló, sólo me sonrió igual que siempre. Me aparté unos pasos. Intenté no seguir pestañeando, pero mientras más lo intentaba, mayor era el ardor de mis ojos. El adolescente se convirtió en un adulto joven. El espíritu de esta nueva forma seguía siendo tan jovial como la primera, e igual de mudo. Al siguiente parpadeo se volvió un adulto maduro. Comenzó a incomodarme mucho que siguiera mirándome con una actitud infantil, pero no hacía nada más. Un parpadeo después, se había convertido en un decrepito anciano de larga barba canosa, cuerpo casi en los huesos, sin dientes, pero de nuevo con esa ya incómoda mirada infantil.

Entonces miré a mi alrededor y noté que el frondoso bosque era ahora un bosque marchito; las hojas secas eran llevadas por un viento frío de un lado al otro, la tierra se había cuarteado por la falta de agua, y los árboles estaban tan débiles y secos que un simple viento hacía que se les cayeran las ramas. Todo el lugar se volvió desolador y triste, completamente diferente del frondoso bosque de hacía sólo un rato. Estaba tan desconcertado desde el momento en el que vi al bebé que no noté que el mundo a mi alrededor también cambiaba con mis parpadeos. No pude evitarlo y volví a pestañear. Volví la mirada hacia el anciano, pero en su lugar sólo vi una pila de osamentas humanas aún con algo de carne pegada a ellas. Un parpadeo después, la pila de huesos se había convertido en un pequeño campo de flores que comenzaban a despertar.

Intenté no pestañear con toda la fuerza de mi ya precaria voluntad, temiendo lo que pasaría si lo hacía. Luego, una pequeña oruga trepó hasta la cima de una de esas flores y me miró esperando a que pestañeara de nuevo, quizás ansiando convertirse al fin en mariposa[2]. Cerré los ojos, y desde entonces ya no he querido abrirlos.

[1]Una leyenda danzilmaresa habla de humanos que nacen en cunas de flores y pasan ahí toda su vida.

[2]Posible referencia a la diosa del tiempo Zítia, que sostiene una oruga en una mano y una mariposa en la otra.

Capítulo 6

El escorpión Yoptá

En una madriguera en el ácido desierto de Kyél vivía un escorpión llamado Yoptá[1]. Era un escorpión divinamente orgulloso de su veneno. Bastaba una pequeña pinchada para que su amarga ponzoña arrebatara la vida a cualquier ser vivo que tuviera el infortunio de cruzarse en su camino. Había matado de ese modo a cientos de humanos, ipolotám, lobos azules y leones desérticos[2]cuyos pies los habían conducido inocentemente hacia aquella aguja, cuyo tóxico aceite babeaba en antelación por detener para siempre los pulmones de sus víctimas. Por las mañanas, salía de su cueva para que el rocío de la madrugada lavara su brillante lanza. Con esmero y atención mezclaba hierbas marchitas del desierto con pedazos de hígados y páncreas de sus víctimas para perfeccionar su veneno. Tal llegó a ser la fama del escorpión Yoptá que los humanos y animales de todo Danzílmar se hicieron eco de su poder. Ahí donde fuera el escorpión Yoptá todos se detenían, le presentaban sus respetos y retrocedían lentamente (en caso, por supuesto, de que logran darse cuenta de él antes de que fuera demasiado tarde). De ese modo sentíase el escorpión Yoptá el amo de todas las tierras que visitara. Sin embargo, y para fortuna de los humanos y animales, el escorpión Yoptá prefería pasar la mayor parte del día encerrado en el frescor de su escondrijo, dormitando y soñando que con su veneno sería capaz de matar a todos los seres vivos del mundo con tan sólo una de sus melosas gotas. No fueron pocos los valientes que se encomendaron a la tarea de terminar con la vida del escorpión Yoptá arrojándole pesadas rocas desde una distancia segura, mas éste siempre conseguía burlar todos esos intentos por darle muerte con su gran agilidad de relámpago, y se acercaba a sus retadores furtivo como el viento de un huracán para luego inyectar en sus tobillos el jugo mortal, después contemplaba, regocijándose, la dolorosa agonía del desdichado que seguía inmediatamente al piquete. Sentíase en el paraíso cuando los escuchaba luchar desesperadamente para que sus pulmones (que se marchitaban como si tuvieran agua hirviendo) pudieran absorber aunque sea una molécula de aire. Los veía convulsionarse y aporrear la arena con el cuerpo mientras horribles gritos salían de sus bocas hasta que dejaban de moverse, tras sacar de sus gargantas un último quejido seco y sin aire.

Un día, un terrible terremoto sacudió toda la región de Kyél. La tierra zarandó sus entrañas hasta que sobre su piel surgieron enormes cuarteaduras que acabaron con la vida de miles de seres. El escorpión Yoptá, resistiendo soberbiamente los zarandeos bajo sus puntiagudas patitas, salió de su cavidad y pensó: "Mi veneno es tan fuerte que estoy seguro de que si me pongo a apuñalar la tierra y le inyecto mis jugos, podré paralizarla y así detendré este terremoto". Y entonces el escorpión Yoptá comenzó a picar y a inyectar con veneno la arena. Era tal la

arrogancia del escorpión Yoptá que no le importó que la tierra no reaccionara ante las minúsculas partículas de veneno que vertía sobre su superficie, sino que, con admirable perseverancia, prosiguió su movimiento mecánico de picar-envenenar decenas, cientos y miles de veces mientras que el terremoto continuaba expandiendo el caos y la destrucción. Al ver la terca insistencia del escorpión Yoptá, Rénkya, la diosa de la tierra[3], decidió aparecerse ante él. El escorpión Yoptá no se inmutó ni dejó de picar la tierra por la presencia de la diosa.

—Escorpión Yoptá —dijo la diosa—, ¿por qué te empeñas inútilmente en detener el movimiento natural de mi querida tierra si tu pequeña aguja y tus gotas ponzoñosas nada son en comparación a mi vastedad? ¿No sabes acaso que de tal esfuerzo no conseguirás más que la muerte de tu orgullo y quizás de tu vida? Porque has de saber, pequeño escorpión Yoptá, que entre nuestras magnitudes hay una infranqueable barrera, imposible de penetrar sin importar lo agudo de la lanza con la que nuestro padre el dios Áikan[4]te ha bendecido.

—Déjame en paz, diosa Rénkya—dijo el escorpión Yoptá—, no te he pedido que vengas a sermonear como una cobarde a punto de morir, quédate quieta y observa cómo mi poder doblega al tuyo. No será mucho tiempo antes de que me estés rogando, suplicando y chillando que me detenga, pues sentirás tu cuerpo paralizarse al mismo tiempo que tu vida te abandona, te asaltará el pánico cuando la esencia de tu vida escape de tu cuerpo y entonces reconocerás mi grandeza, y cuando eso suceda, me transformaré en una leyenda que vivirá mientras el espacio se siga expandiendo, y habré ganado lugar entre las deidades y me reconocerá el mismísimo dios Áikan.

Y la diosa Rénkyano hizo más que mirar al escorpión Yoptá, compadeciéndolo por su obstinación y falta de entendimiento. Conforme el terremoto se hacía más fuerte, y el veneno empezaba a consumir la energía de su cuerpo, el escorpión Yoptá comenzó a cansarse y a temblar. En su engreimiento no se daba cuenta de que con cada picotazo que daba sobre la arena se le escapaba poco a poco la vida. Deliró sobre las victorias de su pasado, se regocijó con el recuerdo de todos los que se habían sometido a su veneno, que en ese momento ya formaba un gran charco azafranado bajo sus pies, y ese frenesí de arrogancia le dio fuerzas para continuar picando el suelo hasta sus últimas consecuencias. Poco rato después, se desplomó sobre su propio charco venenoso, pero su cola seguía entrando y saliendo de la arena y expulsando su ponzoña mecánicamente. Cuando apenas le quedaban fuerzas para mover su cola, ésta se convulsionó, perdió el tino durante su calambre, y el aguijón fue a incrustarse en la espalda de su propio dueño. El escorpión Yoptá se retorció, gritó con sus últimos alientos, cayó boca arriba y sus patitas se retorcieron grotescamente. Antes de morir, el terremoto se detuvo. El escorpión Yoptá alcanzó a ver que la tierra volvía a la tranquilidad de antes, a la calma eterna que reinaba en el desierto de Kyél. Con sus últimas fuerzas sacadas de su soberbia, lanzó un grito de victoria y un improperio contra la diosa Rénkya. Instantes después, el escorpión Yoptá murió.

Aquí, estimado lector, acabaría la historia del soberbio escorpión Yoptá. Pero usted, que conoce tan íntimamente la gran verdad de nuestra existencia, sabe que en el testimonio de nuestras ficciones ya no me es posible mirar un árbol sin ver el polvo en el que se convertirá, como comúnmente hemos de hacer en pos de perpetuar actitudes o valores que aporten algún uso práctico a las limitaciones de nuestros universos. Sabe usted muy bien que los días en los que una moneda tenía sólo dos caras han terminado. Por tanto he de advertirle que, si ahí donde estos escritos caigan los seres conscientes aún están necesitados de moralejas, enseñanzas y valores, sin los cuales hagan a su realidad caer en vez de progresar, evite continuar con la lectura, pues su valor como medio de enseñanza y su seriedad argumental ya han terminado (si es que las tuvo). Lo que sigue no sería para ustedes más que un desecho literario. Si por el contrario ahí en donde usted me lee ya han logrado hacerse uno con la innegable realidad del Zlánd[5], entonces disfrutará con lo que aún queda de lectura.

Pero no murió (porque cuando existe el infinito no existe la muerte) sino que su mente salió disparada hacia la existencia a la deriva, y azarosamente cayó en un alter ego cuyo veneno era un poco más fuerte y donde la tierra era un poco más frágil. Escuchó de nuevo las palabras de la diosa de la tierra y del mismo modo volvía a ignorarlas. Al perder su ponzoña volvió a morir, esta vez de agotamiento, pero el veneno logró penetrar un poco más la tierra y ésta sintió un pequeño escozor. Volvió a caer en un alter ego de ponzoña más poderosa que vivía en una tierra más delicada. Volvió a morir sin detener el terremoto, pero la tierra sintió como cuando a uno le pica un mosquito. Cayó en otro alter ego más poderoso, en una tierra más quebradiza. La tierra lo sintió como una aguja caliente; se estremeció y chilló. El escorpión Yoptá murió rato después de que el terremoto amainara. Y así siguió muriendo y viajando el escorpión Yoptá, y cada vez su veneno era más poderoso y lograba hacer que el planeta entero se alarmara. Con cada viaje nuevo el planeta de turno sucumbía un poco más que el anterior, haciendo que la diosa de la tierra mirara atónita al escorpión Yoptá, y llegó a un punto en el que su ponzoña hacía sufrir tanto las entrañas de la tierra que la diosa comenzó a suplicarle y llorarle que se detuviera porque sentía que con cada aguijonazo le arrebatava la vida, y el escorpión Yoptá reía y se burlaba y continuaba picando más y más, y volvía a morir y volvía a viajar, y volvía a morir y volvía a viajar. Y la tierra cada vez sufría y se retorcía más, y más. Hasta que por fin, tras haber caído en más de un millón de alter egos, eran tan poderoso que, sin mostrar el menor síntoma de cansancio, fue capaz de desintegrar el núcleo del planeta de un solo piquete. De no haber sido por la intervención del dios Áikan, la leyenda del escorpión Yoptá se hubiera perdido en ese universo. El escorpión Yoptá encaró al dios Áikany le dijo:

—Ahora que has visto el poder de mi veneno, demando pues un sitio en tu zodiaco, y al volverme temido y venerado entre los habitantes de tu

creación encontraré la satisfacción y ya no volveré a atentar contra ellos, pues demasiado insignificantes son para mí en mi estado actual de libertad.

A lo que el dios Áikan respondió:

—Escorpión Yoptá, he sido testigo de tu poder y he de admitir que al haberte creado no hubiera podido pensar en la magnitud a la que has elevado tu veneno. Mas aún debo decirte que tus palabras son muy grandes para ser alzadas contra un ser como yo, pues si te he creado con mi palabra, puedo destruirte con la misma sin importar el poder de tu aguijón. Sin embargo, a pesar de tu arrogancia y la inocultable dureza de tu corazón, he decidido conceder tu deseo y volverte uno de mis animales sagrados; tu forma pasará a ser venerada entre mi creación y en sus tradiciones te guardarán por siempre mientras yo mantenga el universo en movimiento. La razón es muy simple y te la diré: yo tampoco nací siendo un dios; no nací creando tierras ni haciendo aparecer la vida a voluntad; fui primero pequeño e insignificante, no muy diferente a los seres que he puesto en este mundo de creación mía, pero mi naturaleza fuese modificando gracias a las potencias de los alter egos en los que caía cuando mi vida llegaba a su fin, y aún ahora soy insignificante en comparación con aquellos en planos más elevados que el mío.

Eventualmente también he de ir hacia ellos, y así el camino de perfección ha de avanzar en mí siempre hacia adelante, y nunca en círculos. Tú también, escorpión Yoptá, no pienses que has alcanzado el pináculo de tu libertad; aún eres pequeño, pero también volverás a viajar. De nada serviría negarme a tu petición, pues no eres más que otra forma de mí mismo.

Y así, sin haber entendido ni haberse interesado por la explicación del dios, el escorpión Yoptá ascendió junto a las demás divinidades, que a su vez no eran sino sombras o esbozos de existencias que también habrían de viajar tarde o temprano.

[1] Posiblemente es una versión deformada de la interjección "Yúpta", que se usa como expresión altamente malsonante.

[2] Estos tres animales aparecen en el escudo del palacio de justicia de Shórsta para representar la verdad, el honor y la libertad respectivamente.

[3] Más exactamente la diosa que mantiene unida a la tierra para que ésta no se desmorone en pedazos, según la mitología danzilmaresa. Se la representa como una adolescente de cuatro brazos con los que abraza al mundo.

[4] Dios supremo de la mitología danzilmaresa, representado como una silueta humana dentro de la cual se haya todo el universo.

[5] Término usado en danzilmarés moderno como "realidad", "existencia" o "universo", pero en el contexto de estos escritos parece abarcar mucho

más de lo que estos tres conceptos pueden expresar.

Capítulo 7

Un club

Alrededor del club había una fortaleza impenetrable de muros que brillaban con el sol. El portento de su color dorado hacía que todos los que pasaran por la carretera no pudieran evitar echarle un profundo y rápido vistazo, pero era suficiente para que la imagen de la cúpula que constituía el techo, como el cofre de un tesoro, se quedara impregnada en sus ojos, haciéndolos preguntarse qué clase de gran destino deparará a los que tengan la fortuna de ser aceptados como miembros. Yo fui uno de los que se dejaron capturar por la curiosidad.

Tras algunas cuantas investigaciones me enteré de los propósitos y requisitos para entrar al club, y viendo que podría ser yo un buen candidato, saqué una cita, envié mi expediente y, tras unos días, me dirigí ahí contento, seguro de ser aceptado. Al entrar me mandaron a una sala de espera donde sólo había otra persona, un joven en sus treintas como yo; tenía la mirada impaciente, se paseaba de un lado al otro y de tanto en tanto volvía la cabeza hacia las pinturas europeas y nacionales que adornaban la sala y lanzaba suspiros de impaciencia. Sus ropas desentonaban con la elegancia que emanaba del club. Yo iba vestido con uno de mis mejores trajes, que era lo suficientemente elegante para que mi nivel académico y situación económica salieran a relucir por sí solas, pero lo suficientemente humilde para no mostrarme muy pretencioso. Aquel tipo parecía haberse puesto el primer juego de ropa más o menos limpio y elegante que había encontrado; su camisa arrugada, el chaleco viejo, un gorro con pequeñas hojas prendidas a él. Quizás estuvo caminando ayer en la tarde por las inmediaciones, ya que había llovido y se notaba que la tierra de sus zapatos empezaba a secarse como una costra. A parte de todo, el sujeto simplemente no tenía el semblante que un club como ése solicitaría; se veía apático en extremo, bostezaba ruidosamente y no dudaba en pasar insensiblemente el dedo por las pinturas como si quisiera ver si podía despintarlas. A su favor debo decir que, si ignoraba su comportamiento y la tosquedad de su vestimenta y rostro, era apuesto y de ojos carismáticos. A veces en verdad parecía mirar las pinturas con un pequeño interés, y en esos momentos no parecía diferente a cualquier otro caballero amante del arte, respetuoso del talento de los grandes maestros y con sensibilidad artística; bien me lo hubiera imaginado en una sala de conciertos o en un museo. Debía haber sin duda más virtudes en aquel sujeto, sin embargo, pese a lo virtuoso que pudiera llegar a ser en el fondo, por el momento no eran evidentes en él muchas de las características necesarias para ser aceptado por el club, aunque quién sabe, durante la entrevista podría resultar que me había equivocado y en realidad era un buen aspirante, quizás hasta mejor que yo mismo, y mis ropas de repente me parecieron de una formalidad exagerada.

Después de un rato, la secretaria entró y nos pidió que pasemos a la oficina del dueño del club. Debido a que sólo éramos dos, el dueño había decidido entrevistarnos a la vez. Cuando entramos, el dueño, un hombre en sus cincuentas cuyo rostro había conservado la jovialidad de la infancia intermedia, estaba sentado en una modesta silla justo delante de su escritorio.

—Bienvenidos, caballeros —dijo con una voz dulce y paternal—, por favor, tomen asiento, soy Támen Ferd, el propietario y director de este club. Los sillones estaban acomodados en un ángulo tal que el dueño no tenía más que girar un poco la cabeza a la derecha o a la izquierda para poder mirarnos a la cara. Yo me senté en la silla de la derecha y recibí la sonrisa de bienvenida del dueño; el otro sujeto también se sentó y cruzó las piernas.

—Muy bien, señores, supongo que habrán leído el folleto con los requisitos para poder ingresar a nuestro club tan exclusivo, ¿no es así? Inmediatamente saqué el folleto de mi bolsillo.

—Así es, señor Támen —me apresuré a decir, tal vez demasiado servil—, lo he leído detenidamente y estoy seguro de cumplir con todos los requisitos.

Permítanme hacer una pausa en mi historia para hablarles un poco acerca de los requerimientos del club. En el folleto que conseguí, el día que vine buscando información, se enlistaban los requisitos bajo el título de “Requisitos explícitos”, me desconcertó un poco leer la palabra “explícitos”, pero me imaginé que no era más que para dar un mayor énfasis, hasta cierto punto entendible para el nivel del club. El primero de los requisitos estaba en letras grandes y doradas, se lo presentaba no sólo como el más indispensable, sino que se insistía en que, si no se cumplía ese requisito, ni siquiera nos molestáramos en revisar si cumplíamos los demás. Decía:

Sólo podrán ser miembros del club los ciudadanos honestos, respetuosos de la ley y con virtudes propias de la decencia humana.

Me pareció un poco innecesario un requisito tan general que abarcara a tanta gente; tenía sentido en cierto modo que un club tan prestigioso quisiera asegurarse de que sus miembros fueran buenos ciudadanos, pero aun así en mi cerebro sonó casi como si un niño pidiera una bicicleta que tuviera dos ruedas y manubrio.

Prosigo.

Entonces el dueño me miró pacíficamente, tomó del escritorio el expediente que le había enviado con antelación al sacar la cita, y, abriéndolo, dijo:

—No dudo que sí, señor Mírt Fónet, los datos que nos proporcionó nos han complacido mucho. Según veo aquí, fue de los primeros en su generación en la universidad de Shórsta; hablamos con varios de sus profesores y hasta con algunos de sus condiscípulos. También investigamos los datos que nos proporcionó acerca de su vida y trabajo, déjeme decirle que nos honra que el hijo del dueño de una empresa tan importante como la Wriò'Fónet[1] se interese en nuestro club, incluso nos pusimos en contacto con su padre. Perdone la pregunta, pero ¿es verdad que usted entró a

trabajar en la empresa de su padre como un simple secretario, aun después de que le ofrecieran un puesto de subgerente? Intenté verme lo más modesto posible; a juzgar por la imperturbabilidad del dueño, tal vez se lo creyó.

—No quiero darme aires de virtud —dije, y me arrepentí de haberlo expresado—, pero me pareció injusto empezar a trabajar en un puesto elevado cuando la mayoría de mis compañeros estaban empezando desde el fondo, sólo porque mi padre era el dueño. Me tomó algunos años ir escalando poco a poco en la empresa, tuve que esforzarme igual que los demás para abrirme camino hasta el puesto de gerente de ventas en el que estoy ahora. Dada mi posición, incluso si, los dioses no quieran, mi padre muriera o quedara indispuerto para manejar la empresa, ésta no pasaría a mis manos aunque sea su hijo, porque aún no tengo el mérito de tomarla.

—¡Admirable, señor Mirt, admirable! —dijo el dueño—, más aún porque todo eso que me ha dicho pude comprobarlo hablando con su padre y otros jefes de su empresa. Ya no quedan hombres con ese tipo de valores. Señor Mirt, desde ahora le digo que me ha impresionado. Del resto no hay gran cosa que decir; no tiene antecedentes penales, no tiene deudas ni problemas con nadie más. Aunque tendría que hacerle notar el hecho de que tiene algunas cosillas sin importancia, como que es algo dado a la bebida —aquí me miró con algo de suspicacia—, tuvo, además, un amorío con el que quiso comprometerse pero al final acabó cancelándolo, también es de notar, según la investigación que hicimos a muchos de sus amigos, que en algunos aspectos usted es una persona difícil de tratar; dicen que suele exasperarse en exceso cuando alguien le rebate un argumento y ha llegado al punto de comenzar a lanzar insultos a diestra y siniestra.

—Bueno, señor Támen —el dueño sonrió dulcemente a mis intentos de no verme tan avergonzado—, todos tenemos manchas negras en nuestra vida. Es más, ahora mismo le podría decir, para que vea que mi compromiso con el club es real y que, por lo tanto, no tengo por qué esconderle nada, y aunque reduzca mis posibilidades de ser aceptado, debo decir que otra de mis fallas como persona es mi celo excesivo.

—¿Cómo es eso, señor Mirt?

—A veces soy tan minucioso y tan perfeccionista en lo que hago que muchas veces termino desesperándome. En ese estado ignoro todo lo que sucede a mi alrededor y eso ha llevado a rencillas y desacuerdo con mis colegas, mi familia e incluso aquella mujer con la que me comprometí. Cuando algo llama mi interés y despierta mi pasión me aísla tanto del mundo y me olvido tanto de aquellos que me rodean, que me vuelvo una persona apenas soportable, sólo aquellos que me han apreciado mucho han podido aguantarme en ese estado a largo plazo, y se pueden contar con los dedos de las dos manos.

El dueño guardó silencio por un momento, luego volvió a su estado inicial y dijo:

—Siéndole sincero, señor Mirt, pese a que admiro y le agradezco su sinceridad, ese defecto humano es algo que no podemos darnos el lujo de ignorar.

—Sí, lo sé, señor Támen.

—Sin embargo, tampoco es algo con lo que no podríamos aprender a vivir, dependiendo de su disposición a arreglar sus defectos.

—Sí, por supuesto.

Entonces el dueño tomó otro expediente y se dirigió al otro candidato, que hasta entonces había escuchado todo como si estuviera a punto de caer dormido.

—Bien, señor Vérend Morf, je, je, tal parece que lo estamos aburriendo, así que por qué no continuamos con usted. ¿También está tan ansioso por ser aceptado en nuestro club?

—Sí, más o menos; se ve bonito y todo, me gusta ir a varios clubes por aquí y por allá, y me dije que éste no se veía nada mal.

—Sí, en efecto, nos hemos esforzado mucho en la imagen que proyectan nuestras instalaciones, se aprecia que reconozca nuestro esfuerzo.

—Pienso que se veía mejor si en vez de tantas plantas y árboles en el jardín, pusieran... no sé, esculturas, sí, de esas como el arte moderno que ni importa si alguien las rompe porque se verían igual o mejor.

—Ja,ja,ja, gracias por la recomendación, lo tomaremos en cuenta.

—Sí, es que ya me cansé de esas reliquias como las de los museos que se rompen cuando las tocan y te echan una bronca después; ya me vetaron de muchos museos a causa de eso.

—Qué interesante, señor Vérend. Pues bien, leí su expediente y la verdad hay algunos detallitos sobre los que me gustaría hablar.

—Bueno, pero por favor no se explaye tanto como con el señor Mírt; no me haga darle explicaciones que duren dos horas de contar.

—No, por supuesto que no, señor Vérend. Sólo quiero señalarle que, después de hacer mis averiguaciones, resulta que usted estuvo preso por estropear levemente un pedazo de una escultura del gran Zyóran Klém, en el Museo de arte de Híns.

—No fue mi culpa —dijo apenas reteniendo su enojo—. Tenía una parte chueca en uno de los lados donde estaba la luna, ¿qué quería que hiciera, quedarme mirándola? Claro que no —dio un golpe al brazo de la silla—, intenté arreglarla con un martillo, pero el mármol no aguantó ni dos golpes y se desprendió. Hubiera visto la cara del guardia cuando el pedacito cayó al suelo como una canica, una cara así como —abrió grandemente los ojos y la boca, en una mueca que me pareció de mal gusto, y lanzó una fuerte carcajada. Perplejo me di cuenta de que el señor Támen estaba a punto de reírse con él.

—Sí, seguro que ha de haber sido muy gracioso, señor Vérend. Pero en fin, hablemos de su trabajo, usted trabaja para la firma Maré 'kói[2], en el área de contabilidad. Averiguamos que usted entró ahí a causa de que un tío suyo habló de usted con un gerente.

—Así es, me ofrecieron el puesto de supervisor, pero lo rechacé porque me parecía demasiado trabajo, así que opté por un puesto más sencillo en contabilidad, la verdad ni estaba preparado para ninguno de los dos puestos, pero no iba a desaprovechar la oportunidad de un trabajo fácil.

—Ya veo. También nos enteramos de que tiene usted contactos con mucha gente, ¿no es así? Nos sorprendió la cantidad de personas que lo

conocían, y la verdad no hablaron muy bien de usted.

—En mi juventud tuve la prudencia de hacerme de muchos amigos en mejor situación que la mía. Ya sabe; la vida es dura, hay que tomar cualquier oportunidad de conseguir gente que te pueda dar una mano en cualquier momento. Se puede decir que durante muchos años viví de mis amistades; no moví un solo músculo todo ese tiempo porque en cuanto alguno de ellos se daba cuenta de que no me interesaba trabajar de verdad, no tenía que hacer más que ir a casa de otro. Lo único que daba trabajo era mantener tantas amistades, así que en cierto sentido mi trabajo consistió en mantener su amistad lo suficiente para que no tuvieran objeción con albergarme.

—Qué modo tan peculiar de llevar la vida, señor Vérend —el dueño se veía sorprendido, pero no enojado—. No se puede decir que lograr ese modo de vida no requiera determinación y gran carisma.

—Sí, ya lo sé; cuando me lo propongo de verdad, no hay ser humano al que no le parezca agradable. Y más aún, a veces incluso lograba que ellos me sacaran de la cárcel pagando mi fianza.

—También nos enteramos de que estuvo a punto de casarse, pero, al igual que el señor Mírt, la boda se canceló.

—No me lo recuerde; fue el más grande fiasco de mi vida. Conocí a esta señora, cuyo nombre y rostro no quiero ni recordar. Estaba casi tan vieja como usted. La seduje con miras en su fortuna, ya sabe, una de esas mujeres solteras millonarias que lamentan su soledad y dan lo que sea por un poco de compañía juvenil. Me dan arcadas los recuerdos que tuvimos juntos y que no contaré para no ofender a su estómago y al del señor Mírt, pero le juro que eran vomitivos, asquerosos, repugnantes. En fin, no me costó mucho trabajo convencer a esta vieja de que la amaba, pero un día, el cual maldigo con toda mi alma, un amigo con el que ya había vivido, al que también maldigo, contactó a esta vieja y le contó de mi pasado y de que sólo la quería por su fortuna. Si hay un defecto del que me avergüenzo es de mi incapacidad para mantener la calma cuando me siento acorralado, y en el momento en que la vieja me enfrentó con la acusación de ese imbécil me quedé como estatua, en un silencio que confirmaba todavía más sus acusaciones. Total que la vieja terminó por anular la boda y dejarme en la calle. Con alegría me enteré meses después de que murió. Ojalá le esté chupando la verga a los karáhi[3] en el Lerénh[4].

En ese momento me convencí de que no había manera de que ese sujeto pudiera ser admitido en el club, pero no podía entender por qué el señor Támen sonreía tanto mientras lo escuchaba; lo miraba con tal interés como si fuera una plática sobre la vida de Ráu Shórsta, apoyaba la cabeza en sus manos con los dedos entrelazados y percutía animadamente el suelo con los pies.

En vano sería relatar en detalle cómo continuó la entrevista. Para el propósito de nuestro relato, me basta explicar que entre más progresaban las preguntas y observaciones del señor Támen, era más evidente que Mírt tenía una personalidad más apropiada para el club que Vérend. Sólo

por poner un ejemplo, cuando el señor Támen mencionó uno de los requisitos explícitos que decía: Sólo serán admitidos en el club aquellos que se comprometan a las actividades del club, donde se hizo énfasis que en que si se descubría que los miembros formaban parte de otro club o no se tomaban las actividades en serio, serían expulsados de inmediato. Mírt se comprometió completamente, casi como un esclavo jurando lealtad hasta la muerte; se dio cuenta de su exageración e intentó compensarla diciendo que, ante todo, sus responsabilidades hacia su trabajo estaban primero, y que si era necesario, lamentablemente, tendría que faltar a sus compromisos con el club, ante lo cual el señor Támen respondió con la complacencia de siempre. En cambio, Vérend se limitó a decir: "Bueno, tal vez, a menos que tenga algo mejor que hacer", pero su tono petulante no dejaba de tener algo de respetable, como si el simple hecho de ser agresivamente sincero fuera una actitud tan digna que hiciera que el señor Támen estuviera a punto de mirarlo con una especie de devoción similar al de un discípulo que se hiciera el ciego ante cualquier falla de su maestro. Al final de la entrevista, el señor Támen les dijo que recibirían por teléfono la decisión final, y tras las despedidas ambos aspirantes salieron. Mírt y Vérend caminaron juntos sólo hasta el estacionamiento, Mírt adelante, con la sensación de que el otro evitaba mirarlo a toda costa. Al llegar a su auto, lo miró de reojo y lo vio contemplando el paisaje selvático que se veía tras la reja que rodeaba el estacionamiento; su mandíbula se apretaba y relajaba, las cejas se contraían y la mano rascaba una comezón imaginaria en la barbilla. Mírt entró en su auto y en seguida pensó un instante en ese modo tan peculiar y reservado que tenía Vérend para contemplar; era muy difícil no mirarlo, no pensar que intentaba verdaderamente sacar sabiduría de todo aquello en lo que se posaban sus ojos. Si sólo se limitara a contemplar sin hablar ni tocar nada, sería alguien con el que Mírt encontraría agradable pasar un rato en una sala de espera.

No obstante, será rechazado.

Tras haber estado unos cuantos días como enfermo, regresará al club. De refinado e ilustrado como se había visto el primer día, aparecerá con los ojos demacrados por el insomnio y el cabello despeinado y alborotado, pues los pensamientos que formaban torbellinos adentro de su cráneo le habían impedido preocuparse por lo que ocurriera en la superficie de su piel. La secretaria lo hará pasar. Dentro de la oficina respirará como alguien que acabara de cometer un crimen y estuviera a punto de caer de rodillas para confesar con lágrimas, pero en presencia del señor Támen contendrá la respiración por escasos segundos, hasta que la falta de oxígeno lo adormezca y tranquilice.

"Tal parece que no se ha tomado del todo bien nuestro rechazo, señor Mírt. De antemano le digo que no tenemos nada personal contra usted. En otras circunstancias sin duda lo habríamos aceptado. Tome asiento, por favor".

Mírt se sentará, le temblarán los pies.

"He empleado toda mi racionalidad para comprender este misterio, señor

Támen. Déjeme decirle también de antemano que no les guardo rencor, pues tengo que aceptar el hecho de que es usted el que decide quién entra y quién no; es su derecho como dueño. Sería necio de mi parte presentarme para exigir mi admisión en lugar de la del señor Vérend". El señor Támen servirá dos vasos de yióuj.

"Beba un poco, señor Mírt".

Mírt tomará el vaso y degustará como extasiado el fuerte licor de naranja, y al terminar sentirá que ha despertado de un delirio, su voz dejará de temblar definitivamente.

"Sólo he venido para saber, señor Támen. No me motiva más que la simple y pura información, y le prometo que aunque la respuesta no me agrade, no intentaré convencerle de cambiar de opinión. Dígame, ¿por qué él y no yo? Dígame, se lo ruego, qué grandes virtudes invisibles para mis ojos vio usted en él. ¿Era su presencia alentadora, su semblante confiable que podría inspirar poemas y grandes relatos? Quiero saber contra qué características he perdido, qué prejuicios me han cegado y privado de poder contemplar un alma más digna que la mía de este magnífico club".

"Lamento que se encuentre tan desconcertado, señor Mírt, con indeseables consecuencias para su sueño y quizá para su cordura. Se lo diré, no sin antes expresarle mi perdón por haberlo hecho sufrir sin haber sido esa mi voluntad, y que entiendo que su deseo de una explicación es razonable y justo. Tomando como base nuestra entrevista y comparándola con nuestros "Requisitos explícitos", se habrá usted de dar cuenta que el señor Vérend apenas y logra cumplir con ellos, por no decir que la mayoría no los cubre en absoluto, y esta contradicción entre lo que estipulan los requisitos y su admisión le ha quitado el sueño y lo ha sumido en meditaciones desmoralizantes".

"Eso mismo ha sido".

"Ahora le diré lo que ha sucedido. En primer lugar, sepa que aparte de los "Requisitos explícitos", que usted tan bien conoce y cumple, existen también los "Requisitos internos" o "Requisitos ocultos", que no aparecen en ningún documento oficial del club y que son controlados exclusivamente por mí. Son muy pocos los que saben cuáles son estos "Requisitos ocultos", generalmente amigos míos de toda la vida, muchos de los cuales también poseen otros clubes. Pues bien, estos "Requisitos ocultos" son tan importantes, tan poderosos, que su cumplimiento es suficiente para hacerme ignorar la totalidad de los "Requisitos explícitos", inclusive el primero y más importante, aunque supongan una contradicción casi total con la imagen del club".

Confundido, Mírt apoyará el vaso aún con licor en la mesa.

"¿Qué son esos Requisitos ocultos?"

"Me temo que no puedo decírselos".

"¿Por qué no?"

"Querrá usted ver si los cumple y hacerme dudar de mi decisión".

"No; le di mi palabra de que no lo haría. Sólo quiero saber si hubiera podido tener alguna esperanza de haber sido aceptado, aunque sólo se quede en mi consciencia y no intente manifestársela".

“Me temo que aun si confiara en su palabra, no puedo decírselos, puesto que no son requisitos que se puedan expresar con palabras; su conceptualización trasladada al mundo de los signos será siempre ineficaz, quizá también absurda, ridícula, una niñería o simplemente ilógica, a veces incluso yo tengo consciencia de que son una locura”.

“Sus palabras me están dejando todavía más inquieto. ¿No tendría alguna manera de explicarme más o menos de qué se tratan? Por favor, no me haga irme sin haber comprendido al menos un poco”.

“Los “Requisitos ocultos” son tan subjetivos e inestables, que lo más que puedo ofrecerle son vagas imágenes que los ejemplifiquen borrosamente. Por ejemplo, con el señor Vérend sentí que el club iba a adquirir un nuevo matiz que hasta su llegada no sabía que me podría interesar; ese tono de irreverencia que glorifica a los que se hallen a su lado me hizo sentir un profundo deseo de conocerlo más, de estudiar aquel comportamiento y recorrer todos los vericuetos de su alma; aunque nunca logre hallar nada más allá de lo que sentí el primer día. Quiero llevarlo a museos, planear con él actividades culturales en nuestro club en la que invitaremos a las más importantes figuras de Danzimar, ponerlo a hablar hasta que su flujo de consciencia desnude su alma. No tengo nada más que decir, simplemente vi algo en él que despertó mi espíritu investigador de la conducta humana; él tenía lo que necesitaba, aunque haya ido contra las expectativas de los requisitos que tan fervientemente me atrevo a defender en público”.

“Pero ¿y acaso no recuerda la entrevista? No entiendo cómo piensa usted que todo esto terminará. ¿No le da la impresión que, con el señor Vérend en su club, se arriesga usted a tener problemas si acaso su lado perverso y egocentrista se escapan de su control? ¿No afectará su admisión la imagen de su club hasta el punto de clausurarlo o demandarlo, acaso el señor Vérend no incurra en una falta grave para la sociedad, tal y como él mismo ha aceptado que es capaz de hacer?”

“Señor Mírt, habla usted con tanta razón. Es verdad, tener al señor Vérend a largo plazo será un riesgo para la integridad del club y para mí mismo. Sin embargo, esta sensación interna aquí en mi cabeza, que me quema de curiosidad por atestiguarlo a mi lado, supera por mucho a la razón y al análisis de las consecuencias; mi mente no puede alejarse de ellas y me dice constantemente que ninguno de los perjuicios en potencia importa. Sí, sé que no es una opinión muy respetable; soy el primero en decir que es un razonamiento insensato y que no merece más que burlas, pero es así y no hay nada que pueda hacer”.

“Entonces, sin importar lo bien que cumpla yo con los “Requisitos explícitos”, simplemente no soy lo que usted necesita”.

“Para su consuelo, lo que uno necesita va cambiando a lo largo de la vida. Quizás algún día me arrepienta de esta decisión cuando viva las consecuencias de haber elegido al señor Vérend. Sí, cambiaré, y tal vez lo que necesite sea a alguien como usted”.

“No puedo dejar de pensar que es algo cruel jugar con los “Requisitos explícitos” y los “Requisitos ocultos” con los interesados en unirse al club”.

“Es por eso que no me quejo de que usted venga a pedir explicaciones, pues estoy consciente de que para el rechazado puede llegar a ser un misterio tan grande que, a falta de respuestas coherentes con la información que se les ha dado explícitamente, caigan en la desesperación y empiecen a querer manchar el nombre del club; me han contado que algunos rechazados se han enojado tanto por la falta de coherencia a la hora de escoger miembros que se pasan años vociferando contra los clubes, acosando a sus integrantes y amenazándolos, pero todo eso es por falta de comunicación que es en parte nuestra culpa, por no saber explicarnos o por la vergüenza de confesar las verdaderas razones. Sería terriblemente absurdo de mi parte esperar que, después de dar a conocer los “Requisitos explícitos”, los solicitantes no se hagan expectativas de ser admitidos si sienten que cumplen con todo, no puedo dar por hecho que ellos pensarán en la existencia de estos “Requisitos ocultos” y que razonarán en consecuencia, pero al menos espero que entiendan la situación una vez explicada y sean lo suficientemente comprensivos para al menos tolerarla”.

“¿Se supone que los interesados tienen que entender que el cumplir con todos los “Requisitos explícitos” no es suficiente para ser admitido, y que, en su lugar, los dueños tienen el derecho a elegir basados en los caprichos de los “Requisitos ocultos”?”

“En mi defensa, repetiré que los “Requisitos ocultos” están ocultos sólo porque no es posible expresarlos de forma clara y evidente; si pudiera hacerlo, créame que estarían entre los “Requisitos explícitos”, y de ese modo ya nadie se sorprendería de haber sido rechazado”.

Terminado esas palabras, y sin tener ya ninguno nada más que decirse, Mírt se despedirá tranquilamente del señor Támen dándole una respetuosa reverencia, y saldrá del club. El mareo se le habrá pasado casi por completo al sentir el aire libre, y recibirá el olor de las hojas recién mojadas por la llovizna de la tarde naranja. A sus espaldas, el enorme cubo dorado alzaré una cúpula que brillará de lluvia.

En el periódico que Mírt compró una semana después apareció, en un artículo dedicado al club del que había sido rechazado, una pequeña entrevista hecha al dueño, el señor Támen Ferd. En la pregunta de qué requisitos son necesarios para ingresar al club, el señor Támen contestó citando su lista de “Requisitos explícitos”, pero al final añadió:

“Sin embargo, debo admitirlo ahora, yo acepto a quién yo quiera, cumpla con lo que pedimos o no.”

[1] Empresa dedicada al desarrollo tecnológico con sede en Shórsta.

[2] Otra empresa dedicada a la tecnología de Shórsta, competencia de la Wrió’Fonet.

[3] Guardianes del Lerénh que pueden ser tanto bondadosos como perversos con las almas bajo su cuidado; son serviles y complacientes con los virtuosos y crueles y sádicos con los desgraciados.

[4] Lugar adonde van las almas al morir el cuerpo terrenal. Puede ser un

infierno o un paraíso de acuerdo con los méritos de cada alma.

Capítulo 8

Un visitante

El vaso lleno de yíouj lo esperaba ya en la barra del bar. Ahí Gégen estaba sentado, perdida su mirada en el fondo de la mesa, su pequeña estatura obligándolo a columpiar los pies en el taburete. Zái se sentó sin siquiera decirle hola y comenzó a beber mientras los ventiladores interpretaban una piana sinfonía de aire cortado, acompañada del silencio del casi vacío bar. Gégen llevaba bastante rato bebiendo, y todos los que lo conocían sabían que era inútil hablarle en ese estado, ya que ignoraría incluso una alarma de tsunami, si uno alguna vez azotara aquel puerto llamado Láf.

—¿Viste alguno mientras venías, Zái? —preguntó Gégen un rato después. Su voz era muy articulada; tan reflexiva y profunda, que nadie que no lo conociera creería que el montón de botellas de licor a su lado inundaban sus arterias.

—Unos cuantos —dijo Zái—, nada muy especial, solamente caminaban por el parque, admirando los colores de nuestro mundo, como dicen algunos... por cierto, gracias por guardarme un vaso...

—¿Sabes cómo se llaman a sí mismos? —preguntó Gégen, adquiriendo de repente un semblante fastidiado, algo violento, y dio un trago lentamente— Los seres reales, amigo, seres reales es como se denominan.

—Estoy seguro de que no lo dicen con mala intención.

—¿Hace cuánto tiempo que llegaron? ¿Diez años? ¿Más? Y desde entonces son lo único de lo que el mundo habla, los seres que vinieron de otro universo paralelo.

—Deberías superar de una vez ese complejo de inferioridad —dijo Zái, apartándole el vaso lleno de licor—. Fue una sorpresa para todos. Ya te lo digo, yo estaba en la universidad cuando sucedió todo, cada televisor del mundo los mostró y el mundo literalmente se detuvo. El dinero, el tránsito, las olas, los suspiros y los pensamientos, todo se detuvo cuando apareció ese ser en las pantallas, y recuerdo que exclamé, o casi grité, de la sorpresa; un compañero se desmayó del susto y otros más quedaron histéricos al ver esos colores, esa textura en su humanidad que sólo habríamos visto en sueños inquietos. Pero luego supimos que no eran una amenaza, ya sabes; sólo venían a invitarnos a formar parte de una sociedad mucho más grande, una sociedad que iba más allá de toda raza, lengua o nacionalidad; una sociedad en la cual ni siquiera las diferencias entre nuestras realidades fueran un obstáculo. Lo más sabio era no mostrarnos como seres primitivos que se dejan perturbar ante las verdades impresionantes. ¿Qué verdad hay más impresionante que la de sabernos acompañados de un número infinito de realidades, y que los habitantes de una de ellas nos ofrezcan su ayuda? Si te perturbas es porque no has comprendido todo lo que esto implica: gracias a su tecnología que permite el viaje entre universos han salvado a su especie;

la muerte de la estrella que les daba la vida dejó de ser un gran problema cuando lograron habitar otro sistema regido por otra estrella; pero aún les quedaba el problema de que su universo iba a desaparecer tarde o temprano, y ahora, con esta maravillosa tecnología, prácticamente son como inmortales, capaces tener experiencias que nosotros no podríamos ni soñar...

—¿Alguna vez fuiste a otro universo? —preguntó Gégen, entornando los ojos hacia las botellas.

Creyendo que su amigo se había enojado con él, Zái asintió nerviosamente.

—Un par de veces he tenido ese privilegio. La primera vez fui a la realidad de ellos, y en verdad era tan igual, pero tan diferente. Ahí los colores no son tan brillantes, pareciera todo recubierto de una vista áspera, no tengo palabras para describirlo todo. Ellos clasifican su tipo de mundo como universo R.

—Sí, R de real [1] —rio Gégen.

—Si nosotros hubiéramos descubierto esa tecnología antes, nuestro universo también sería nuestro estándar para clasificar a los demás, ¿no crees?

—¿Y sabes cómo se clasifica el nuestro? —contuvo la risa—, le llaman universo del tipo NiÔ [2].

Zái por un momento no tuvo palabras.

—Sí, lo sé.

—¿Podrías decirme lo que eso significa? —preguntó como si lo retara. Zái suspiró como si sintiera vergüenza de contestar.

—Sé que tiene algo que ver con un tipo de formato de realidad que ellos conocían desde hace milenios. Esencialmente, ellos ya tenían una noción de lo que era nuestra realidad cientos de años antes de venir. Es por eso que para ellos nuestra fisonomía o la estructura de nuestro mundo no fue una gran sorpresa.

—Y por ello se creen superiores —dijo Gégen—, como de algún modo ellos ya nos “creaban”, siguen sintiendo que en el fondo nosotros somos irreales, seres ficticios salidos de su imaginación, diseñados por sus manos sobre pedazos de papel. Pero nosotros nunca pudimos imaginarnos seres como ellos; nunca pudimos darles un rostro, un mundo, unas actitudes y unas historias como ellos sí lo hicieron con nosotros —para ese punto, la voz de Gégen comenzaba a sonar fuertemente ronca, ahogada en coraje; algo dentro de él se iba rompiendo poco a poco—. ¿Qué somos entonces, Zái? ¿Sólo una curiosidad para ellos? ¿Nada más que algo interesante que ver, algo divertido con lo que interactuar? ¿Nos nos ven como seres reales sino como dibujos? Ellos deslumbraron al mundo con sus habilidades, nos dieron su tecnología, su ayuda, como si desde siempre hubieran pertenecido a esta realidad. Sin embargo, también trajeron un mensaje desgarrador, una idea de consecuencias devastadoras —y luego añadió riendo en voz alta—: ¡Existen un número infinito de realidades! ¿No lo entiendes, amigo? ¿No entiendes las consecuencias de una verdad de tal magnitud? Y ellos mismos lo explican tomándoselo a la ligera, como si no fuera importante. En ningún momento

se avergonzaron ni intentaron suavizar nada. Los universos son infinitos, todo es real, ¡La ficción ha muerto! Así como todo sentido que la vida pudiera tener en sí misma. Se acabaron los dioses omnipresentes, eternos y todopoderosos; se acabaron los cielos y los infiernos; se acabaron las filosofías!, pues no importa que alguien lance la más grande estupidez filosófica alguna vez planteada, puesto que siempre habrá alguna realidad en la que dicha estupidez se ajuste perfectamente a su verdad, y el idiota que la vomitara recibiría honores y la admiración de los habitantes de esa realidad por su "genio" de haber descubierto la estructura de su vida. Se tambaleó en su silla sin poder controlar su risa, y su borrachera ya escapaba del gran control de su mente. Rio hasta que cayó en el silencio, hundiendo la cabeza tristemente sobre la barra.

Lentamente, dándose tiempo para pensar, Záí terminó su vaso y dijo: —Comprendo que es un duro golpe para ti, amigo, fiel defensor del más despiadado chovinismo de la realidad. Recuerdo cuando participabas en acalorados debates defendiendo la tesis de que cualquier cambio en las leyes iniciales daría como resultado un universo sin vida inteligente; no imaginabas que pudiera existir otra manera en que la realidad pudiera desarrollarse hasta el punto de ser coherente. Creías que el nuestro era el único modelo posible de un universo ordenado, y todo lo demás simples ficciones. ¿Pero sabes qué? No comparto tu opinión, amigo, de que por eso todo ha dejado de tener sentido. Sí, es verdad, todo no sólo es posible, sino que es un hecho; pero no podemos saber exactamente en qué clase de realidad nos encontramos. Para nosotros sigue siendo válido debatir, puesto que no sabemos si nos hallamos en un mundo donde todavía se pueda tener esperanza de sobrevivir, o si por el contrario, estamos en una realidad donde todo conocimiento sea menos que una superstición. Y no han muerto los dioses, solamente no sabemos si nos encontramos en una realidad en la que ellos existen. En la realidad de ellos tal vez no existan; pero en la nuestra nada ha sido dicho, y así es con todas. Todo es posible, sí; pero lo emocionante es averiguar qué es lo posible en cada una, porque no todo es posible en todas las realidades... —le palpó el hombro, pero Gégen no respondió— ¿no te gustaría viajar a una realidad en la que el materialismo fuera la verdad, o el idealismo, o donde habiten seres empiristas o racionalistas? ¡Vayamos de vacaciones a una utopía! No hay límite, amigo, sólo tienes que dejar de lado tus ideas de querer que haya verdades absolutas y trascendentales, pues la única verdad absoluta es, ¡vaya!, que todas las verdades son absolutas en alguna realidad... ¡Gégen!

Lo sacudió, pero Gégen no reaccionó; su cuerpo parecía magnetizado a la barra.

Záí suspiró irritado por no poder terminar de hablar; pero pensó que eso era algo común de suceder en la realidad en la que le había tocado nacer. Entonces entró uno de ellos por la puerta del bar. Había estado esperando a que Záí le dijera que lo hiciera, y al ver que su amigo no se movía de su asiento, se aproximó a ellos. Las pocas personas que había en aquel lugar callaron ante su presencia, pero rápidamente le sonrieron con auténtica amabilidad, no como a un dios o un rey de otro mundo, sino como a un

amigo al que admiraban en secreto.

—¿Todo está bien? —preguntó. Y su voz no se oía como la de los demás seres de esa realidad; una voz poco articulada, sin preocuparse de su estética, que parecía venir de su propia garganta en lugar de materializarse del ambiente.

—Lo siento, Áigen —dijo Zái, avergonzado—, esperaba que se calmara un poco antes de presentártelo, pero nos pusimos a hablar y ya no pude parar.

—No pasa nada. No he estado en realidad donde tal cosa no suceda; aunque me gustaría ir a una así alguna una vez. Vamos, te ayudo a llevarlo a su casa.

[1] En el original es S de Sárl (verdadero, real).

[2] Este término proviene de Nimájon (dibujo o animación) y Ônimat (estilo de animación danzilmarés).

Capítulo 9

Un chelista

Tal vez no me creas, pero hasta hace un año yo no era más que un barrendero. Con mucha razón pones tu cara escéptica y tu boca se contrae en una mueca tensa, como si las reglas de la educación te amenazaran con indecibles castigos si tu risa llegara a escapar. Pero adelante, riéte, yo mismo lo haré y verás que no pasa nada. Ahora piensas que yo, el gran chelista Íben Fû[1], se ha vuelto loco y se ha puesto a inventar disparates en cuanto me preguntaste cuál era el secreto de mi prodigio, a qué clase de titánico entrenamiento he sometido a mis manos para volverlas infalibles ante este bello instrumento que es el violonchelo, a qué demonio he vendido mi alma, cuántos callos reventados tuve que crearme durante años, cuántas horas al día me he encerrado en mi habitación para absorberme en las profundidades misteriosas de la práctica y la disciplina que tal instrumento exige. Me pediste que fuera sincero (lo hiciste con los ojos brillándote de la emoción, como si de alguna manera mi respuesta fuera a hallar en ti un hogar que podrías explotar para tu propio engrandecimiento), y ahora resulta que la verdad es inverosímil. Y sí, lo es, pero analízalo un poco, hasta hace un año nadie sabía de mí; llegué un día a hacer una audición para la orquesta sinfónica de Kutuzá y los evaluadores casi se vinieron en sus pantalones al oírme tocar. Pero salí de la nada; no había registro alguno de que comprobara que yo hubiera tomado cursos de música, ni siquiera había terminado la preparatoria, ni siquiera mis propios amigos cercanos pudieron dar explicación a mi repentino virtuosismo, pues hasta entonces, como dije al principio, no era más que un barrendero al que conocían por abusar de la cerveza barata y los juegos de cartas. Lo más cercano que alguna vez llegué a poner las manos sobre un instrumento fue con una armónica vieja que encontré en la basura y que tiré diez segundos después. No era más que un tipejo que no era bueno para nada más que para maniobrar la escoba contra las hojas de los parques, y al que constantemente lo sorprendían holgazaneando o contemplando a las muchachas y los autos de los ricos. Así pues, en resumidas cuentas, la respuesta exacta a todas tus preguntas es que nunca he practicado nada; la disciplina es algo desconocido por mí y mi paciencia es tan poca que, si tuviera que ponerme a estar practicando un instrumento encerrado por más de una hora, me explotaría la cabeza.

Pero como veo que esto sólo te confunde más, permítame que te narre los hechos que esclarecen este misterio tal y como yo los entendí. Ven, siéntate, toma un poco de yióuj; la sangre con algo de alcohol está más dispuesta a darle una oportunidad a aquello en lo que habitualmente no creería.

Estaba a punto de caerse de borracho al llegar a su casa, con la botella aún en mano y la ropa mugrienta, en una bota una hoja pegada a la suela con fango, en la barba pedazos de hojitas despedazadas y ramitas, la cara y las manos con pequeñas huellas rojas que dejaron a su paso las espinas de un arbusto. Imprevistamente los ojos dejaron de captar luz, los oídos le zumbaron y advirtió un mareo similar al del que en sueños se siente caer, y su mente se encogió hasta que se halló en la nada. Todo eso apenas duró lo que tarda una bala en llegar al cerebro cuando es disparada desde la sien. En su mano izquierda un chelo reemplazó a la botella; sus manos rozaron las finas cuerdas que sonaron suavemente con su temblor; en la mano derecha, donde antes estaban sus grasosas llaves, había un arco que estuvo a punto de caérsele. Luego lo deslumbró la repentina luz de la sala de conciertos y lo ensordeció el estruendo de un aplauso entusiasta. Entonces perdió el control de su cuerpo y sólo pudo ser testigo de cómo él mismo se sentaba en el banquillo, y los aplausos murieron súbitamente para dar lugar a miradas encantadas y expectantes; miles de ojos y oídos atentos de él, esperando impacientes a que saliera la primera nota del grueso instrumento, como el disparo que da inicio a una carrera. Íben tocó, o más bien su cuerpo tocó contra su voluntad. Él se volvió otro espectador más que observaba, desde sus propios ojos, cómo su mano derecha deslizaba el arco entre las cuerdas mientras la izquierda pirueteaba de un lado al otro por toda la extensión de la madera, apretaba y hacía movimientos masturbatorios; los dedos saltaban, avanzaban y regresaban con una agilidad comparable a la de las aspas de un abanico, y el público estaba encantado como serpientes sin querer perderse ni una de las notas que brotaban como oro de ese violonchelo y esas manos virtuosas. Al fin terminó y la sala estalló en aplausos y gritos.

Largos años vivió en esa realidad, siempre como un testigo de su propia vida, pues ni siquiera las palabras que pronunciaban venían de su volición; el dueño original de ese cuerpo seguía con su vida normal, sin darse nunca cuenta de que tenía un intruso en su mente, el cual, poco a poco, le iba copiando accidentalmente todo lo que había conseguido a base de esfuerzo. El Íben que había sido un barrendero tampoco se daba cuenta de que mientras más tiempo permanecía en el cuerpo de ese alter ego, su propia existencia se iba enriqueciendo hasta el punto de integrar el virtuosismo en su naturaleza. De ese modo vivió, por así decirlo, entre la fama y la riqueza que el chelista había construido en ese mundo, llegando a sentirse dichoso de su destino, y a razonar que ese estado en el que no hacía nada más que atestiguar a sí mismo era el mejor de los regalos que pudieran dar a un perezoso como él.

Varios años después, Íben regresó a su cuerpo tan repentinamente que cómo se había ido. Aún estaba tirado en su cama, con la botella de cerveza en la mano, en ese viejo cuartucho empolvado en el barrio más

pobre de Kutuzá. Al principio rabió por haber vuelto, pero casi inmediatamente se dio cuenta de que el virtuosismo de su alter ego se había instalado definitivamente en él, pues incluso sin poseer un violonchelo fue capaz de digitar sobre la botella todas las piezas que había interpretado alguna vez. Pensando en sacar provecho de su recién adquirido virtuosismo, pocos días después se presentó en un auditorio donde solicitaban nuevos músicos para la orquesta sinfónica de Kutuzá. Los músicos que lo iban a evaluar lo miraron incómodos a causa de sus ropas raídas y su mirada inculta. Estuvieron a punto de tomarlo por loco y sacarlo a la fuerza, pero Íben les insistió tanto que debían prestarle un chelo para probarles que era un virtuoso, que uno de los directivos se hizo responsable y pidió que le trajeran un chelo para principiantes. Íben lo afinó muy rápidamente para sorpresa de todos, y al momento de tocar la primera nota ya los tenía hechizados. Para cuando apenas hubo tocado durante un minuto, todos sin excepción habían decidido que sería aceptado sin discusión.

Terminó así esa anti-fábula que el gran maestro Íben Fû me contó cuando yo todavía era un estudiante. Le había suplicado que fuera mi maestro para que me ayudara a perfeccionar mi arte, y ante él había prometido someterme a la más dura y cruel disciplina a la que pudiera someter a mis dedos y a mi cerebro, pero después de escuchar su relato desistí de ese deseo, puesto que esa historia, que di por hecho inventada, me pareció un pretexto para dejar en claro que no tenía intención de convertirse en maestro, ni en el mío ni en el de nadie más. Pero lo que me inquietaba era que el misterio de su virtuosismo era real; los músicos que lo atestiguaron por primera vez dieron por hecho que en realidad era un músico educado en toda regla como todos ellos, y que esa historia del barrendero sólo era producto de su excentricidad. Sin embargo, pronto todos tuvimos que aceptar que sus registros y los testimonios de sus conocidos no dejaban la menor duda de que, en efecto, no había sido más que un barrendero durante toda su vida, y la leyenda en torno al chelista Íben Fû continuó creciendo con un efecto similar a la del mismísimo Paganini, cuyo espíritu, decían los supersticiosos, había reencarnado en ese chelista. Murió el año pasado, víctima de un ataque al corazón[2].

[1] Nombre de un chelista real del siglo XIX, llamado el Paganini del violonchelo.

[2] El Íben Fû real murió en un accidente de auto a los 67 años, al salir de

su último concierto.

Capítulo 10

Una promesa

—¿Me lo prometes?— y los ojos de Yóla parecían los de un antiguo monje reprendiendo solemnemente a un aprendiz. Un tope sacudió la unidad y sus pendientes rojos con forma de calaveras doradas saltaron y cayeron tintineando.

—Sí, lo prometo —dijo Yóno, aunque sabía que sería muy tormentoso cumplir esa promesa—. De verdad.

Yóno volvió la vista hacia la ciudad en movimiento e intentó perderse en la contemplación de las tiendas y los árboles. Yóla seguía hablando. Yóno sabía que ella, a pesar de que le sonreía, dudaba tanto como él de que tuviera el valor de hacerlo. Yóla se preparó para bajarse al llegar a una calle donde había un antiguo templo Máryo[1]; unos pocos monjes con sus Tráig[2] barrían la terraza.

—Entonces nos vemos mañana —dijo Yóla—. No olvides tu promesa—. Su sonrisa no terminaba de salir, masculó un murmullo para sí misma.

—Sí, no te preocupes. Hasta mañana —Yóno sintió la garganta seca al decir esto.

Yóla descendió del camión. Yóno la miró desde la ventana sucia. Ella se perdió rápidamente por el avance del camión, como si hubiera sido absorbida hacia los confines de la visión periférica de Yóno. “¡Carajo!, ¿por qué se lo prometí?”, pensó.

En vano intentó Yóno distraerse de la promesa. Apenas llegó a su parada lo asaltó la fría sensación de que había algo observándolo, los ojos del deber lo acosaban y lo obligaban a desechar las razones que podría haber para no cumplir la promesa. La tranquilidad de la calle le llamó la atención; era raro que a esa hora hubiera tan poca gente en aquel distrito lleno de almacenes y plazas. Las puertas de las tiendas le recordaron a enormes bocas desde las cuales surgía un silbido distante. Tal vez caminaba de manera extraña, pues de inmediato notó que uno de los tenderos lo miró y frunció la boca. Apretó el paso. No prestó atención al resto de las casas grisáceas y silbantes de su vecindario, ni a las estatuas de figuras mitológicas que adornaban algunos de esos jardines[3]; tenía la sensación de que volteaban hacia él sus rígidos cuellos cuando lo veían pasar. El viento lo empujaba por la espalda hacia adelante al mismo tiempo que otro viento le despejaba el cabello de los ojos. Al llegar a su departamento, en un pequeño edificio sucio de humo y de pintura desquebrajada, sacó su llave y la metió en la cerradura, ésta hizo un sonido nítido y cristalino al accionar el mecanismo de la cerradura. Escuchó caer algo en el barandal de metal a su espalda, pero no volteó a ver qué había sido. Entró.

Yóla le había dicho que le iba a dejar un mensaje por Whatsapp

explicándole lo que tenía que hacer para poder cumplir su promesa. El mensaje llegó cuando Yóno estaba a punto de dormirse. Había tenido la esperanza de que se le hubiera olvidado a Yóla, así tendría pretexto para no haber cumplido, pero en el momento en el que estaba a punto de llegar a un estado de calma, sonó el pajarito. El mensaje era una lista de direcciones y nombres de lugares de la ciudad, junto a ellos había el nombre de una persona con la que tenía que hablar, y al final estaba la palabra clave que tendría que decir ante ellos: "Dyére"[4].

¿Qué está desayunando?

Un plátano con todo y cáscara; los sumerge en mermelada de limón y lo acompaña con pan de champiñones del desierto. Bebe un vaso de jugo de cactus con una pizca de canela. Puede estar todo el día sin volver a comer después de eso.

¿Qué hizo Yóno al terminar de sorber su jugo de cactus, después de haber estado haciendo buches con él?

Se lavó los dientes, tomó su billetera y su celular. La llave se atoró en el clavo en el que estaba colgada. Yóno forcejeó con ella, la jalo y la golpeó con un martillo, pero nunca cedió, pegada para siempre con una terquedad magnética, no tuvo más remedio que salir sin ella.

¿Qué hizo mientras se dirigía a la primera parada de la lista, ubicada a unas cinco manzanas, cerca de una hamburguesería de la cual salían vapores de carne quemada?

Pensaba en que en una semana sería su cumpleaños y que quizás se iba a comprar una tortuguita bebé; la pondría en una vieja cubeta cortada por la mitad, previamente llena de tierra y con un trastecito que le serviría de piscinita. Al pasar frente a un perro recientemente muerto, al que le faltaba la mandíbula superior, pudo ver su lengua rosada rodeada de dientes inferiores, lo que le recordó a un tipo de pastel muy sabroso que vendían en una pastelería muy cerca de su escuela. Iba a comprar uno para su cumpleaños.

¿Adónde miró en cuanto llegó a la hamburguesería?

Hacia el techo de la casa de al lado, la cual era del color exacto de una naranja que está empezando a pudrirse, y sintió unas horribles náuseas.

¿Intentó vomitar?

Intentó aliviarse en un basurero que había en el callejón justo al lado de la hamburguesería, pero de su boca sólo salió el bramido de un vómito invisible.

— Dyére —una cajita metálica pegada a la entrada de la casa naranja recibió esta palabra y la transmitió hacia unos oídos desconocidos.

—Adelante —respondió la caja.

Yóno avanzó por un amplio jardín cuando la puerta se abrió. La náusea que aquel lugar le provocaba le impedía fijarse en los detalles de ese jardín, sólo su subconsciente percibió la estatua blanca de una antigua espada girán[5], cuya punta recién pulida por los sirvientes señalaba la enorme puerta de madera hacia la cual caminaba. Una persona abrió la puerta antes de que Yóno alzara la mano para tocarla. Era un ser altísimo;

entre él y Yóno habría mínimo un metro de altura de distancia. Era una quimera entre hombre, mujer y un dios de amor violento, cuya boca se curveaba maternalmente y sus ojos negros, sin ningún centímetro de blanco, brillaban entusiasmados[6]. Este ser le hizo pasar y se encontró en una sala con muebles tan brillantes como sus ojos, el techo y las paredes adornados con cientos de armas antiguas de todas partes del mundo, especialmente de Danzilmar.

—Toma asiento, por favor —dijo este ser. Su voz, pensó Yóno al sentarse en un enorme sofá azul, era similar a la de esos predicadores cristianos tan molestos, tan pretendidamente dulce que acrecentó sus náuseas. Este ser ordenó a uno de sus sirvientes que fuera a buscar el paquete para el señor Yóno; el sirviente, sin camisa, de pantalones blancos y con zyúm[7], salió por otra puerta tras hacer un saludo que Yóno nunca había visto en su vida. Luego, el ser miró a Yóno y continuó—: Es en verdad increíble lo que vas a hacer por Yóla. Significa mucho para ella, no creo que tengas idea de cuánto.

—¿Usted conoce a Yóla?

—Conocer a alguien... ¿quién hace eso estos días? —el ser intentó reír, pero no pudo—, yo sólo sé de cosas; no las conozco. De Yóla supe tantas cosas, muchas se contradecían de manera tan irreconciliable que pensaba que no era posible que tal persona existiera.

—Yo no tengo esa impresión de ella —dijo Yóno con añoranza—. Conmigo siempre era clara y sincera; nunca tenía secretos y no dudaba en decir exactamente lo que se proponía.

—Hasta la promesa, ¿verdad?

—Sí, hasta la promesa —dijo Yóno tras un momento de estupefacción. El ser se sentó en una silla de bambú. Su rica vestimenta roja, una túnica estampada con imágenes de las montañas de la Cordillera Central de Danzilmar, de repente le llamó la atención a Yóno, y la miró largamente.

—¿Sabes algo acerca de estas armas? —el ser levantó la cabeza y contempló con orgullo su colección.

—No más de lo que alguna vez leí o vi en películas —dijo Yóno.

—¿No es increíble cómo desde lo más recóndito de la creatividad humana, los más variados instrumentos, obras de arte del ingenio humano, han sido diseñados con el único fin de arrancarle la vida a los otros? Mira, por ejemplo, esa arma de ahí, la que es como un gancho atado a una cuerda. Muy simple, ¿verdad? Lo usaban los antiguos pueblos del lago Dên para castigar a los blasfemos. Ataban al condenado a un poste, exponiendo bien su garganta. Luego, el verdugo hacía girar la cuerda con el gancho como para lazar a un moa, con cada círculo la punta mortal se acercaba lentamente al condenado hasta que finalmente le arrancaba la laringe y la tráquea. A veces fallaba y la punta le descarnaba el pecho o la cabeza, le despedazaba los dientes o le sacaba los ojos.

—“Prosperidad perpetua a la isla del lago Dên, sagrado santuario de los Kêreny”[8] —dijo Yóno como en un trance.

—Hum. Esa espada de allá arriba, justo encima de nosotros, ¿la ves? Fíjate en la sensual curva de su filo, en la firmeza de su empuñadura, la ansiedad de su punta. Desde aquí no se ve, pero a lo largo de su curva

filosa hay dientes pequeñísimos. Era un arma de guerra, pero también para los rituales más sangrientos del lago Dên. Serruchaban los dedos de los blasfemos con aquellos dientes y les reventaban las rodillas haciendo presión con la punta...

El sirviente del zyúm apareció con una cajita de cartón. Avanzó hasta ellos y se la ofreció a Yóno.

—¿Qué hay adentro?

—Una de las cosas que necesitas llevarle a Yóla para cumplir tu promesa

—dijo el ser, se levantó rápidamente y trajo de uno de los cajones una mochila de tela negra. —Te darán más paquetes donde vas, estarás más cómodo con esto.

Yóno tomó el paquetito y la mochila.

—¿Sabes a dónde ir ahora? —preguntó el ser acompañándolo hacia la puerta.

—Sí, Yóla me informó bien.

—Por favor, no vayas a decepcionar a Yóla —dijo el ser con una repentina preocupación—. Se pondría muy mal si no pudieras cumplir tu promesa.

—La cumpliré —dijo Yóno.

Suena a pedacitos metálicos (se aleja de la hamburguesería), o pajaritos con picos metálicos picando tierra metálica. En tierra metálica sólo descansaría en paz una máquina vieja, tierra de su propio óxido que cae rojamente y cubre su suelo marchito. Un deshuesadero, precisamente, un cementerio (mira la dirección en su celular, se da cuenta de que no está muy lejos; basta un corto viaje en autobús) de metal, no voy a uno desde que era niño, hoy en día debe estar más lleno de autos, electrodomésticos y otras cosas inservibles, qué curioso que algo no tenga que estar vivo para poder morir (pide la parada a un camión y sube), lo que antes funcionaba y ahora no, se considera muerto, como los dioses, que funcionaban hace cientos de años para mantener a nuestra mente tranquila y capaz de tener algo a lo que aferrarse, pero el consuelo último de las deidades ha dejado de funcionar: han muerto. También ahí, la tecnología es nuestro nuevo dios, pero su muerte no se ve a la distancia todavía. La naturaleza también es nuestro dios, su muerte tampoco se avecina pero todos la esperamos con ansias. Visitar el deshuesadero de lo cósmico, de lo inmaterial, de lo intangible, de lo abstracto... veríamos ahí máquinas aplastando dioses, naturalezas, leyes de la física, mentes, ideas, conceptos, esperanzas, consuelos, virtudes y vicios hasta convertirlos en cubos de basura listos para ser quemados (un tope sacudió la unidad). Hasta este camión morirá, todo lo que nos conduzca hasta nuestro destino morirá también, incluso nuestros propios pies...

Y el auto Clak, clak, pruuuuuuuum plang plang plang.

—¿Qué pasó? —grita el jefe

—Se cayó otro —grita un trabajador.

—¿Cuántos murieron?

—Nomás uno esta vez.

Y la grúa triiiiink triiiiink triiiiink puuuuuufffff.

—Ya ni modos, saquen el cuerpo y sigan.

Y al rato.

—Jefe, lo busca un joven.

—¿Qué busca?

—No sé, nomás dijo Dyére y me insistió que debía darle un paquete o algo.

—Hazlo pasar inmediatamente... y una cosa más, este chico va a hacer algo de gran importancia, así que pásalo por un camino seguro, no sea que le caiga un auto en la cabeza y se muera antes de tiempo.

—Ta' güeno.

Y al rato.

—Pásale, joven.

—Disculpe por interrumpir. Sólo vengo por el paquete de Yóla.

—Claro, claro, un momento lo busco. Esa chica fue muy específica al elegir esos trastos, tuvo suerte de que aún hubieran, ¿onde lo puse?

—¿De dónde conoce a usted a Yóla?

—Su padre fue mi compañero en la primaria. La primera vez que la vi fue cuando sólo era una beba, ya se le veía ese aire del que todos hablan ahora, no me sorprende que te haya pedido que le hicieras este favor. ¿Onde está el jodío paquete? ¡Áte, ven p'acá!

—¿Qué pasó, jefe?

—¿Onde pusistes el paquetito ese pa' la Yóla, aquí ta' el joven esperando, aún hay mucho por hacé' y se me anda perdiendo esa cosa.

—Ah, creo que está'n el montacargas.

—¿Qué coño hace ahí?

—Se lo quise mostrar al Elmela antes de tener que entregarlo, pero tons ocurrió l'accidente y se nos olvidó garrarlo.

—¡Pues anda por él, jodío metiche!

—Sí, patrón.

Y viendo cómo iba a por el paquete.

—Esas torres de autos aplastados se ven muy peligrosas —dice Yóno.

—Sí, los accidentes ocurren, pero meh, todos aquí sabemos a lo que nos enfrentamos. Uno quedó hecho salsa antes de que llegaras, pero ya nos acostumbramos, tos los días muere alguien. Lo pior es cuando también se daña alguna de las máquinas por el accidente, esas cosas son caras, sabías.

Y la torre de autos junto al montacargas priin priiiiiin, prum prum prum prum plaaaaaam plaaam krin kran krin kran kooooon.

—A que la... ¿ia viste, joven?

Y afuera de la oficina.

—Pobre Áte, ojalá no lo haya sentido.

—¿Cómo lo va a haber sentido, jefe, si el primer auto cayó derechito en su cabezota?

—Bueno, no pierdan tiempo, despejen todos esos autos y busquen el paquetito, esperemos que el montacargas no se haya jodido mucho.

Y al rato.

—Aquí está, patrón.

—Dáselo al joven.

—Al fin, ¿sabe usted lo que hay dentro? —Yóno lo agita.

—No es importante saber qué es mientras sólo sean las partes, lo importante es cuando los juntes todos. Ahora vete antes de que te caiga uno de esos chismes. Cuídate bien, y prohibido accidentarte antes de cumplir tu promesa.

—Tendré cuidado.

Se dirigió entonces hacia el asilo, qué lindo se ve con su carita apretando los labios, reteniendo sus pensamientos con una mueca de sueño y terror, siente los paquetitos masajeándole la espalda dentro de la mochila, ya, ya, Yóno, tranquilo, estás a salvo de esas torres de autos tan feas. Se compró un helado de mango para enfriar sus nervios. Me encanta verlo masticar con esa boca fuerte a la que le falta una muela, recuerdo que se la sacaron porque de niño accidentalmente mordió una piedra en la sopa, pobrecito. Tú sigue caminando, querido, yo estaré contigo. Qué mal que aún no tengo permiso de tomarte; aún tienes que cumplir tu promesa, pero seré paciente, así lo soy con todos. A veces sólo tengo que esperar un día, a veces más de cien años, pero siempre yazco con todos. Ya quiero yacer contigo, Yóno, tu vitalidad que poco a poco va siendo consumida me está excitando, ya quiero ver tu cara azul, tus músculos rígidos, tus ojos vidriosos, tu corazón detenido... ¡con qué dicha te haré mío entonces!

No había mejor lugar para llevar a los viejos a morir en paz que el gran asilo de la ciudad de Telmánt, en cuyas entrañas pululaban los viejetes en espera de que su estadía termine en la forma de un masaje tragicómico de escaleras, el aliento interrumpido por una uva rebelde, el beso agrio de un corazón fatigado o el arrebató del alma durante la placentera inconsciencia. Yóno entró sólo para encontrarse con una enfermera obesa empujando la silla de un viejo escuálido, derretido, demacrado, al que le habían chupado las energías y del que sólo quedaba un pellejo viviente. Y la enfermera obesa qué buscas, muchacho, Yóno se acercó Dyére, la enfermera obesa alzó las cejas, lo que movió a su vez sus cachetes de toronja y bajó su boquita en dirección a su papada, que parecía pera de boxeador. Espera, dijo y se alejó rápidamente, zangoloteando las mareas de su cuerpo a cada paso, un viento huracanado levantando olas en un mar de carne. Desapareció por un pasillo, y el viejo eheiéhe, cómo dice, dijo Yóno, y el viejo eheiéhe, no lo entiendo, eheiéhe, qué, eheiéhe, quiere que vaya por una enfermera, eheiéhe. Y su cabeza calva, plagada de más manchas que la luna de cráteres, cayó sobre su pecho y brotó de él una peste de cebollas con agua estancada. La enfermera obesa volvió a tiempo para ver cómo el viejo terminaba de morir, sigue a esa otra enfermera, joven, y Yóno vio a una joven de tersa piel morena, ojos verdes vigorosos, cabello brillante y de sonrisa seductora que lo esperaba en el mismo pasillo por el que había vuelto la obesa. Yo... no le hice nada, dijo Yóno, no pasa nada, dijo la obesa, ya iba a estirar la pata en cualquier momento, ve de una vez que te esperan. La enfermera bella comenzó a caminar antes de que Yóno llegara a ella y caminaron hacia la

oficina principal, le hiciste una promesa a Yóla, verdad, preguntó, y Yóno sí, ya me dieron dos de los paquetitos, y desvió los ojos de la gran cola de caballo que le colgaba de la cabeza para observar al resto de los viejos que en cualquier momento podían estirar la pata como ese viejo derretido. Debe ser difícil para ustedes estar rodeados de este ambiente, dijo Yóno, mis abuelos afortunadamente aún viven en Kráings, y la enfermera uno se acostumbra muy rápido, aprendes a conocer a estos viejos y te das cuenta de que no hay nada de triste, por qué, porque sólo aceptamos en este asilo a los viejos que ya hayan cumplido todos los propósitos de su vida, es decir los que ya se sienten hechos, realizados, felices de su tiempo cumplido y que lo único que les falta es morir, y qué hacen si viene un anciano que no sea así, preguntó Yóno, no los dejamos entrar, dijo la enfermera bella, si los dejáramos, nos pondríamos muy tristes cada vez que uno muriera. Llegaron a la oficina y la enfermera bella anunció al visitante ante una anciana sentada tras un escritorio de madera que relucía de pulida, era tan anciana que si saliera de la oficina la confundirían con una inquilina más de ese asilo. La anciana sacó el paquete de un cajón e hizo un ademán a la enfermera bella de que lo recogiera, así lo hizo ella, y de inmediato la vieja hizo otro ademán para que se fueran, la vieja siguió con sus papeles, metida en sus asuntos sin molestarse en decir ni adiós. Disculpa a la directora, dijo la enfermera bella, el cáncer de garganta la tiene de muy mal humor, pero te pido de su parte que no le falles en tu promesa a Yóla, también la conocen aquí, preguntó Yóno, y la enfermera bella aquí estuvieron sus dos abuelos maternos antes de morir, hace dos años, durante todo el tiempo que vivieron aquí ella vino a visitarlos todas las semanas sin falta, ellos estaban tan ansiosos por morir que disfrutaban cada instante con ella con una felicidad exagerada, pensé que los ansiosos por morir disfrutaban menos la vida, preguntó Yóno, algunos sí, pero para los viejos de acá es lo contrario; disfrutaban más la vida entre más quieren irse de ella. Llegaron a la entrada. Ahora sólo me falta un paquete más, dijo Yóno, y como la enfermera bella vio sus ojos dubitativos, como si hubiera ante él un campo de espinas venenosas, le sonrió seductoramente y le dijo piensa que con esto harás muy feliz a Yóla, sí, lo sé, dijo Yóno, y la enfermera dijo no hay nada más bonito que alguien feliz, o alguien que muere feliz.

Cuando baje del autobús [casi choca contra un joven estudiante de medicina en la puerta ("con permiso", dijo el estudiante), luego mira el anuncio de una lavandería ("¿30 yaos por prenda?", pensó) y aparta la vista con repulsión] se dirigirá hacia la izquierda, donde encontrará un edificio de diez pisos [su cabeza se alza hasta exponer su manzana de Adán ("¡Vamos, se nos hace tarde!", gritó un habitante de ese edificio cuyo género la voz no pudo esclarecer) y pequeñas gotas de llovizna le caen en la cara], comenzará a subir los escalones y [cada uno de ellos, pese a ser de metal, rechina ("qink, qink, qink")] sentirá extraños olores como de pólvora y ponzoñas saliendo por debajo de las puertas. Continuará con su ascenso [se escucha un lejano grito ahogado, un zumbido rápido pasa a pocos metros de él por el piso 5 ("un joven

melenudo sin dientes aulló en su caída), pero no se da cuenta de qué ha sido] hasta llegar al último piso, luego buscará el departamento número 20 [no quiere tocar la puerta ("el '20' de la mala suerte[9]", pensó), cierra los ojos y extiende la mano] y tocará la puerta.

Aparecerá frente a tus ojos un joven de cabellos de estropajo, sucios pero brillando un color azul plateado. De sus labios pálidos preguntará qué es lo que quieres. Su voz será cortada, inflamada, le dolerá siquiera respirar.

— Dyére —dirás, querrás taparte la nariz por el olor a huesos viejos. Te hará pasar. Habrá una mesa polvorienta, sillas roídas por termitas, un colchón emanando pestes de origen diverso con resortes atravesando la tela y una ventana abierta. Nada más. Te dirá que está contento de que ya hayas llegado porque no podría suicidarse antes de darte el paquete. No sabrás qué decir, pero tu mirada patética le hará percibir tu curiosidad y morbo. Meterá la mano dentro del colchón y buscará el paquetito. Lanzará maldiciones, lloriqueará, temblará ansioso.

—¿De dónde conoces a Yóla? —preguntarás.

Te dirá que es su hermano mayor. Sólo eso. Encontrará el paquete, sacará su mano llena de pelusas y arañitas bebés. Te extenderá el brazo y en tus manos recibirás el paquete. Sacudirás las arañitas y las aplastarás al caer al suelo. Se mirarán otra vez. Te darás cuenta de que en su rostro, pese a imperar la desesperación, también habrá un gesto extraño que no entenderás al principio. Piensas fugazmente qué te parece tan raro de su expresión y por qué parece llenarte de sosiego. Entonces repararás en sus cejas. Sí, esas cejas no tienen sentido en ese rostro tan hambriento de muerte; levantadas, palpitantes, rientes, las cejas con las que una madre mira a su bebé o un monje mira una hoja caída en el otoño.

—Gracias —dirás de repente—, adiós y... suerte con tu suicidio.

Te dirá que esperes. Te preguntará si no tienes temor de cumplir la promesa que le habías hecho a su hermana.

—No —dirás sin dudarlo.

Él sabrá que una parte de ti miente. Te pedirá que por favor lo observes mientras se defenestra. Temblará tu garganta.

—¿Por qué?

Dirá que quiere vivir un poco más, pero no tiene ganas de hacerlo por sí mismo, así que quiere pedir prestada tu consciencia para vivir dentro de ella. Sólo será mientras vivas o hasta que lo olvides por completo, después de eso abandonará completamente ese plano, ya que ni siquiera su familia y amigos le han querido brindar un rincón en sus consciencias para darle alojamiento cuando muera. Querrá saber qué se siente vivir en la consciencia de otro. Se callará. Aceptarás. Se lanzará por la ventana y escucharás su cuerpo estrellarse contra algo metálico.

Te irás.

Ese era el último paquete, pero no el último destino en el mensaje de Yóla. Yóno volvió a pensar en la tortuguita que se compraría para su cumpleaños sólo para distraerse de su promesa. Se dirigía entonces hacia

el centro de la ciudad cuando comenzaba a anochecer. Lo vi bajándose del camión y caminar entre unas cuantas muchedumbres en su camino hacia una tienda situada en una región del centro llena de librerías. La tortuguita ya no era suficiente para distraerlo: necesitaba pensar en otros planes a futuro para alejarse de la promesa, pero ni pensar en su familia, ni en sus estudios ni en sus diversiones personales mantenían sus pensamientos tranquilos. La promesa lo atrapaba como la órbita de un planeta; giraba alrededor de ella, y cada vez sentía que conocía menos a Yóla, que le temía, pero, al mismo tiempo, un sentimiento de paz comenzaba a surgir en él. ¿Qué pasaba? ¿Acaso la promesa podría beneficiarlo a él también de algún modo? ¿Por qué no salía de su cabeza la imagen del hermano de Yóla, primero frente a la ventana, luego desapareciendo por ella? Ahora él existía en él. No. Ya existía como parte de él mucho antes de conocerlo. Ver al hermano... Por eso, el día anterior, cuando estaban en el camión, comenzó a hablarle a Yóla casi sin pensar y entonces ella le pidió el favor, le hizo hacerle una promesa que beneficiaría a los dos, cumplir la promesa le quitaría el peso de encima, ¿o no?

Lo vi tocar la puerta de una de las librerías más viejas, el nombre estaba tan borroso que a duras penas se distinguía la palabra Dyére en la ventana. Yóno se sintió raro de tener que decir esa palabra en un lugar que se llamaba igual. Tocó la puerta. Abrió un anciano de fuertes ojos azules y barba blanca, parecía un mago o un gurú, invitaba al mismo tiempo al miedo y la risa.

—Dyére —dijo Yóno por penúltima vez en su vida.

El viejo lo hizo entrar. Yóno inmediatamente sintió un inmenso calor que le bajaba de la cabeza hasta el cuello, los estantes llenos de libros que alcanzó a ver se arremolinaron y mezclaron hasta formar una masa amorfa, que lentamente fue desvaneciéndose en una bruma negra. Lo último que sintió fue euforia y su cabeza yaciendo sobre algo duro.

¿Con quién fue?

Con Yóla. Suaves brumas subían desde que había aprendido a tener consciencia hasta que aprendió a sentir vergüenza de su consciencia.

¿Era feliz con eso?

Como la mayor parte de los danzilmarenes.

Y Yóla corría y corría y Yóno no podía alcanzarla. En sus manos morenas un pequeño pajarito de porcelana aleteaba intentando liberarse. Yóla lo dejó ir, pero apenas hubo volado un instante cayó y quedó hecho pedazos sobre la hierba[10].

¿Cuántas veces?

Muchas.

¿Sonrisas?

Sí. Incontables.

¿Y enojos?

Finitos, pero fácilmente olvidables.

Como las enseñanzas de los monjes del lago Dên, su voluntad dependía de lo externo, de lo impalpable, de lo eterno. No podía sostenerse de lo

que las manos tocaban o de lo que los ojos veían. Yóla lo sabía, Yóla lo sentía, Yóla lo expresaba. No importaban los estatus, ninguno salvo el último.

¿Estaba ansiosa?

Ansiosa como una niña en su cumpleaños, pero no se atrevía. Tan cobarde como Yóno lo era.

¿Se amaban?

Define "amor".

El sentimiento de que sus decisiones, deseos y necesidades personales los conducían juntos hacia un último acontecimiento, con el cual sus vidas quedarían alteradas para siempre, pero que al mismo tiempo los liberaría de sus más hondos anhelos.

Y ella miraba las hojitas que le caían en la ropa a él y se las sacudía. Las veía caer a tierra. Hojas agonizando, privadas de los nutrientes de su árbol madre. Su boca se volvía una parábola en éxtasis, mil veces mayor que cuando dormía.

¿Envidia?

Consciencia

¿De qué?

De que tanto ella como él eran aquello que caía, aquello que dejaba de ser aquí para ser allí. Miraban el mar y veían insectos; miraban piedras y veían orejas; miraban los rincones con telarañas de una casa y veían un espejo. Escuchaban ventiladores y oían cascadas; escuchaban maullidos y oían pisadas; escuchaban lenguajes y oían acordes.

Y para eso actuaba Yóla, para eso hacía actuar a Yóno, para que al ser otros fueran más ellos, que siendo un lápiz también eran un cangrejo. Y Yóno era existencia-admirar, y Yóla era existencia-planear, pero nunca existencia-realizar. Sólo uno se podía quedar, el otro debía viajar.

¿Eran peces?

Sí.

¿Eran plástico?

Sí.

¿Eran serpientes?

Sí.

¿Eran pianos?

Sí.

Y entre roce y roce, las pieles se despellejaban, y luego se descarnaban hasta que los dos quedaron desprendidos de sus barnices, y se miraron el uno al otro y dijeron que no veían nada y sonrieron dichosos.

¿Y por qué eso precisamente?

Por la ausencia de retorno.

¿Y por qué tan pronto?

Por la impaciencia.

¿Y por qué de ese modo?

Por la promesa.

Se abrirá una grieta que dividirá el mundo en dos, y un resplandor cegador emergerá de las entrañas de la tierra[11]. Yóno verá a Yóla alejarse al otro lado y ésta gritará su nombre y que no olvide su promesa.

Yóno atravesará el campo de fuego, los acantilados violentos, las montañas llorosas y los valles envenenados para llegar al otro lado de la luz y cumplirle su promesa a Yóla.

Al recobrar la consciencia, era ya de madrugada. Estaba tirado en frente de la tienda. Se incorporó con trabajo y se sobó la cabeza. Tardó un rato en reconocer lo que había pasado. Se aseguró de que no le hubieran robado nada. En la mochila ya no estaban los cuatro paquetitos, sino que habían sido cambiados por un único paquete bastante grande. Tuvo curiosidad; abrió el paquete y dio un vistazo. Primero mantuvo el aliento, después rio y se sintió feliz. Comprendió que el contenido de los paquetitos había sido unido, quizás por ese viejo que parecía un mago o un gurú, para formar otra cosa, aquello que Yóno necesitaba para cumplir su promesa con Yóla. No teniendo nada más que hacer ahí, se levantó y tarareando se alejó de ahí, disfrutando de la pacífica madrugada y del acogedor silencio que en ese momento le regalaba el centro de la ciudad de Telmánt.

Los sentidos perciben.

[Imagen de árboles, o quizás de pájaros]

Una tortuguita tal vez no sea muy buena idea. Son muy delicadas y hasta cierto punto aburridas. Mejor algo que no se pueda ver o sentir, algo que no distraiga y que no pueda asociar a mí.

[Sensación del fresco de la madrugada]

Cuando era niño debí haber salido a caminar así tantas veces, las noches del sábado, en mi barrio plagado de jardincitos. En aquel entonces no sentía, pero ahora sí. El fresco, lo amo tanto, y la sensación de la luz del sol que poco a poco calienta. Porque lo seré yo también.

[Olor del alba]

Brilla y brilla, como los ojos de Yóla cuando me habló de la promesa, la cual estoy en camino a cumplir de una vez. ¿Qué importa lo que suceda? Ya no me importan las consecuencias, al fin y al cabo todo y nada importa. Aunque tenga que pagar después, lo haré con gusto, porque así seré dejando de ser.

[Sonido de una casa]

Adelante. El paquete a salvo a mis espaldas, listo para que el objeto de adentro cumpla su propósito.

[Olor del timbre]

“Salió Yóla y miró a Yóno somnolienta. Yóno sonrió”

—Dyére, ja, ja.

“La cara de Yóla se despabiló y le dio la bienvenida con un abrazo, avergonzada por haber dudado de Yóno. Lloraba de alegría”

—No tienes idea de lo impaciente que estuve, Yóno.

—Yo también estoy impaciente. Mira, tengo lo que querías.

[Imagen de una hermosa cara radiante mirando el interior del paquete]

“Yóla lanzó una tierna risa con los ojos cerrados”

[Sensación de pájaros aleteando en los árboles contiguos]

—Bueno, ¿qué estamos esperando? Hagámoslo de una vez, estimado. No

perdamos un segundo más.
"El rostro de Yóno se llenó de paz"
—Muy bien.
"Entraron y se cerró la puerta"
[Sonido de un disparo]

[1] Antigua civilización que gobernó el este de Danzílmar antes de su unificación con la civilización Dyánzil. Sus templos son abundantes en el actual estado homónimo.

[2] Tipo de vestimenta tradicional danzilmaresa con multitud de variaciones según el tipo de ceremonia y el nivel de los monjes.

[3] Algunas de estas estatuas suelen ser representaciones de dioses montando algún animal, bustos de cabezas sin boca, o animales sentados o de pie a semejanza humana.

[4] Adverbio negativo del danzilmarés antiguo, significa literalmente "Aquí no".

[5] Tipo de espada similar a un florete más corto y grueso, usada como medio de tortura o sacrificio por los sacerdotes del lago Dên.

[6] Personaje probablemente inspirado en los Kêreny; espíritus venerados por el pueblo del lago Dên.

[7] Especie de pañuelo de seda que cubre la boca, usado por los antiguos sirvientes de los sacerdotes del lago Dên.

[8] Lema grabado en el dintel de piedra del Gran Templo de Útod.

[9] El número 20 en danzilmarés suena similar a "derrota".

[10] Para los danzilmareses ver un pájaro morir puede indicar buena o mala suerte, dependiendo de si el ave estaba asociada a la vida o a la muerte.

[11] Frase usada por la sacerdotisa Kiúra en la epopeya Midránks.

Capítulo 11

Un lugar cerca de Híns

—¿Irás a aquella realidad. Aquella realidad teñida en pigmentos, en la que una mañana adornada de espesas nubes la gente pobre del pueblito de Plúz será invadida por los destartados camiones oxidados, que se detendrán en las desquebrajadas aceras llenas de maleza muerta, y uno a uno, los hombres subirán en silencio, como si supieran que aquel día era inevitable, apretujándose entre ellos e intentando no cortarse los pies descalzos con los agujeros de óxido del suelo de los camiones. Esa realidad en la que sus mujeres e hijos llorarán al verlos desaparecer por los caminos de tierra con charcos de agua de la lluvia de la noche anterior, y sabrán que, pese a todas las promesas que les hicieron antes de que arrancaran los motores, no volverán a verlos de nuevo. La realidad en la que la pequeña Lía contemplará a su padre partir, se subirá a una colina de tierra resbalosa, extenderá su mano y su mente intentará evitar que el camión que se lo lleva avance; pero sólo podrá detenerlo durante unos segundos, y luego el confundido conductor acelerará y escapará del influjo de la niña, la cual caerá sobre la tierra y sus ojos morados no harán más que contemplar el cielo brumoso mientras sus lágrimas fertilizan la tierra?

—Sí.

Nota: Probablemente es más largo, pero no se han encontrado otras láminas que pudieran pertenecerle.

Capítulo 12

Un náufrago

No era un secreto que los habitantes de Génd tenían poco respeto por los semáforos, a los que, más que figuras de autoridad cuya palabra había que acatar, consideraban meros instrumentos de ayuda siempre subordinados a las circunstancias objetivas del entorno. Así pues, la luz roja pasaba a significar alto total sólo cuando las circunstancias reales fueran que ningún otro auto supusiera un peligro para el infractor o para algún tercero; en caso contrario, no era diferente de la luz verde. No obstante es de sorprender la baja tasa de accidentes de auto en la ciudad, pues todos sus habitantes, tanto los de a pie como los que conducían, habían entendido que el precio a pagar por priorizar la realidad sobre la ley era la constante vigilancia y el más estricto cuidado en cada uno de sus pasos. No por nada también era la ciudad de Danzílmar en la que se reportaban menos casos de conductores intoxicados o distraídos con teléfonos móviles, y cualquier foráneo podría atestiguaros que en Génd nunca se escucharía el más ligero pleito o conversación ruidosa dentro o fuera de un vehículo, nunca se encontraría uno a un nativo que no actuara como si tuviera ojos en la espalda y que no reaccionara a los ruidos del tráfico como mangostas ante la sospecha de una serpiente.

Pero Dézen no se dejaba engañar; pensaba que vivir en esa ciudad era similar a tener siempre una carga de dinamita en el bolsillo, confiando siempre que los que jugaban con los fósforos no cometieran el más mínimo descuido o permitieran que un momento de imprudencia provocara alguna catástrofe. Por ello se había propuesto desde muy joven, y para el fastidio de muchos compañeros de tránsito, a ser el único que siguiera a rajatabla todas las reglas de tránsito, levantando la cabeza con orgullo especialmente ante los semáforos rojos aunque no hubiera ni un carro o transeúnte a kilómetros, y sonriendo ante los bocinazos a su espalda y ante las miradas extrañadas de los peatones. Pese a todo, debía admitir que nunca nadie le había confrontado seriamente ni intentado cambiar su manera de actuar, ni siquiera su esposa Yéna ni su hijo Ánke, llegando a pensar que, en el fondo, aprobaban su rectitud y hasta quisieran ser como él. Pero el camino de las reglas no iba a ser tan fácil, pues no se trataba sólo de semáforos sino de todo aspecto que gobernara su vida. Nadie le conocía vicio alguno ni la más ligera evidencia de una mala acción o prejuicio; a sus cuarenta y cinco años nunca había tenido otra intención que la de caminar recto y bien erguido. Sumado a todo esto, su ascendencia asiática le hacía dar la impresión de haber sido un monje en algún momento de su vida; nunca había tenido una sonrisa completa, nunca había abierto los ojos de sorpresa, nunca se le escapó palabra o ruido obsceno o fastidioso de la boca, siempre cuidaba cómo movía sus manos y la velocidad con la que hablaba o caminaba. Pero todas esas formas de rectitud no estaban reservadas sólo para la vida

pública, sino que Dézen era tan celoso de ellas que ni siquiera en soledad las abandonaba. Decía que aun si nadie lo veía, él se estaba viendo a sí mismo. Recurría a esa autoconciencia cada vez que sentía que podría descuidarse estando solo, incluso a punto de dormir no dejaba de repetirse por dentro "yo me estoy viendo, yo me estoy viendo". Cabría dejar a criterio de cada uno si en el fondo no se trataba todo de un autoengaño para enaltecerse a sí mismo sobre los demás o si se trataba de una búsqueda de virtud honesta. Incluso en esos tiempos era difícil saber quién escondía su soberbia tras una excesiva virtud, pues no es secreto tampoco que en muchos casos la humildad es la nueva forma que adopta la arrogancia.

Pero independientemente de lo que el lector curioso opine de nuestro personaje, el hecho objetivo es que, hasta el día en el que naufragó, nada le había hecho dudar de la rectitud de su vida.

Un profesor de preparatoria una vez le preguntó a Dézen cuál era la diferencia entre un prisionero y un náufrago. En vez de pensar por sólo cinco segundos para terminar diciendo que no lo sabía, regresó a su casa y pensó hasta que se quiso arrancar los párpados, pues sentía que algo más profundo se escondía detrás de las aparentes obviedades de tal acertijo. Cuando presentó su rendición al día siguiente, el maestro, sentado en su escritorio, contestó que un prisionero ha perdido su libertad porque son los demás los que han puesto un obstáculo que le impide el paso, normalmente porque hay el deseo expreso de confinarlo; en cambio, el náufrago no tiene más obstáculo que su propia incapacidad de sortear sus propias limitaciones para recuperar su libertad; nadie le quitó la libertad más que los hechos fortuitos de la realidad y lo único que le impide escapar es su propia naturaleza.

De pie ante la calle, al otro lado del semáforo rojo, Dézen volvió a ver la cabecita canosa de su antiguo maestro, y la que entonces fuera una expresión satisfecha se había convertido en una de burla.

Es bueno a esta hora. Siempre debería ser así, quieto todo excepto por el viento, y sin peligro ni siquiera para un sonámbulo. Pero ya pasé por aquí muchas veces, siempre tengo la impresión de que los arbustos al lado de los caminos se han movido de lugar o que al menos han cambiado de tamaño, pero peor fue cuando creí que la estatua de Yíer[1] se había movido, o más bien sólo sus ojos de repente habían brillado por los faros de un auto que pasaba. Debería ir a la facultad a pie, a ver si así me puedo evitar venir a caminar al parque. No, el traje no me dejaría

moverme igual, se supone que uno debe sentirse bien al caminar; me pregunto si hacer ejercicio a las apuradas será peor. De todos modos es mejor así porque me cansa lo suficiente para dormirme apenas regrese. Ojalá sigan despiertos; odio tener que cuidarme de no hacer ruido. Ánke salió a mi Yénali[2], son como detectores de sonido, en especial del mío. Y lo peor es que si intento no hacer ruido, acabo descuidándome y derribo las cosas. No entiendo cómo no se despiertan cuando pasan los autos corriendo frente a la ventana, o aun sin correr, pero mis pies sí, siempre, o casi siempre. Ya vamos, los pies aguantan un rato pero cuando menos lo esperas empiezan a sentir el calor que sube por las pantorrillas; la boca también quiere agua. Para colmo es fácil pensar que en una noche fresca como ésta no es necesario traer agua, pero la garganta no sigue la temperatura de la noche.

—Otra vez se te olvidó la cantimplora.

Pero nunca recuerda todas las veces que no la olvidé.

Y yo le daría un beso y me miraría primero como una gata recelosa porque sabe que sólo quiero irme a dormir. Ojalá esté despierta.

¿A qué hora va a cambiar el semáforo?

Sigue brillando el rojo. Entre más pasa el tiempo, más intenso se siente en las retinas de Dézen, que empieza a entrecerrar los ojos lo más que puede. Tampoco hay ya ruidos, no hay carros ni perros, el viento es casi mudo salvo por alguna que otra hoja que hace flotar en el aire antes de caer. Cinco minutos. Dézen cambia el pie de apoyo y mira extrañado el semáforo. Ningún carro. Diez minutos. La boca de Dézen está totalmente recta, los pies han empezado a hacer un baile de impaciencia. Pero ningún carro. Quince minutos. Esto se ha salido de todo lo regular y de lo irregular, entra en el terreno de lo absurdo y lo surreal. Absolutamente ningún carro. Veinte minutos y Dézen ya tiene que apretar los labios para que no se le escapen obscenidades, pues ante las esperas inauditas hasta los más buenos pueden llegar a pensar en destruir a la humanidad. Llega la media hora y Dézen, clavado como estaba en la acera, no aparta su casi asesina mirada del resplandor rojo del semáforo. Por primera vez en su vida refunfuñó, dio un pisotón, clamó algo inaudible al aire y se dio golpecitos con el puño en la frente. Entonces le llega la conciencia de que no hay vehículos. Sus principios le habían hecho centrarse únicamente en el semáforo en lugar de los automóviles, la razón por la que los primeros existían.

De nuevo, la insoportable espera casi le hace flaquear. No había nada que pusiera en peligro su vida en la calle: estaba tan desierta, tan abandonada, que daba la sensación de que uno podría quedarse dormido a media calle y nada le pasaría. Por poco saca un pie de la acera, por poco siente el placer del asfalto bajo sus pies, pero vuelve a quedarse quieto. "Yo me estoy viendo, yo me estoy viendo..."

Despierta del trance de reconciliación con sus principios, y como si su buena conciencia quisiera recompensarlo, cae en la cuenta del hecho obvio de que el parque tenía cuatro cuadras. Por primera vez en su vida se llamó imbécil a sí mismo, no sólo por modestia o para llamarse la atención por algún error que hubiera cometido, sino honesta y crudamente por su falta de inteligencia. No ha dejado de recriminarse cuando llega a la segunda cuadra. Sus ojos casi se ensanchan cuando vuelven a ver un rojo burlándose en su cara. Resopla. Va hacia la tercera cuadra. Sus cejas se movieron milímetros hacia arriba al encontrarse con otra luz insoportablemente roja. Lanza en voz apenas audible una palabra sin significado. Va hacia la última cuadra. Esta vez todas las partes de su cara se estiran de manera grotesca para sus propios estándares, que ante aquella luz, que para entonces ya calificaba de pornográfica, dejó salir, como un estornudo, una palabra clara y contundentemente obscena.

Los zapatos deportivos castigarán el concreto con la presteza con la que recorren el contorno del parque. La esperanza de encontrarse con alguna otra luz hace que los gemelos y las tibias ardan hasta sentirse en llamas, las cuales van en aumento conforme vuelva a encontrarse con el color rojo. Pero no podía perder tiempo, pues en lo que le tomaba descansar se figuraba que alguna de las otras luces cambiaría. Desde el cielo, su diminuta figura cruzará el centro del parque una y otra vez, pues es imposible que las cuatro luces estén confabuladas para no mostrar su placentero verde. ¿Sería posible que al menos uno de los semáforos se pusiera verde cuando él saliera corriendo? Esto lo hará detenerse y mirar desconfiado a la luz roja, pero ahora aquel rojo parecerá más congelado que nunca. ¿Y si sólo cambia cuando no estoy mirando? Esto le hará darle la espalda al semáforo. Esperará como si pudiera ver con la espalda, o como si la luz pudiera emitir algún sonido al cambiar que pudieran escuchar sus oídos. Volteará y la luz seguirá ahí. Volverá a darle la espalda y repetirá la misma obscenidad de antes.

Sería una salida fácil si tan sólo pudiera realmente sentir que la luz está en verde a mis espaldas. Si cruzo la calle con la nuca en el lugar de mis ojos...

Su pie casi volverá a tocar el asfalto, esta vez con el talón por delante, pero se quedará a centímetros de pisar una hojita seca, colgando sobre ella ansioso y a la vez culpable de seguir. El pie volverá al lado del otro y Dézen mirará de reojo el semáforo con odio, casi llorando.

¿Puede ver Dézen alguno de los semáforos sentado en esa banca, frente a

la fuente, casi en el medio exacto del parque?

Encontró un lugar en el que consigue ver el semáforo en la dirección opuesta a su casa. Los demás están ocultos tras el grueso ramaje de los árboles. Apenas alcanzará a distinguir una luz del semáforo de la derecha, entre unas ramas cuyo espacio crea un círculo casi exacto, sólo estirando incómodamente el cuello lo suficiente para no tener que levantarse.

No escuchó la voz de su hijo gritarle desde el otro lado de la calle, ni sus pies corriendo hacia él, sobrecogido de horror al pensarlo inconsciente sobre la acera como un mendigo. Poco a poco sintió sus manos sobre sus hombros y cara, y su voz entrecortada fue acompañada de las húmedas palmadas a sus mejillas. Dézen apenas abrió los ojos y sonidos temblorosos de sueño, frío y confusión vibraron detrás de su boca cerrada. Ánke lo incorporó y apoyó junto a las escaleras sin dejar de interrogarlo, su angustia disminuía conforme su padre abría los ojos y respiraba tranquilamente, pero sin cambiar su expresión y voz anestesada. La mente aturdida de Dézen sólo tuvo fuerzas para saberse en movimiento, apoyado en su hijo, cuando ya habían empezado a caminar hacia su casa. Las piernas respondían bien y no parecían sufrir el mismo adormecimiento que el resto de su cuerpo. Su memoria sólo retuvo calles y luces borrosas, la voz distante de su hijo Ánke, y una luz roja frente a sus ojos; no se sentía avanzar sin importar cuánto supiera que se encontraba caminando.

Con ayuda de su madre, Ánke le cambió de ropa y lo lavaron como pudieron con trapos. Tanto la esposa como el hijo hablaban, y Dézen entendía de qué hablaban, pasaban de la preocupación por su tardanza, el miedo previo a enviar a su hijo a buscarlo, y el disgusto actual por hallarlo en ese estado, como un ebrio que se ha perdido al volver del bar. A cada pregunta de qué había sucedido, respondía con sonidos como para que lo dejaran dormir, lo cual tornó el tono quejumbroso de su esposa en confusión y, finalmente, en miedo. Entonces remontaron sus preocupaciones sobre algún tipo de ataque o problema de salud repentino que lo hubiera dejado en esa condición, declarando en el acto que debían llevarlo al hospital. En seguida la madre y el hijo pusieron de cabeza la casa preparando todo lo necesario en el mínimo tiempo posible, y sólo cinco minutos después, estando listos para subirlo al auto, escucharon al padre y esposo decir algo que no entendieron. En vano intentaron hacerle repetirlo, y no queriendo perder más el tiempo, salieron rumbo al hospital.

—¿Cómo estaba...?

Y Ánke, desde el asiento del copiloto, volteó a mirar a su padre acostado en el asiento trasero.

—¿Cómo, papá?

—Síguele hablando, Ánke —la madre miró por el retrovisor, y luego hacia la ruta.

—¿Cómo qué, papá?

Dézen se sacude por los movimientos del auto y por los escalofríos.

—¿Cómo estaba el semáforo... cuando cruzamos la calle?

La confusión de Ánke ante tal pregunta hace que tarde un poco en hacer memoria y contestar.

Al escuchar la respuesta, Dézen lanzó una risa entre dientes casi como silbidos, tan suave que ni la esposa ni el hijo estuvieron seguros de haber escuchado algo. Tras dejar de reír, cerró los ojos y se quedó quieto.

Aún hace frío cuando Dézen sale de su choza hecha de palmas y queda expuesto a la leve oscuridad de la madrugada. Se acerca al lago para lavarse la cara y se dispone a ir a la playa. Camina entre las palmeras, entre las cuales las luciérnagas aprovechan sus gruesas sombras y los cocos percuten contra las rocas y la arena. Tantas veces ha recorrido el mismo camino hacia la playa que sus huellas han creado un estrecho camino, como un río sin agua, por el que sólo fluyen sus pies. Llega a la orilla en el momento en el que sale el sol, y en la desembocadura de su río personal, a pocos metros de la orilla, se sienta a esperar.

Espera a que pase un barco, a que se sequen los mares, a que le crezcan alas, a que le salgan branquias.

Ahí espera hasta que el sol lo quema bien entrado el día. La arena se le acumula en la piel y en el cabello, la ropa es desgastada por el viento, los pies callosos por tantas fricciones. Todos los días hasta que el sol termina de esconderse, ni siquiera mira las estrellas antes de volver a su refugio, y al día siguiente repite su mismo camino, su piel recibe el mismo sol, su rostro el mismo viento, su cuerpo la misma arena.

Un día escuchó pasos amortiguados detrás de él. Otra persona, bien vestida de traje, adormilada pero serena, se queda de pie a la orilla del mar. Dézen lo observa mirar su reloj y el mar a intervalos. Finalmente este individuo se mete al mar y comienza a nadar hacia el horizonte.

Dézen se levanta consternado apenas se da cuenta de que no se ahoga, ni se cansa, ni se inmuta por los peligros del mar. Se queda de pie por varias horas, durante las cuales un viento venido del norte comienza a fortalecerse muy lentamente. Luego escucha las risas y cuchicheos de una pareja que caminan casi uno sobre el otro, quizá un poco bebidos. El chico va haciéndole cosquillas, y la chica pegándole juguetonamente mientras se acercan a la orilla. Ambos dan una mirada descuidada al mar, y sus

risas alcohólicas serían suficientes para encender la ira de un dios marino, si lo hubiera. No esperan más y se zambullen en el agua, nadando muy pegados, temblando y a veces dando la impresión de hundirse, pero Dézen una vez más los ve desapareciendo tras el horizonte. Ahora unas nubes ocultan el sol, el viento comienza a hacer bailar a las palmeras silbando entre ellas. Aparece junto a Dézen otra persona, una anciana, la primera que se detiene un momento a verlo y decirle algo que no entiende a causa del viento y de su baja voz. La anciana, al no obtener más que una mirada confundida y hasta algo idiota, decide meterse de una vez al mar y nadar hacia el horizonte. La anciana aún no ha desaparecido, ni Dézen ha cambiado su expresión, cuando por detrás de él llega caminando una muchedumbre desde la selva. Adultos, solos o con niños, ancianos, más parejas, gente con animales, sobrios y ebrios, pobres y ricos, tranquilos y escandalosos, llenan la playa en su camino a la orilla, ignorando la presencia de Dézen. Ya han empezado a caer frías gotas de lluvia, los vientos ahora golpean por todas direcciones a la multitud que apura el paso, y ahora no le dan ni un vistazo al mar antes de lanzarse sobre él cual pingüinos. Pero la lluvia se hace más fuerte y la gente no se termina, y llegan con sus mochilas, portafolios, bolsos, vestidos, pantalones, sombreros y gorras, y nadan para escapar de la ya tempestad. A Dézen lo golpean sin querer y ni siquiera lo sienten, el viento le hace entrecerrar los ojos hasta casi cerrarlos. Intenta caminar contra la corriente para volver a la selva, a su pequeña cabaña de palmas. Pero ese nuevo océano, de gente que se aprieta y se apura para meterse al agua, le impide llegar muy lejos, y accidentalmente recibe más golpes y codazos y pisotones, y la tormenta ya está derribando palmeras, haciendo bolar plantas e incluso los sombreros de esas personas. La arena sale disparada como agujas, Dézen intenta taparse los ojos y los oídos con su camisa roída, y por ver peor choca más y más con la cada vez más desesperada multitud. Ya no hay luz más que la de los relámpagos en el cielo, y el griterío de la multitud y los alaridos del viento son opacados por truenos. En esa situación cree ver, entre las sombras y los relámpagos, que la pared humana se vuelve cada vez más impenetrable, y con horror se da cuenta de que todo este tiempo, pensando en alejarse del mar, lo han empujado cada vez más cerca de él, y cuando se ve a escasos metros del oscuro mar, que parece tragarse a todos los que nadaban en él, cae rendido sobre la arena mojada, y en posición fetal intenta protegerse de las pisadas de la muchedumbre que ni siquiera entonces se fija en él. Se abraza y se retrae como si quisiera enterrarse.

Cree que han pasado horas cuando las voces de la gente y del viento empiezan a disminuir. Está tan empapado y tan aturdido que a duras penas distingue a los últimos rezagados que se precipitan sobre el mar, y con ellos la tormenta ha decidido también retirarse. Pero se queda en su pequeño agujero de arena hasta que comprueba que no queda nadie, hasta que ya no se oyen los silbidos ciclónicos ni ningún trueno a la lejanía. Entonces levanta la cabeza y ve muy claramente las estrellas guiñando desde el oscuro cielo. Respira aliviado e intenta levantarse, pero cae sobre sus rodillas. Se arrastra unos cuantos metros hasta que las

fuerzas lo abandonan, y sin energía ni para quitarse la arena de la cara, se acuesta boca arriba, extendiendo los brazos y las piernas para aliviar su retraimiento.

Si se concentrara lo suficiente, podría imaginarse flotando en el océano del universo, en compañía de las estrellas.

[1] Dios del sol cuya estatua, famosa por sus ojos dorados, se encuentra en el centro del parque homónimo de Génd.

[2] El sufijo -li connota cariño.

Capítulo 13

Un emisario

1

Quiero empezar con una disculpa, pues estoy consciente de que nuestra repentina llegada ha causado desconcierto y temor entre vosotros, los seres que pueblan este planeta en este universo, y que por ello vuestras vidas se han detenido para brindarnos un poco de atención a mí y los que me acompañan, que somos, como ya se ha dicho, visitantes de un universo paralelo en el que los viajes dimensionales son ya una realidad, y que en nuestros andares hemos tenido la dicha de cruzarnos con vuestra raza, con la cual no deseamos otra cosa que la paz y el mutuo entendimiento, para beneficio de nuestros universos.

Nosotros somos miembros de un programa llamado Zlándliú, cuyo propósito es reunir la mayor cantidad de universos paralelos para formar una alianza, una asociación en el que las más diversas realidades convivan las unas con las otras en un intercambio de riquezas y culturas, apoyándonos mutuamente en los problemas que nos aquejen debido a las limitantes de nuestras propias realidades. Estimados seres, hemos venido, en función de emisarios, a proponeros vuestra unión al programa Zlándliú, y que compartan con nosotros las experiencias y beneficios que puede brindaros los viajes multiuniversales.

Al unirse al Zlándliú contarán, entre otros beneficios, con seguridad contra la extinción de su raza por cualquier catástrofe natural de su cosmos. Han de saber que, debido a que los universos son infinitos, siempre será posible evacuarlos e instalarlos en un universo similar en el momento en el que éste alcance su fin. También podremos proveeros con la tecnología necesaria para mejorar su supervivencia en este universo; podemos hacer habitable cualquier planeta de cualquier galaxia, de manera que vuestra raza podrá expandirse entre las estrellas, además de facilitar todo tipo de comunicación y transporte entre ellas. Si se unen, sus problemas con la falta de recursos también desaparecerán; hay literalmente universos hechos exclusivamente de aquellas materias primas necesarias para su subsistencia. Sólo por poner un ejemplo, para ustedes, que tienen que beber silicio líquido, tenemos un sistema que permite conectar este mundo con uno donde hay grandes planetas repletos de este material; ese silicio será transportado hasta este mundo y nunca más tendrían que preocuparse por su escasez. Los viajes multiuniversales serán también un derecho para todos vosotros; podrán viajar a cualquiera de todos los universos que se hayan unido al programa Zlándliú con la misma facilidad que toman un vehículo terrestre para ir de un lugar a otro dentro de una ciudad, o incluso más fácil. Entrarán en contacto con seres de otros mundos, podrán ir a vivir a ellos o sólo de vacaciones, podrán tener amigos y amores con esos seres, el intercambio cultural será tan grande como lo sea la vastedad del Zlándliú. El último beneficio que les expondré

ahora (aunque aún hay muchos más) es muy importante, y que quizás pocos hayan considerado hasta ahora. Como ya habréis notado, nosotros somos viajeros que buscamos el bienestar de los universos y su unión en una sociedad pacífica, pero habrá otros viajeros, igualmente organizados como nosotros, que buscarán el objetivo contrario, y hablo de destruirlos y esclavizarlos, de tratarlos como seres sin valor, de seres ficticios lícitos de explotar. Pues bien, ofrecemos también protección contra todos aquellos que intenten perjudicarlos de ese modo; tenemos sistemas de seguridad que evitan el ingreso de seres no autorizados en alguno de los universos del Zlándliú, y aún en caso de peligro contamos con aliados poderosos, seres con la capacidad de superar dioses, los cuales eventualmente conoceréis si se unen al Zlándliú, y que os protegerán de cualquier fuerza invasora.

Os suplico que penséis bien si deseáis unirlos al Zlándliú; las ventajas son muchas y el precio a pagar es poco. Mis colegas y yo permaneceremos el tiempo suficiente en su mundo mientras lo consideran, y durante ese tiempo cada ser tendrá acceso a toda la información disponible sobre el Zlándliú, que nosotros gustosamente proveeremos. Muchas gracias por su atención.

Tras este comunicado, el mundo entero estalló en gritos de simpatía por la propuesta de los extranjeros. Los tres emisarios eran contemplados en cada aspecto de sus físicos por los seres, que se sorprendían de cada una de sus facciones: del color de sus pieles, de los hilos que les salían de la cabeza y les daban una apariencia multiforme, de las formas de sus troncos que los hacen caminar en dos extremidades, de la dulzura de su voz que sale de un gran orificio que se mueve excesivamente en su cabeza, de sus órganos receptores de luz que rotaban como canicas atrapadas en un cuenco. Los líderes de las ocho regiones del planeta aplaudieron a los emisarios junto con todos sus gabinetes, levitando en sus asientos y sacudiendo sus apéndices como antenas en señal de respeto. Las cámaras enfocaron entonces al líder de la región de plwqt, la más importante del planeta, y este dijo:

—En nombre de todo el planeta Dlkjh, y de todo nuestro universo en general, les damos la bienvenida oficial, señores emisarios. Les suplicamos que se sientan como en su universo mientras están aquí, y den por hecho que de inmediato se abrirá un equipo de deliberación para examinar cuidadosamente la propuesta de unirnos al Zlándliú. Mientras tanto, les invitamos a disfrutar de todo lo que este mundo pueda ofrecerles. Bienvenidos una vez más.

A la gran cena de honor fueron invitados los tres emisarios, Vélhes, Bóher y Dáfur. La mansión estaba llena de las más grandes celebridades y líderes de todo el planeta plwqt, y de más está decir que todos, desde los actores y actrices más aclamados, pasando por los científicos de más renombre y los políticos más detestados, prácticamente suplicaron por una oportunidad para estrechar sus tentáculos con las manos de los emisarios, los cuales fueron sometidos a un interminable maratón de

conversaciones que se resumían en: "Buenas tardes, señor... un gusto conocerlo... es una bella realidad en la que viven...su fisonomía también nos parece del más alto interés... por supuesto, nuestros organismos pueden tolerar la comida de este mundo..., ya hablaremos de eso en otro momento, con mucho gusto...oh, pero por supuesto que la encontramos bella, señorita, ¿y usted a nosotros?..." Fueron salvados por el aviso de que la cena ya estaba servida, y todos los plwqtenses entraron en tropel para ocupar sus asientos, reservando en el centro de todos una mesa especial para los distinguidos invitados, bajo la cual colgaba una gran lámpara cuya luz verde iluminaba sus rostros sonrientes, sus ojos ya acostumbrados a la virtualidad de ese mundo, y antes de tomar asiento propiamente levantaron las manos para dar un saludo general a todos los demás invitados, para quienes sus dedos evocaban a una versión en miniatura de sus propios tentáculos.

Comieron los emisarios los platillos con gusto y esmero. Para empezar, una sopa con consistencia similar a la de la tierra mojada con óxido, y de sabor similar, luego carne asada de fgehy, cuyas plumas gelatinosas dotaban a la carne magenta de un peculiar sabor a hojas mojadas garapiñadas con azúcar de caña; el postre parecía un helado por su consistencia y un flan por su temperatura, a cada golpe de cuchara (cuyo mango era un tubo por el que los plwqtenses metían los tentáculos) producía un sonido crujiente, y sabía y olía igual que madera de cedro húmeda. Toda esa comida era acompañada por silicio líquido y vino de basalto, servido bien frío y que dejaba una sensación de adormecimiento en la lengua.

Mientras duraba la comida, fueron entretenidos por un espectáculo que llevaron a cabo en el gran escenario del comedor, donde habitualmente había representaciones de danzas y obras de teatro. Para esa ocasión especial, habían preparado un programa consistente en dos danzas y una obra de teatro, las que habían sido consideradas como las mejores de todo el planeta, y cerrarían con una de las mejores sinfonías alguna vez compuestas.

Las danzas (representadas por los mejores bailarines del planeta) los llevaron por un pequeño recorrido por la historia del arte dancístico, comenzando desde las épocas primitivas en las que se veneraban a los muertos representando movimientos de animales y plantas; ora los danzantes se movían como árboles, otros representaban el viento que se llevaba los espíritus de los fallecidos, representados por danzantes pintados de rojo y llenos de adornos y joyas. La última danza concluía con una muestra de bailes modernos, de naturaleza menos elegante, pero que exponían de manera simpática toda la clase de movimientos y contorsiones que eran capaces de hacer con sus cuerpos. Precisamente los plwqtenses ennegrecieron de pena durante los últimos momentos de la última danza, ya que representaba un baile considerado vulgar en el que los plwqt machos aproximaban sus qryp a los lkjh de las hembras, y éstas últimas los frotaban y contorneaban los bxzc mientras los machos las tomaban de las mrysf y las juntaban a sus cuerpos. La inclusión de este último baile fue muy discutida, pero al final decidieron dejarla sólo para

demostrarle a los emisarios que no tenían vergüenza de su mundo (comentaban que había que hacerlos atestiguar no solamente lo agradable, sino lo desagradable también a fin de propiciar un acercamiento entre mundos con más confianza). Los emisarios aplaudieron con entusiasmo, alzando las copas y brindando, por lo que los plwqtenses se quedaron tranquilos.

La obra que presentaron se llamaba "La sgdfk que era muy qpljg", y trataba de una chica que se enamoraba de un chico, pero éste había sido obligado por su hermana a aceptar un empleo en una ciudad lejana; la hermana había favorecido el alejamiento dada la repulsión que sentía por la protagonista por ser una sgdfk (habitante de unas zonas montañosas que en general se dedican al cultivo de pjhr), y la heroína, sin dejarse derrotar, aceptó trabajar cinco años para la hermana para demostrarle que era muy qplig (adjetivo usado para designar a un plwqt que está dispuesto a humillarse o a pasar penurias con tal de conseguir la aprobación de los padres por el amor de alguien), y si lo hacía, la hermana la dejaría casarse con su hermano, pero en secreto, mientras la protagonista se mataba a trabajar para ella, la hermana arreglaba todo para que el hermano se casara con una de sus amigas, con la cual él primero se niega, pero después de que su hermana lo engaña convenciéndole de que la protagonista lo ha dejado por otro macho más rico, y éste lleno de dolor termina aceptando el matrimonio. Cinco años después, cuando la heroína finalmente reclama el derecho a casarse, se encuentra con que su amor ya lleva varios años casado y ha formado una familia de ocho hijos. Herida por la traición de la hermana, huye de vuelta a las montañas, donde se suicida cortándose las venas, y su sangre, como si tuviera voluntad propia, se dirige como un río hacia su antiguo cultivo de pjhr, donde tiempo después crecieron unos phjr tan amargos y ácidos que el terreno fue abandonado para siempre.

Las caras absortas de los emisarios durante la obra fueron motivo de gran satisfacción para los plwqt, y la mayoría de ellos dejaba de prestar atención a la obra para contemplar esos extraños rostros, intentando adivinar qué movimiento de sus caras representaba gusto, tristeza, risa o aburrimiento. Al final, los emisarios aplaudieron con mayor entusiasmo aún, silbaron y vitorearon alzando sus copas, de manera que los plwqt se quedaron desconcertados, pues no estaban seguros si aquello indicaba gusto o disgusto, pero pronto se tranquilizaron cuando los emisarios les explicaron que se encontraban apabullados por lo estupendo de la obra. La sinfonía, llamada "Sinfonía de los dsxcq en prry jlbq" duró quince minutos, y expuso a los oídos de los emisarios sonidos a veces cristalinos, como el roce de alas de insectos sobre una materia hecha de aluminio, oro y diamantes; a veces como vozarrones de viento similar a barritadas de elefantes mezcladas con graznidos de patos y rugidos de leones, y sonidos arrítmicos, como de árboles cayendo, que salían de instrumentos que se tocaban soplándolos con el qpzx y al mismo tiempo golpeándolos en el suelo; otros los frotaban con los tentáculos o los percutían. El conjunto final sonaba como un delicado choque de trenes, que en su impacto hubieran desparramado por el suelo millares de piedras preciosas sobre

una superficie hecha de marfil, dentro de un espacio plástico que generaba un gran eco vibrante. Los emisarios volvieron a aplaudir, volvieron a brindar (ya se sentía un poco el impacto del vino de basalto), y con eso concluyó el espectáculo.

Se reúnen en la mesa del presidente Hbt, junto a su esposa y su hija Plw, los acompañan ministros del gabinete presidencial, los cuales, ociosos, no dejaban de inspeccionar a los emisarios, como si la decisión final de unirse o no al Zlándliú dependiera de eso.

—¿Les han gustado nuestros espectáculos, señores? —dijo el presidente. Vélhes, el más risueño de los embajadores, entrelazó los dedos y dijo con el mismo tono con el que había pronunciado su discurso televisado:

—Ciertamente, de todas las realidades que he visitado, nunca había visto cosa parecida. Indudablemente ha suministrado a mi catálogo de experiencias un ejemplar inolvidable.

—¿Dice eso en verdad, o no es más que una respuesta generada por la educación que los embajadores se ven obligados a demostrar? —preguntó la señora Hbt, que con su tono metálico pretendió ser suspicaz e indiscreta.

El presidente pareció adquirir la misma impresión a su esposa, pues en seguida adoptó su misma pose de emoción por escuchar la respuesta. Dáfur, el emisario que más fuerte había aplaudido, se echó para atrás y lanzó unas risas, diciendo:

—Señores, mi amigo tiene todavía la costumbre de ser exageradamente complaciente, y es verdad que a veces el amor por su trabajo le inhibe de expresarse con toda sinceridad, y debo decirles que en verdad que me es grato que en este mundo parezcan apreciar la sinceridad más que la cordialidad.

—Me alegra también que lo hayan notado —dijo el presidente—, y es verdad que preferimos una opinión sincera, así que no tengan miedo de expresarnos si en algún momento algo les ha parecido demasiado extraño, incluso feo o repulsivo, después de todo entiendo que para ustedes todo lo que han visto les habrá dejado con gran perplejidad en muchos aspectos.

—En gran parte se equivoca —dijo Vélhes—. En nuestra vasta experiencia hemos tenido la oportunidad de ver cosas incluso más extrañas, sin embargo el ser extraño o repulsivo no le quita lo interesante al asunto, y aquí tuvimos la oportunidad de tener un bocado muy grato de su cultura y de las posibilidades de sus cuerpos.

—Y ustedes —dijo Dáfur—, ¿cómo nos encuentran a nosotros, sienten repulsión o simple extrañeza?

—Siendo sincera —dijo la señora Hbt—, el sentimiento que sus cuerpos me da es miedo principalmente.

—Eso es explicable —dijo el presidente—, cualquier fisonomía que

exagere, nulifique, agregue o disminuya las proporciones del cuerpo a las que uno está acostumbrado, dan como resultado miedo o hasta pavor.

—Si se puede saber —dijo Bóher, el más recatado y prudente de los tres—, díganos exactamente qué parte de nuestra anatomía les produce algún pavor.

—Quisiera que me dejes contestar a mí, padre —dijo la señorita Hbt, quien al tener el permiso de su padre, arrastró su cuerpo hacia Vélhes y posó un tentáculo sobre su codo derecho—. Tal vez mi padre exageró cuando dijo que lo diferente daba miedo; a mí más bien me da curiosidad esta parte vuestra, pues pareciera que tienen tentáculos como los nuestros, más al tocar siento como por dentro tuvieran alguna constitución metálica que les impide alcanzar nuestra flexibilidad, pero esta parte de aquí, como una bisagra, es lo único que les otorga una movilidad lejanamente similar a la nuestra.

—Hija, ya no molestes mucho al señor —dijo la señora Hbt, y la hija de inmediato lo soltó y volvió a su asiento.

—No piense que me molestaba, señora Hbt —dijo Vélhes—. Será preciso, de hecho, que conozcamos lo más profundamente posible los secretos de nuestras anatomías si vamos a iniciar una alianza como la que planeamos. A fin de poder brindarles los servicios que necesiten en cada universo disponible, hemos de entrenar médicos especializados en vuestros padecimientos y en los límites de sus cuerpos, y los hemos de enviar a servir en todos los universos con los que hayáis decidido mantener relación.

—Eso nos alegra —dijo el presidente—. Sin embargo, hay algo que aún me gustaría que me aclarasen: dado que vienen de un mundo diferente, y nuestras culturas y naturalezas son diferentes, ¿cómo hacen para que nosotros podamos escucharlos en nuestra propia lengua?, para lo cual supongo que sería necesario disponer del apropiado aparato fonador que nosotros poseemos, el cual dudo que posean de manera natural.

—Pregunta bien, señor presidente —dijo Vélhes, y torciendo un poco el cuello les dejó ver el opaco aparato que se encontraba prendido de él, como un collar que no terminaba de cerrarse—. Esto es un Huónt [1], es un aparato especialmente diseñado para volver más fácil la convivencia con otras realidades. Entre otras cosas, nos permite adaptarnos al lenguaje de los seres ante los que sea expuesto, con una exactitud que depende de lo diferente que sea el idioma de los de nuestra realidad, y a su vez nos permite comunicarnos en vuestra lengua, interpretando inmediatamente aquello que sea nuestra intención decir.

—Parece un buen aparato —dijo la señorita Hbt, con un tono desconfiado—. Sin embargo, su funcionamiento no está libre de dudas y ciertamente no es infalible, puesto que aunque os escucho en mi lengua, debo señalar que los sonidos todavía no suenan tan naturales como entre los nativos de este mundo.

—Lo sabemos —dijo Dáfur—, y es por eso que con cada nueva realidad que se nos une, el Huónt se va perfeccionando hasta hacer de su uso lo más exacto posible. Pero no se preocupen mucho por eso; también fabricaremos para ustedes Huónt que sean adecuados para sus idiomas y

compleción.

Cuentan unos testigos que cuando la fiesta hubo terminado, y los tres emisarios estaban a punto de ser conducidos a sus residencias por parte de los servidores del presidente, se pudo ver a la hija del presidente dialogando con el emisario de nombre Vélhes a la orilla del camino de tierra, a varios metros del vehículo donde sus compañeros lo esperaban. Las palabras que se intercambiaron permanecieron en el misterio durante mucho tiempo, aunque se recordaron risas y silencios repentinos, quizá uno que otro acercamiento indiscreto; uno que otro apéndice más o menos cerca de uno y el otro cuerpo, algunas expresiones faciales usualmente no articuladas hacia gente con la que se ha tenido poco trato, y señales de lenguaje corporal de interpretación ambigua por parte de ambas criaturas. Los hechos son que desde esa noche, la señorita Plw Hbt observó ansiosamente las acciones pertinentes con respecto a los acuerdos con aquellos emisarios que su padre y el resto de los líderes mundiales llevaban a cabo, insistiendo los emisarios que todo fuera tan abierto al público como fuera posible, y fueron pocos los habitantes del planeta Dikhj los que no se enteraron de cada cláusula, de cada pequeña objeción y de cada beneficio que se fue discutiendo durante cuatro largos meses. Y mientras tanto, no eran pocas las veces que la señorita Plw acompañaba a los emisarios en sus inabarcables visitas hacia los lugares más remotos de su planeta. Relatar aquí cada detalle de los inolvidables paisajes, culturas, danzas, selvas, desiertos y océanos que los tres recorrieron se sale del propósito de esta pequeña crónica, pues mi intención no es otra que la de exponer las preocupaciones y rumores que surgían de ese grupo de emisarios, sobre todo de Vélhes, que permaneció casi todo el tiempo al lado de la señorita Plw, ocupados en pláticas tan insondables como los planes de un dios inepto o cruel. A veces no se los veía a los dos por varios días, y cuando regresaban no hablaban de dónde habían estado ni de lo que habían hecho. No fue sino hasta que todos los acuerdos estuvieron listos, y todas las potencias de ese planeta firmaron definitivamente por la unión de su universo con el Zlandliù, que salió a la luz la razón de tanto misterio entre el emisario Vélhes y la señorita Plw.

2

—...De un día para otro llegó nuestra gente, y tras la cordial bienvenida se pusieron a trabajar en todos los aspectos tratados en los acuerdos. Instalaron los servicios de transporte entre universos, los servicios para la producción y transportación de alimentos. Estudiaron a fondo la anatomía de los habitantes del planeta Dikhj y en poco tiempo ya no había en ese planeta enfermedad que no pudiéramos curar. La velocidad de estos cambios fue tan rápida, que la calidad de vida en ese planeta pareció

haber dado un salto de miles de años en el futuro en el lapso de unos pocos meses.

Dáfur hizo una pausa para permitirle a Níun asimilar todo lo que había acabado de contarle, pues de inmediato notó que el único ojo de su barbilla luchaba por mantenerse abierto y con la pupila flotando en medio, señal inequívoca de que se estaba interesando.

—Anda —dijo Dáfur—, puedo leer por tus antenas torcidas que tienes algo que decir.

—La verdad suena terrorífico —dijo Niún, cuya entonación entre un rugido y una madera partiéndose le indicó a Dáfur que su miedo era auténtico—. Entiendo que es parte de la realidad el estar cambiando constantemente, pero ¿acaso cambiar de manera tan drástica en tan poco tiempo no tuvo consecuencias para los habitantes del planeta Dikhj?

Dáfur al principio clavó sus ojos en ese pequeño ser similar a un gato e hizo una sonrisa un tanto patética, sonrisa de los que buscan una excusa no para decir una mentira, sino una verdad.

—Esa es una de las razones por las que, poco después, mi compañero Vélhes decidió abandonar nuestra profesión. Es verdad, hubo consecuencias, pero estas ocurrieron sobre todo cuando empezó la emigración de los demás seres del Zlándliù, pues antes de eso sabe que no hubo queja alguna sobre ninguno de los servicios que instalamos.

—Creo que adivino lo que sucedió —Niún, que hasta ese momento se había mantenido acurrucado entre las gruesas y peludas hojas de uno de los matorrales de la selva, se levantó y negativamente emocionado caminó entre los matorrales, haciendo que cientos de gusanos alados salieran volando—. El choque cultural que se produjo, que se produce cada vez que logran adquirir otro universo para el Zlándliù, debe ser sumamente intenso, hasta niveles insoportables.

—Siempre damos pequeños cursos antes de permitir que nuestros habitantes viajen a otros mundos.

—Pero aun así, ¿qué hay de los seres del planeta Dikhj? ¿Los prepararon a ellos acaso para recibirlos? Tal vez estoy hablando desde la mentalidad de la gente de mi mundo, pero no es posible entrar en contacto con seres de otros mundos y solamente aceptarlos como si no fueran nada.

—Tú lo has dicho —dijo Dáfur complacido por la observación—, así es según la mentalidad de la gente de tu mundo.

—Pero entonces sí hubo problemas, ¿no? Si dices que tu compañero dejó el trabajo de emisario a causa de eso, ¿no?

—Bueno, esos problemas no vinieron sólo por la impresión de los nuevos seres. Recuerda que los del planeta Dikhj son sumamente sensibles.

Ocurrió que, una vez instalado el sistema de viajes entre ese universo y los demás, no encontraron otro mundo al que les gustara visitar.

—¿Cómo?

—Cuando vieron a los visitantes nuevos, su trato cordial hacia ellos fue similar al de alguien que acaba de tener un bebé, pero conforme pasaba el tiempo se aburrían de ellos; se acostumbraron tan rápido a lo diferente que su desilusión fue insoportable.

—¿Quién podría aburrirse tan rápido si tal cosa sucediera?

—Es parte de la naturaleza de los Dlkjhanos. Nosotros vimos cómo pocos días después dejaron de vernos con curiosidad cuando salíamos a sus calles, dejaron de preguntarnos por qué teníamos algo o no teníamos algo en el cuerpo, o cómo hacíamos tal cosa, y un largo etcétera. Cuando esto ocurrió a gran escala, bastaron pocos meses para que llegaran a ver a casi cualquier otra criatura de cualquier otro universo como algo normal y común; así eran ellos, el primer día eres la última maravilla del mundo, y a la semana eres tan común como un grano de arena en la playa, así es su naturaleza.

—Intento entender, pero ¿cómo es que eso les causó consecuencias negativas a ese planeta?

—Pienso que usar el término negativo para calificar esas consecuencias es exagerado, en realidad lo peor que ocurrió fue que los Dlkjhanos dejaron su mundo para explorar otros, pues al poco tiempo volvían igualmente aburridos y decepcionados, por lo que dejaron de viajar casi completamente. Fueron conocidos en todo el Zlándliù como los seres más incapaces de mantenerse emocionados con lo nuevo, al menos a largo plazo, aunque uno sea de otra realidad por completo; un caso que nunca habíamos visto antes a ese nivel.

Niún, un poco más calmado, aunque no menos confuso, se volvió a acostar en esa cama de hojas que cubría el suelo de la selva.

—¿Entonces por qué dices que tu compañero dejó de ser emisario por eso?

Dáfur tardó un poco en contestar:

—Él nos explicó que al descubrir la desilusión de los Dlkjhanos descubrió su propia desilusión. Llevábamos tantos años siendo emisarios del Zlándliù, vimos tantos seres y tantas realidades, que en el momento en que llegamos al planeta de los Dlkjhanos fue un esfuerzo para nosotros tener que decir tantas veces “Oh, eso es algo que nunca había visto, es la primera vez que trato con seres como ustedes, sus costumbres son totalmente únicas, su universo es especial y sin comparación”. Vélfes se dio cuenta de que lo que él había tardado años en dejar de sentir, los Dlkjhanos lo habían dejado en semanas; se identificó con ellos, se centralizó, y de ahí dejó de viajar.

—¿Qué fue de él?

—Se quedó con los Dlkjhanos, fue el primero de nuestro universo en unirse en lazos matrimoniales con una nativa de ese mundo.

—¿Con Plw Hbt?

—Así es.

La mañana había salido lentamente mientras los dos seres hablaban. El sol verde tiñó con sus rayos la densa vegetación purpúrea, creando una mezcla verdosa sobre copas de los árboles y arbustos donde los gusanos alados retozaban. En su tic reflexivo, Niún jugaba con sus largos colmillos usando su lengua como de serpiente, las antenas entrelazadas y las orejas agachadas; era su tranquilidad que afloraba, más por el espectáculo del amanecer que por la historia de Dáfur.

—Entonces, aún piensas que no es momento de que tu mundo se una al Zlándliù —dijo Dáfur.

—No, todavía no —Niún cerró la boca al mirar a Dáfur.

—¿Cómo podría convencerte?

—Conozco a los de mi mundo; fue un milagro que yo no muriera de impresión por haberte encontrado aquí, pero yo soy de los pocos que tienen la mente fuerte; me temo que el resto no podría soportarlo.

—No me puedo creer que tu mundo sea tan cobarde.

—Sí —Niún lanzó un siseo—, aún somos muy cobardes para encontrarnos con seres como ustedes. Danos tiempo y tal vez algún día estemos listos para unirnos —diciendo eso, se levantó y caminó un poco con la intención de regresar por entre los árboles por los que había llegado, pero entonces se detuvo, volteó y dijo: —Será mejor que ya te vayas, no sea que alguien más te vea.

Dáfur sonrió en silencio, le dio un saludo de cabeza y Niún percibió una profunda decepción en sus ojos, luego lo vio difuminarse, dejando en su lugar una marca en la cama de hojas que evidenciaba los extraños pies del ser que se había posado sobre ella. Niún regresó a su aldea, disculpándose por no haber podido atrapar ninguna presa.

Bóher subió al pedestal y pronunció su discurso:

“Escuchen bien. El universo del que les hablo es al que llamamos Qikriouty, cuyos seres carecen del concepto de causa y consecuencia, y por ende nada pueden percibir; no son más que entes estáticos cuya interacción con su mundo nunca ocasiona nada. Al moverse no interactúan con la materia a su alrededor, ni la luz se refleja en ellos, y al chocar entre sí nunca se lastiman. Pero entonces llegamos nosotros, los emisarios enviados en pos del Zlándliù, con la ya conocida misión de integrarlos a nuestra sociedad de realidades unificadas, mas es aquí el punto de partida de lo que tiempo después sería una desgracia, nunca antes vista en los más de XXXX... de años del Zlándliù, que llegaría a sacudir los fundamentos con los que esta sociedad fue fundada. He dicho ya que los seres de Qikriouty no conocen la causa ni la consecuencia, así parecía durante el tiempo que permanecí con ellos. Debo comentar que mi comunicación con ellos intentó ser puramente conceptual, de mente a mente, sin el estorbo de los signos lingüísticos (ya que no los conocían). Pensaba que, si ellos no eran capaces de brindarme una respuesta a mis intenciones, yo podría ser capaz de tomarlas de sus conciencias. Pero no fue el caso. Su cierre a toda causa y consecuencia evitaba absolutamente toda comunicación; ni siquiera la comunicación conceptual produjo en ellos respuesta en sus mentes. Pero pese a eso, fue decidido integrarlos al Zlándliù después de haber entendido mejor su funcionamiento y haber evaluado que no eran peligrosos. Hubo enormes discusiones acerca de si era correcto integrar al Zlándliù a unos seres completamente incapacitados para entender cualquier cosa más allá de sí mismos, y que por consiguiente no eran capaces de tomar parte en

ninguna actividad de integración con el resto de los seres de los demás universos. Se decidió incluirlos, no obstante, debido a que en aquel momento surgió en nuestra división la teoría de que podría existir un universo cuyas leyes pudieran anular su condición de seres absolutamente aislados, y la curiosidad por observar tal fenómeno fue tan predominante entre nosotros que, una vez integrados al acuerdo del Zlándliù, se llevó a cabo un comité para llevarlos a explorar todos los universos que conforman nuestra sociedad, con la esperanza de que uno de ellos los "curara" de su naturaleza. Tras mucho tiempo y muchos universos recorridos, encontramos finalmente un universo que cumplía con nuestro cometido, y este universo fue el que albergaba al ya conocido planeta Dlkhj, el famoso mundo de los seres que decidieron dejar de recorrer otros mundos porque todos les aburrían.

Al principio, la respuesta de estos seres ante la exposición de ese mundo fue de un movimiento tembloroso que sacudió sus cuerpos cúbicos. Indudablemente era la impresión de estar percibiendo algo por primera vez, y también por vez primera la forma de sus cuerpos dejaba marca en la tierra en la que yacían, y la luz al reflejarse en ellos les hacía sentir calor, así como otorgarles un pálido color grisáceo. Poco tiempo después, comenzamos a escuchar sonidos provenientes de su interior, y al contestarles mostraban una reacción, ya sea en forma de más sonidos o de movimientos espasmódicos, de ese modo creamos conversaciones de estímulo-respuesta, les enseñamos el calor, el frío, la presión, la dureza, la suavidad, la luz, la oscuridad, el ruido, el silencio, y todo concepto a nuestro alcance que fuera el resultado del proceso de causa y consecuencia. Sin embargo una cosa nos fastidió bastante: no pudimos comunicarnos conceptualmente con ellos, de modo que una comunicación directa y significativa todavía quedó vetada entre nosotros, pero la alegría por nuestro logro fue suficientemente grande para convencernos de ser pacientes. Poco tiempo después, se instaló en Dlkhj una zona especial en la que fueron puestos esos seres cúbicos, y ahí se les dejó con supervisión, para que vivieran experimentando su nuevo mundo.

Poco vale la pena ponerme a relatar en detalle todos los cambios que la exposición a ese mundo ocasionaron en los seres de Qikriouty. Basta resumir diciendo que comenzaron a adaptarse a las percepciones y adquirieron hábitos que reflejaban esa adaptación: al moverse lo hacían con mucho cuidado, se alertaban con sonidos que surgían de sus cuerpos, cuando había mucho sol o comenzaba a llover se refugiaban, etcétera. Volvieron a haber discusiones acerca de si ese cambio tan repentino en su existencia podría ocasionarles consecuencias negativas, pero hasta no existir una manera exacta de saber lo que ocurría en sus mentes, todo era especulativo, y a lo más que llegamos fue aprobar un acuerdo, el cual decía que, si al poder comunicarnos con ellos, descubriéramos haberles causado perjuicios importantes, cesaríamos el experimento y los regresaríamos a su universo original. Sin embargo, la gran mayoría era de la opinión de que ningún daño ocurría a los Qikriouty, dada su aparente buena capacidad para adaptarse a esa nueva vida. Entonces, tiempo después, ocurrió el suceso que generaría un enorme infortunio en la

historia del Zlándliù: los Qikriouty comenzaron a morir.

Al principio sólo aparecían inmóviles, casi como si hubieran vuelto a su antiguo estado de privación de percepciones, pero al examinarlos sus cuerpos empezaron a desintegrarse hasta volverse polvo, como si aún después de muertos sus cuerpos siguieran respetando la inevitable consecuencia de la podredumbre que está reservada para todos los organismos biológicos como consecuencia de la vida. La razón de dichas muertes fue rápidamente esclarecida: morían de hambre. De inmediato intentamos con todo lo que pudimos para alimentarlos, pero ¿qué alimento consume un ser que nunca antes ha necesitado comer para mantenerse vivo? Se decidió que los Qikriouty fueran evacuados de ese universo (pues fuera de él volverían a su estado inicial) hasta descubrir el alimento adecuado para ellos, el cual comenzó a buscarse entre los universos miembros del Zlándliù.

Procedimos de la siguiente manera: reunimos todo tipo de materia de una gran cantidad de universos, luego volvimos al planeta Dikhj con algunos ejemplares de esos seres, y poníamos los alimentos potenciales en frente de ellos para ver si eran capaces de consumirlos de un modo u otro. Este proceso duró bastante tiempo y no daba resultados; ni siquiera podían consumir ningún tipo de materia de su propio universo.

Nos comenzaron a presionar para detener todo el experimento y regresarlos a su universo definitivamente, o si de verdad queríamos insistir en nuestra empresa, nos sugirieron acudir con algún ser con la habilidad de modificar las naturalezas de los seres, ya sea con algunos seres de otros mundos del Zlándliù o con los hijos de Gyéo Fúntuo, pero esta sugerencia fue criticada debido a que, alegaban, iba en contra del tratado sobre la modificación de las naturalezas de los seres. Se argumentó que modificar la naturaleza de los seres de Qikriouty no era un asunto de importancia crítica, como lo exigía el tratado, por las siguientes razones: a) Los Qikriouty no tienen conciencia de las repercusiones que involucrará la modificación drástica de sus naturalezas de manera permanente, y por ende no pueden dar consentimiento para dicho cambio, b) no corren peligro real más que en sólo un universo de todos los universos miembros del Zlándliù, y su presencia en ese universo en específico no es esencial ni para su subsistencia ni bienestar, y c) la naturaleza de los Qikriouty, como tal, no representaba un peligro para los demás seres que necesitara ser evitado.

Si bien no hubo nada que decir contra los últimos dos puntos, el primero abrió la discusión inicial acerca de nuestra decisión de incluir a los Qikriouty en el Zlándliù y buscarles una realidad que anulara su naturaleza. Se nos tachó de hipócritas por querer hacer por vía lenta lo que originalmente quisimos hacer por una vía más rápida. Después de todo, ¿no era verdad acaso que queríamos exponerlos a un cambio en su naturaleza para observar cómo se integraban a nuestra sociedad? ¿No habría sido mucho más coherente pedir una modificación de su naturaleza desde el principio y evitarnos tantos problemas? La respuesta es sí a las dos preguntas, y aquí debo confesar ante todos que la coherencia o la honestidad no eran lo que más reinaba en mi mente cuando decidí

participar en ese proyecto, sino la curiosidad, una curiosidad en la que queríamos ver si podíamos presionar a unos seres que apenas daban señales de vida para transformarlos en algo nuevo con la influencia de otra realidad.

Me preguntaréis ahora, estimados seres, ¿no había en el tratado del Zlándliù alguna regla que prohibiera integrar seres con características similares a las de los Qikriouty, o al menos que evitara que experimentaran con ellos, o que permitiera una modificación artificial de naturaleza de manera especial? Estimados seres, en qué aprieto me ponen. No quisiera tener que arrojaros la excusa de que el Zlándliù está lejos de la perfección, y que dentro de sus fundamentos hay aún espacio para la crítica y el desacuerdo. Lo único que puedo decirles con respecto a esto, y no sin cierta vergüenza, es que los seres como los Qikriouty nos hicieron darnos cuenta de una laguna en nuestro sistema que no consideraba a los seres conscientes aislados en su propia conciencia. Y me preguntaréis ahora, ¿no pensaron en eso los seres trascendentales surgidos de tu mundo, como Gyéo Fúntuo y sus hijos? Y yo les respondo que tal vez sí lo hicieron, pero me temo que, desde que alcanzaron la trascendencia, todo, o casi todo lo concerniente al Zlándliù les ha dejado de importar, pero eso es otro tema.

Sin embargo aquí no termina esta historia. Falta aún el detonante cuya consecuencia fue la revisión total del concepto mismo del Zlándliù, después del cual los cambios que le siguieron por algunos es considerado el equivalente al de una gran revolución.

Yo estaba participando en las pláticas concernientes a las acciones que tomaríamos después del fracaso por encontrar un alimento para los Qikriouty. Mi posición era la de continuar con el proceso que ya he descrito, y la defendía frente a los que opinaban que debía cancelarse todo de inmediato. Al mismo tiempo recapacitábamos sobre todas estas cuestiones de las cuales os acabo de hablar y reflexionábamos sobre qué deberíamos hacer en el futuro ante una situación similar. Entonces uno de los miembros de la agencia, que antes había trabajado para otra división de emisarios y era, por tanto, nuevo en el problema que tratábamos, preguntó: "¿Cómo supisteis que los Qikriouty eran seres conscientes desde el principio?" Ante esta pregunta, todos voltearon a mirarnos, y los miembros de nuestro comité volteamos hacia Dáfur, el que nos había venido con la noticia del universo de los Qikriouty. La respuesta a esta importante pregunta se vio interrumpida antes de empezar siquiera, pues instantes después nos llegó la terrible noticia: mientras continuaban las pruebas en Dikhj, para buscar alimento para los Qikriouty, uno de estos se comió a uno de los seres de Dikhj que ayudaba en el mantenimiento de la zona designada para los Qikriouty, y de él no quedó más que la húmeda membrana que cubría su esponjoso cuerpo.

No quisiera que se me malinterpretase con este escrito, pues no es mi intención desacreditar a mi compañero Bóher ni tacharlo de deshonesto, mas es mi deber, como involucrado directo en el asunto ocurrido con los seres de Qikriouty, el hacer una revisión a las palabras de mi colega para hacer observaciones y añadir información relevante que, ya sea adrede o no, quedó omitida en su discurso.

Bóher mencionó que uno de los miembros de la agencia expresó su duda acerca de cómo habíamos sabido que los seres de Qikrouty eran seres conscientes, y esta interrogante amerita una pequeña explicación para todos los seres ajenos al funcionamiento del Zlándliù. Existe en el tratado principal una serie de normas que regulan qué seres pueden ingresar al Zlándliù. Sin entrar muchos detalles, una de las reglas más básicas era solamente buscar la integración de seres con conciencia y con habilidad de razonamiento. A los seres carentes de conciencia pero vivos, tales como plantas y algunos tipos de microorganismos, se les protegía hasta cierto punto, pero su uso para investigaciones no estaba penalizado salvo circunstancias muy específicas. Pues bien, la primera vez que investigamos a los seres de Qikrouty nadie pensó que se trataran de seres con conciencia, ni siquiera era claro que se trataran de seres vivos. Esto parece obvio, pues unos seres inertes que simplemente flotan sin dirección, que están tan atrapados en sí mismos que no les es posible ninguna percepción y por ende ninguna comunicación, pueden ser muy fácilmente confundidos por simples piedras u otras estructuras no vivas. En el momento en que hicieron esa pregunta en la reunión, si hubiera tenido que contestar la pregunta hubiera dicho lo siguiente: uno de los hermanos, el que llamaban Dáran, me lo dijo. Es más, fue él mismo el que me llevó a ese universo y me presentó a esos seres, me dijo que no me engañaran mis sentidos: eran seres vivos y con conciencia, y que sería interesante intentar integrarlos al Zlándliù. Sin tener razón para dudar de sus palabras, presenté la propuesta a la agencia de emisarios, ante la cual el hermano Dáran tuvo que volver a declarar, por escrito, que los seres del universo Qikrouty eran, contrario a toda apariencia, seres sensibles y que no oponía ningún argumento en contra de su integración. Esta fue la última participación de uno de los hermanos en el asunto, y después de eso, el hermano Dáran no volvió a aparecer mientras el problema no se resolvió.

Otro punto que también me extrañó del discurso de mi colega fue la extraña manera con la que trató el asunto de las normas que impedían la modificación artificial de las naturalezas de los seres de Qikrouty, pues me dio la impresión de que sugería que la agencia no se había puesto de acuerdo en una modificación extraordinaria que le permitiera a esos seres comunicarse con nosotros para saber qué preferirían. De hecho se propuso, inicialmente, modificar su naturaleza de manera temporal, usando uno de nuestros métodos artificiales, sólo para explicarles la situación y, en caso de encontrar ese nuevo estado incómodo o demasiado súbito, se les regresaría a su estado normal (no me atrevo a imaginar por qué mi colega omitiría este detalle de tanta importancia). Es

decir, había una solución coherente desde el principio; pero, como ya explicó mi colega, nos opusimos a ello.

El por qué nos opusimos es menos interesante que el por qué la agencia aceptó nuestra oposición, y por qué nos dio la libertad de llevar a cabo nuestro plan de encontrarles una realidad que les provocara un cambio de naturaleza. Esta es la única parte verdaderamente oscura y de la que menos me aventuro a sacar conclusiones. Quiero pensar que los demás miembros de la agencia compartían nuestra curiosidad, y no viéndose impedidos por nadie que detuviera la realización de ese proyecto, aprobaron nuestro plan dando como argumento que podría ayudarnos a descubrir nuevos conocimientos sobre el funcionamiento de la realidad y de los seres.

Debo ser honesto ahora, la probabilidad de que surgieran dificultades importantes estaba en mente de todos desde el comienzo. El que los seres de Qikrouty llegaran a necesitar alimentos para mantenerse con vida ya formaba parte de los imprevistos que podíamos afrontar. Este es el segundo aspecto verdaderamente criticable de nuestro proceder; no consideramos que la muerte por inanición ocurriera de manera tan repentina como sucedió, sin dar pruebas observables de necesidad como en los demás seres. En mi defensa agregaré que, a diferencia de lo que mi colega parece decir en su discurso, sí intentamos hacer que comieran durante el tiempo que permanecieron en Dlkj. Nuestros dos errores principales en este aspecto fueron que, debido a que nuestros esfuerzos por alimentarlos no parecían ser de su interés, dejamos de enfocarnos en eso, pensando que si llegaran a tener la necesidad de comer, tendrían suficiente en la zona para intentarlo y que estos intentos serían evidentes para nosotros. El segundo error fue dar por hecho que serían capaces de consumir alimentos del mismo universo que les hacía cambiar su naturaleza; no se nos ocurrió que el alimento tendría que ser buscado en otros mundos; pero, como tristemente descubrimos después, el alimento perfecto para ellos resultó sí estar precisamente en el planeta Dlkj.

El siguiente punto a aclarar, el más escabroso de todos y cuyo intento de explicación no satisfará a nadie, es por qué, después de que los primeros seres murieran de hambre, los miembros de la agencia decidieron que las naturalezas de los Qikrouty no serían modificadas. El lector crítico notará que las tres razones que mencionó mi colega sonarán a simples excusas salidas de ningún lugar y por ninguna razón, y falta no le bastará, pues mi colega ha representado de manera incorrecta la manera en que dicha decisión fue tomada. Una vez más no me atrevo a acusarlo de completa mala fe. Pero es necesario aclarar que los tres puntos que dio no son invenciones suyas, sino parte de las reglas reales que regulan los cambios de naturalezas entre los seres del Zlándliù, incluidas en el tratado general. La única de estas reglas que definitivamente explicó mal es la segunda (que, dicho sea de paso, fue también la de menos peso en todo este asunto), la cual habla de que los cambios de naturaleza hacia un ser deben estar justificados dependiendo a la necesidad o urgencia de visitar un universo cuyas leyes les sean particularmente hostiles; es decir, si un ser quiere viajar a un universo que ponga en peligro su vida, la

modificación en su naturaleza sólo será aprobada si no existe en todo el Zlándliù un universo similar cuyas condiciones no sean hostiles para ese ser (como nota aparte, este fue uno de los apartados que se discutieron al finalizar todo el asunto, dado que su mención fue usada como razón para no permitir el cambio después de la desgracia). Mi colega hizo ver toda esta regla con demasiada simpleza, limitándose a decir que no estaban obligados a permanecer en el planeta Dlkj, por lo que la modificación no se justificaba. Aun así, la razón por la que estas tres normas no fueron sino excusas para esta situación, está fuera de mi permiso explicarla del todo. Sencillamente no había razón lógica para no aprobar la modificación después de lo sucedido. Me aventuro a suponer que los miembros de la agencia, quizá mortificados por haber aprobado un proyecto basado en una laguna legal, que pretendía sin lugar a dudas la experimentación con esos seres conscientes, decidieron seguir las leyes tal cual estaban escritas y reconocer que nuestro proyecto no era indispensable para el bien de los seres de Qikrouty, y que si se tuviera que hacer alguna manipulación a esos seres, tendría que ser según la proposición que ya he descrito antes de comenzar con el proyecto. Estoy casi seguro de que hubieran propuesto esto si no hubiera sido por la noticia de la muerte del ser de Dlkj.

De más está decir que, después de la tragedia, la modificación fue aprobada inmediatamente, aunque tampoco estuvo exenta de señalamientos y críticas.

Qué alivio es el que siento, aunque también algo de lástima, por no haber participado en los eventos concernientes a los seres de Qikrouty. Alivio porque me libré de los problemas que causó, ya que de haber participado, probablemente hubiera seguido el rumbo que tomaron mis dos queridísimos colegas; lástima porque, seguramente, mi presencia hubiera sido un factor de cambio importante, aunque esto suene a mucha presunción de mi parte.

Yo ya me había desatendido del Zlándliù cuando todo pasó. Todo lo que supe llegó a mí del mismo modo que llegó al resto de todos los que no formaban parte de la agencia de emisarios; es decir, con noticias cargadas de incertidumbre e información que parecía contradecirse o que llanamente no tenía sentido dadas las circunstancias. La fiabilidad que los habitantes del Zlándliù siempre habían dado por hecho sobre la agencia de emisarios finalmente se vio envuelta en crítica y desapruuebo, recordándonos que, al fin y al cabo, esta sociedad sigue siendo manejada por seres falibles, seres que actúan por motivos que no siempre son del todo comprendidos o anunciados al público general. Toda esta experiencia sirvió para resaltar los tiempos en los que nuestros seres trascendentales jugaban un papel mucho más importante en el manejo del Zlándliù, y cuyo creciente desapego hacia nuestra obra eventualmente dejó al descubierto sus fallos. Yo ya tenía la sospecha de que un asunto así podía ocurrir sin el manejo de Gyéo Fúntuo y sus hijos, cuyo compromiso (si se le puede llamar así) de hoy en día se limita casi sólo a defendernos de los ataques de otros seres poderosos que nos amenacen; es lo único que aún

cumplen sin queja.

Es curioso que todo esto haya sucedido por la intervención de uno de ellos. Según dicen, Dáran se limitó a decir que los seres de Qikrouty eran conscientes, y por ende candidatos para unírseles. Sé que no tenían motivos para dudar de la palabra del hermano, pero el tratamiento que les dieron a esos seres no se correspondió del todo a lo que debería haber sido, como si hubieran sido catalogados como seres conscientes en los documentos, pero luego vistos como seres inconscientes en la práctica, o al menos como material posible de experimentación.

No quisiera devanarme mucho los sesos intentando explicarme qué sucedió en la cabeza de todos realmente, qué motivos movieron el orden de las decisiones que tomaron, ni si de verdad llegaron a creer que lo que hacían no iba a tener consecuencias. No vale la pena pensar en eso, porque incluso después de haber escuchado el discurso de Bóher y el comunicado de Dáfur, sería ingenuo suponer que no ha habido subjetividad, manipulaciones u omisiones en sus historias. Los seres deben recordar que, más que verdades oficiales, son narraciones que han pasado por sus filtros personales. Que me trague un agujero negro si algún día alguien de nuestra especie llega a decir una verdad completa y honesta.

En fin; yo, como observador lejano a todo esto, sólo puedo especular, pero habiendo conocido nuestra empresa por dentro, debo dar prioridad a la desconfianza. De todo esto sólo podemos decir que algo sucedió, por alguna razón, por culpa de alguien y por algún motivo. Esta es, a fin de cuentas, la única historia posible de contar. Cualquier otra cosa es manipulación.

Afortunadamente mi esposa sigue conmigo; los de su especie no nos guardan rencor por la muerte de su compañero de realidad, y me han aceptado como uno de los suyos. Uno de estos días solicitaremos un cambio en nuestras naturalezas para poder tener hijos.

Algo más ha cambiado en mí: ahora observo a las piedras y al polvo, y me pregunto cuál será el universo que les despierte la consciencia.

—Vamos a comer algo, ¿quieren? —dijo Vélhes.

—Preferiría irme a dormir —dijo Bóher, sintiendo que el cuerpo se le entumecía.

—¿Cómo es que estás tan cansado? ¿A qué universo de mandaron?

—preguntó Vélhes, y le dio una palmada cálida en el hombro.

—Uno bastante raro —dijo Bóher—. Incluso en la etapa de exploración me pareció una locura; era un mundo levemente intolerante, en el cual no existía el concepto de sueño o descanso; sólo el movimiento y el alboroto, y al entrar en él mi naturaleza se modificó automáticamente para adaptarme. El problema es que al regresar es como un bajón repentino por la recuperación de mi naturaleza, y todo el tiempo que no descansé ahora me está golpeando.

Sin necesidad de decir nada, los tres se dirigieron instintivamente hacia la zona donde se encontraba el departamento de Bóher, para acompañarlo hasta la puerta. Dáfur, consciente de que los emisarios con frecuencia

exageraban los problemas comunes que traían consigo los viajes entre realidades, se mostró escéptico ante el cansancio de Bóher, pero para no parecer insensible, dijo:

—Mañana te asignan otro viaje. Si quieres puedo pedir que te den unos días; así descansas bien. No sea que por andar con sueño la jodas y quede mal toda nuestra sección.

Bóher, percibiendo las intenciones de Dáfur por provocarle, contestó:

—Ni te molestes, camarada. Ya sabes que solamente se trata de la asignación; tendré suficiente fuerza mental para la explicación y la observación de los datos, cosa de unas horas y de vuelta a dormir, el viaje en sí será dentro de una semana. A diferencia de ti, yo no necesito mucho esfuerzo para asimilar toda la información necesaria para preparar un viaje.

—¿Cuánto es lo menos de tiempo que han tenido entre la asignación de un viaje y su realización? —preguntó Vélhes, para disipar un poco los ánimos competitivos que ya se empezaban a manifestar por medio de pequeñas risas sarcásticas. —Lo más corto que he tenido yo es de sólo tres días, claro que ha sido con universos relativamente sencillos. Una vez tuvimos que tener preparación durante tres semanas antes de mandarnos al mundo de las cascadas, ¿recuerdan que les conté? No había donde poner pie en ese mundo porque todo era agua cayendo, y los seres flotaban corriente arriba contra los violentos chorros de agua que caían hacia el vacío infinito.

—Si vuelves a contar esa historia, Bóher se quedará dormido antes de llegar a su cama —dijo Dáfur.

—Mis universos nunca han sido más aburridos que los de ustedes —dijo Vélhes, tomándose a juego, pero pensando que quizá Dáfur tenía razón.

—No, déjalo —dijo Bóher—. Al menos él no se inventa cosas de cuando viaja.

—¿Yo cuándo me he inventado algo? —Dáfur alzó la voz.

—Como cuando te mandaron al universo de los seres animados que no tenían cuerpo, que eran pura cabeza. Dijiste que encontraron tu cuerpo sexualmente estimulante e intentaron follarte por el ombligo.

Y como sus dos compañeros comenzaron a reírse, Dáfur se defendió ofendido:

—Pero eso no me lo inventé, de verdad pensaban que mi ombligo era mi órgano reproductor.

—¿Cómo pudieron haber pensado eso si esos seres no conocían otra parte corporal más que la cabeza? —dijo Vélhes, que aún reía de manera intermitente imaginándose la escena.

—Yo que sé, tenían mucha imaginación, ya sabes lo impredecibles que pueden llegar a ser las mentalidades de otros mundos.

Pasaron así por los pasillos del edificio de la agencia, mientras la tarde caía más allá del mar verde que se veía a través de las ventanas. El edificio, construido a semejanza de una torre que se retuerce sobre sí misma, reflejaba los últimos rayos del sol con su color grisáceo.

Pronto llegaron al departamento de Bóher, el cual secamente se despidió de sus colegas y se dispuso a dormir. Vélhes y Dáfur caminaron unos

pasos más hasta el transportador que se encontraba en el pasillo, a pocos metros del departamento de su amigo, y al meterse en él lo activaron para transportarse fuera de la sala de reuniones, de la cual habían salido instantes antes de que Vélhes les propusiera ir a comer algo. Los dos amigos se despidieron con una calidez que raramente manifestaban cuando se despedían de Bóher; Dáfur daba a Vélhes un pequeño golpe en su cráneo con los nudillos, y Vélhes siempre intentaba detenerlo fastidiado, porque a veces se le pasaba la mano y le quedaba un pequeño dolor durante un rato. Vélhes se dirigió hacia el restaurante de la agencia para cenar algo, Dáfur simplemente se fue por su rumbo sin explicar cuál era su destino. Esa fue su última convivencia durante el resto del día. Esos momentos de convivencia y charla eran, aunque no hablaran abiertamente de ello, tan apreciados por los tres, que a ninguno le importaba haber recorrido todo el camino hacia el departamento a pie, a través de tantos pisos y pasillos, cuando simplemente podrían haber usado el transportador que estaba fuera de la sala de reuniones para llegar en un instante al departamento de cualquiera de ellos.

[1] "Cadena".

Capítulo 14

La caminata lunar

Se le hace tarde a Ánke para ir a su servicio social en la escuela Méigi. La advertencia está clara: una sola falta, aun si te estás muriendo, implica la baja del programa hasta el siguiente año. Por eso va de prisa al paradero de autobuses al salir de la universidad. Faltan dos horas para que comience su turno, pero es mejor llegar muy temprano y perder el tiempo por un rato. Hace sol y los autobuses van llenos, pasan dos, luego tres y cuatro, y ninguno puede hacerse el espacio para uno más. Ánke se pasea nervioso y siente el dolor de sus entrañas cuando la combinación de prisa, hambre, calor y miedo se acumulan en él. Tendrá que pasarse el día con apenas una manzana y un pedazo de pan en el estómago, pues en el autobús está prohibido comer. Deberá confiar en llegar con suficiente anticipación para comprar algo en una tienda y paliar su ahora pequeña hambre esperando a que comience su hora.

Llega un autobús casi vacío. Qué alegre se siente. Sube y se refresca con el aire acondicionado. Un paseo tranquilo con poca gente y aire refrescante, un ambiente perfecto para bajarse el estrés y dejar descansar su mente de todo lo que ha hecho y aún le falta por hacer. Se sienta en la parte de atrás, cerca de la puerta trasera. Está empezando a relajarse cuando, unas pocas esquinas después, pide la parada un mar de estudiantes de una escuela preparatoria, que en manada se suben como si quisieran gritar "¡atibórrenlo, atibórrenlo!". Instantes después ya no cabe una cucaracha, y el calor de toda la masa humana le da a Ánke la impresión de que el aire acondicionado ha subido su temperatura. Pero lo peor es que ahora apenas puede ver el mundo exterior desde su posición; así será más difícil observar las pistas de la ciudad que le indiquen dónde debe bajarse: primero debería ver un enorme letrero de una farmacia en el lado derecho, seguido de una casa de un amarillo muy intenso, y de inmediato un banco rojo que se anunciaba con una enorme letra "Z" de color morado[1]. Su inicial tranquilidad se esfuma para permitir que todos sus sentidos estuvieran atentos a la menor señal del letrero de la farmacia a través de la gente. Ah, si tan sólo se hubiera sentado junto a una de las ventanas del lado derecho. Qué tonto, qué incauto, qué confiado.

En algún lugar alguien dijo, o quizá sólo se lo inventaba para intentar justificar su terrible decisión, que la percepción entre los humanos es similar a la de un navegante que se confía pensando que uno no puede perderse en el mar; puesto que no hay obstáculos que surjan del agua, en teoría basta volver sobre tu camino en línea recta para volver al puerto.

Pero por más que la memoria sensorial y visual le indicara a Ánke que todavía no habían llegado a su destino, su memoria temporal lo puso en alerta; bastaba que el tiempo transcurrido en la cabeza fuera levemente más largo o corto de lo habitual para caer en la ansiedad, sintiendo que con cada instante de más que pasaba, empezaba a alejarse más en dirección contraria. Cuando ese error en su percepción del tiempo y del espacio (que culpó parcialmente a la poca visibilidad y al ruido en el autobús) le hizo finalmente precipitarse a empujones hacia la salida, en su mapa mental de la ciudad se debía encontrar a unas dos o tres cuadras más allá de su destino. Ahora miraba de un lado al otro y no reconocía las calles, los comercios, los anuncios, incluso la gente parecía de otra ciudad, una más viva, menos consiente de su entorno, pero mucho más habladora. ¿Qué tanto se había pasado de su parada habitual? No importa. Sólo tiene que caminar sobre la ruta del autobús y eventualmente llegará. Eso hizo, o más bien intentó hacer, pues apenas hubo retrocedido una cuadra cuando su memoria ya no reconoció de dónde había venido el autobús. Sospechó que simplemente seguía la avenida principal, pero también recordó que poco antes de bajarse habían estado dando vueltas a través de una serie de cuadras antes de incorporarse a la avenida. Esperó un rato para ver de cuál de todas esas posibles calles adyacentes a la avenida surgía un nuevo autobús. Al ver que ninguno nuevo surgía ni de esas calles ni de la avenida, preguntó a un hombre que reparaba bicicletas en un taller.

—Por esta calle no pasa ese autobús —dijo sin despegar la vista de la rueda de la bici, que tenía varios rayos rotos—. Pasa aquí en la otra esquina, donde está el restaurante que tiene un cangrejo gigante, pero ese va para el centro.

Ánke agradeció y salió casi corriendo en busca del cangrejo, pero no se encontraba en la otra esquina como había dicho el mecánico, sino en la siguiente (lo otro no es lo mismo para los otros[2]). Frente al restaurante vio surgir al autobús como una oruga cautelosa. Apuró el paso y siguió de largo al restaurante. Pero pronto se vio de nuevo perdido al no saber ahora por qué otras calles había doblado el autobús en esa colonia pegada a la avenida. Viendo que sería una pérdida de tiempo volver a esperar un autobús nuevo por cada cuadra, decidió mejor esperar el autobús que viniera en sentido contrario. Pensó que el tiempo de espera sería menor que si simplemente se aventurara a errar en esa colonia esperando encontrarse con la ruta del autobús. No tuvo que esperar mucho, y para aumentar su alegría, iba casi vacío. Dudaba que tuviera que esperar tanto tiempo para volver a encontrarse con la calle donde estaba la escuela Méigi, pero por si acaso se sentó al frente, junto a la ventana. El nuevo autobús erró como una rata en un laberinto a través de esa colonia. Ánke estaba tranquilo y hasta disfrutaba de esas vueltas que habían sido cosa de preocupación hasta hacía un rato.

Una cosa curiosa de los autobuses es que, contrario a lo que el razonamiento nos haría suponer, y quizá también contrario a lo que el observador habitual está acostumbrado a ver, las rutas no tienen por qué seguir las mismas calles en sentido inverso. Esto es obvio tratándose de calles de un solo sentido, pero para el público general es a veces sorprendente que esto ocurra incluso cuando ambos sentidos se permitan, haciendo que muchos perdieran el tiempo esperando el autobús en la calle que no le correspondía sólo porque lo veían pasar por ahí en la dirección contraria. No había manera de saber qué línea de autobús en qué casos seguía las mismas calles y dónde decidía, casi caprichosamente, desviarse por otras calles, a veces alejándose tantas que parecían haber cambiado de ruta a la mitad del viaje para los primerizos. Ánke tuvo la desgracia de que el autobús que debía llevarlo hasta la escuela Méigi no entrara por la misma calle que la del autobús por el que llegó, sino que, con gran cinismo, dio otro rodeo más del que Ánke no se dio cuenta rápidamente, y salió hacia otra avenida que el pobre estudiante ya no reconoció. Sintió que le golpeaban varios rayos. Yendo en contra de las reglas del autobús, se levantó y se acercó al chofer, preguntando si iba a pasar frente a la escuela Méigi.

—No pasamos en frente —contestó el chofer haciendo muecas—, pasamos a seis cuadras de ahí.

Un poco más calmado, sacó el tono más formal que su idioma se lo permitía, y pidió al chofer si podía avisarle cuando llegaran al lugar en el que se encontrarían en paralelo con la escuela. El chofer respondió con varios "sí, sí, claro" como si en realidad no lo hubiera escuchado. Ánke regresó a su asiento ante las miradas desaprobatorias de los demás pasajeros. Esperó a la orilla de su asiento a que el chofer le avisara, sin dejar de mirar ansiosamente por la ventana intentando adivinar desde su ignorancia en qué punto se encontraría la escuela a seis cuadras de distancia. Lo peor que podía pasar era que se perdiera un poco tras cruzar la avenida, pero una vez en la colonia Méigi ya no debería tener problemas para pedir indicaciones a alguien. Miró su reloj y se sorprendió de que todo ese infortunio le ha costado ya una hora. Pero no tendría por qué temer, pues no le tomará tanto encontrar la escuela una vez en dicha colonia. Esperó, y vio tiendas de ropa con maniqués y una plaza que anunciaba las nuevas películas en el cine, y un lote de carros usados y varias cafeterías cuyo fuerte olor les llegaba al autobús y se quedó en él por un rato. Pero el chofer no decía nada, y más avanzaban y no decía nada, y seguía conduciendo sin dar señal alguna de dignarse a volver a hablarle. El pánico empezó a apoderarse de Ánke cuando su brújula interna le hizo creer que ya hacía mucho que habían pasado la escuela Méigi, pero un último rastro de confianza en el chofer lo hizo vacilar, y mientras pasaba el tiempo, y su fe en la promesa del chofer disminuía, más crecía la distancia a la que se sentía de la escuela Méigi. Sentía cómo el hilo que las unía se iba estirando con cada segundo que pasara en el

autobús, y ese hilo chillaba como en una mesa de tortura medieval, y le rogaba que se bajara, que dejara de estirarlo, que se rompería y nunca podría llegar a la escuela.

El pánico finalmente le dio el golpe final de adrenalina, se levantó de golpe y pulsó el timbre. El chofer pareció aliviado de haberse deshecho de aquel pasajero.

Perdido y desamparado en un nuevo mundo dentro de su misma ciudad, Ánke continuó su camino. Todos parecían hablar otros idiomas, vestir otras ropas, incluso tenían otros olores y hasta creyó ver que sus rasgos habían dejado de ser de danzilmarenes. Casi corrió en dirección contraria al autobús que lo había traicionado, casi haciéndose atropellar, casi chocando y derribando gente a su paso. Vio que faltaba media hora, y en un lapsus de brillantez, o más bien desesperación, decidió mejor cruzar la avenida y seguir recto, pues si los autobuses, a pesar de seguir diferentes calles, en principio van paralelos entre sí, debería llegar eventualmente a la misma calle por donde pasaba su autobús habitual. Con esa esperanza, no esperó a que la luz peatonal de la avenida cambiara antes de cruzar. Le pitaron, le gritaron de todo y le levantaron el puño, pero pronto se hubo adentrado en la colonia aledaña a esa avenida y corrió contando las cuadras. Una cuadra y veía viviendas con lindos jardines abiertos, donde cualquier ocioso podría entrar a estropear el césped o a dejar su basura. Dos cuadras y las viviendas se volvieron más cerradas, con rejas y muros altos, como si hubieran aprendido de los errores de las casas anteriores. Tres cuadras y había un parque con canchas deportivas, puestos de comida y una heladería donde se refrescaban los deportistas. Cuatro cuadras y vio pequeños comercios de abarrotes, hojalatería, cerrajería, un taller mecánico y tienditas atendidas por viejitos o señores a punto de convertirse en viejitos. Cinco cuadras y había una escuela, preescolar y primaria a la vez; era día de festival, por lo que los padres entraban cargando cajas plásticas con comida y las madres arreglaban los disfraces de los hijos. Seis cuadras, el número que el chofer traicionero había dado, y la ciudad seguía y seguía, con sus casas de techos planos y rejas como puertas de muros altos, limpias, aunque con algún plástico incidental en las aceras, las cuales, a pesar de estar bien cuidadas, tenían que resistir los persistentes embates de las plantas que se empeñaban en abrirse paso entre ellas. Pero la calle que tan bien conocía, por la que durante tantos meses había transitado en el camión que lo llevaba hacia Méigi, no estaba.

Temblando, regresó a la escuela de antes y preguntó casi jadeando a una de las madres cómo podría llegar a Méigi. La mujer pensó mirando a la nada por un instante y dijo:

—No me suena, la verdad —no lo miró mientras hablaba—, pero espérame un momento —llamó a su marido y le repitió la pregunta.

—¿Méigi?... Méigi, Méigi, Méigi —dijo el esposo como si fuera una sola palabra— creo que aquí a cinco cuadras —señaló hacia el camino por donde Ánke había llegado— pasa el autobús que pasa por Méigi.

Ánke explicó que no era así, y brevemente contó la desgracia que le había ocurrido con el chofer. El marido se compadeció y maldijo al chofer, su mujer también, y por último también el hijo.

—Si no es por ahí, entonces creo recordar que aquí a dos cuadras —señaló hacia las calles opuestas a la escuela—, pasan varios autobuses que creo, ¡creo!, que se acercan a Méigi.

No llegaré. Hubiera preguntado a más gente antes de hacerle caso a ese padre que creía que sabía algo. ¿Pasa cerca de Méigi?, preguntaba a cada autobús. No, le respondían siempre. Diez minutos quedaban. Lo más fuerte del sol había pasado y la luz pasaba de ser molesta a agradable, acompañada de los primeros frescos de la noche. No, y no, y no, y no. Ánke no pudo evitar lloriquear, pues ni aun llegando el autobús correcto podría salvarse, sólo si los dioses ahora se apiadaban y detuvieran el tiempo, o si se incendiara la escuela. Pero entre esas ideas y otras más perversas y pesimistas surgió un principio de paz. Ya estaba todo hecho. Si ya nada podía ser evitado, si ya estaba condenado a tener que repetir su servicio un año más, ¿por qué desperdiciar lágrimas y rabia? Ve a tu casa y descansa, Ánke. Dale un descanso a tu cansada columna, a tus pies magullados, a tu mente alterada, que de nada te sirve graduarte con honores, como un alumno modelo y apreciado por todos, si estás tan demacrado y sin sangre en las venas. Muy bien, pregunta si el siguiente autobús pasa por la colonia donde está tu casa.

—Sí, pasamos —dice el chofer, que se ve mucho más feo pero te habla mucho más amable que el anterior—, sólo que están arreglando las calles de algunas colonias y vamos a tener que dar un rodeo por las afueras. Pero a ti sólo te importa el "sí", por eso te subes y de dejás llevar. En efecto a lo lejos se ve el humo y llegan los ácidos y ponzoñosos olores de las obras, hay tanto polvo que más parece que ha habido un terremoto. El autobús dobla hacia el oeste, hacia el anillo que le da la vuelta a la ciudad, y sigue y sigue por más de media hora hasta que lo alcanza. Qué horror el que pensó en tal desvío, que en vez de hacer bajar el autobús hacia el centro tuviera que dar todo ese rodeo que le llevaría hasta una hora antes de bajar por el otro lado de la ciudad. Eso pasa por tu mente adormecida, y también tu parte comprensiva te dice que si así se decidió, es porque hay una razón para eso, una razón que no pueden saber los simples clientes, como por qué a veces los choferes rompen los boletos, por qué a veces se bajan a ver algo en la parte de atrás del autobús, por qué a veces toman otras rutas sin avisar o por qué no dan parada. Todo, piensas, debe tener una razón. Y también por qué son las reglas de tu escuela como son, por qué te expulsarán del programa por una falta y

tendrás que recursarlo el próximo año. Pero todo tiene una razón.

Cuando despertaste ya era de noche, el autobús seguía rodando y creíste que estar en él era parte de un sueño. Te asustaste al verte en medio de la carretera, con sus árboles oscuros pasando velozmente frente a la ventana. No había ningún otro pasajero; sólo veías la cabeza casi calva del chofer, con apenas vellos en la nuca.

—Mala noticia, chico, me ordenaron que ya acabe por hoy —te dio un escalofrío, que se convirtió en un intenso calor en la espalda cuando el autobús empezó a detenerse justo frente a una parada en medio del campo—. Voy a pedirte que te bajes, chico. Pero no te preocupes; es muy probable que pase el nocturno que viene de Kórens. Te llevará directo a Éntas.

Parecías estar hecho de tela mojada cuando te bajaste. El chofer te dio una última mirada de disculpa seguida de una sonrisa de ánimo, y se fue. Cruzaste la carretera hacia la otra parada. Eran apenas las nueve de la noche, pero se sentía mucho más tarde por el inusual viento de los páramos, que se enfriaba al entrar en la zona boscosa. Ahí esperaste apretujado contra uno de los duros asientos, casi agazapado, con apenas una pierna extendida. Pese a haber dormido por un buen tiempo apenas podías evitar que tus párpados te hicieran dar fuertes pestañeos. Querías llorar, pero si te sentías miserable no era ya por tu servicio social perdido, ni porque tus malas decisiones y, ¿por qué no?, la mala suerte y la mala fe del mundo te habían llevado hasta ahí. Querías llorar porque estabas solo en medio del bosque espeso, y lo único que querías era volver a una casa ya tan lejana, tan inaccesible, que se te empezaba a olvidar cómo era por dentro. Así es: olvidabas cómo era el lugar al que querías llegar, porque sólo podías pensar en llegar a él sin que ninguna oportunidad se concretara en avance alguno, sólo una cadena de pequeñas esperanzas que encontraban el modo de llevarte en la dirección contraria.

Pero ahora no puedes pensar en sentirte desamparado, porque una vez más estás frente a la oportunidad de avanzar. Les rezas a los dioses para que el nocturno llegue, que no haya sido sólo otra esperanza que te dejaría con el corazón en el cuello. Pero pasan las horas y por la carretera no ha pasado ni un carro. No se escuchan ruidos de vehículos ni a la más remota distancia, y las luces que iluminan la carretera te parecen menos luminosas, como si poco a poco se estuvieran apagando. Ese paradero era como una isla en medio de la oscuridad del bosque, frente un camino que lleva a la civilización pero sin nadie que sirva de vehículo. Da la media noche. Tu sueño te ha abandonado y ahora caminas de un lado al otro, por momentos fijas tus ojos por donde debería aparecer el nocturno, murmurando "aparece, por favor aparece", y pensando "no quiero estar aquí, por favor, no quiero estar aquí". No aguantas y te sientas conteniendo tu cabeza con tus manos, como si ésta fuera a salir rodando

de tu cuerpo. Si alguien pasara, pensaría que te ha atacado un súbito e insoportable dolor de cabeza que estuviera a punto de hacerte gritar.

—¿Te encuentras bien?

Era un hombre en sus cincuentas, casi totalmente cano y de bigotes espesos, que había detenido su bicicleta junto al paradero. Levantas los ojos e intentas recuperar la compostura, aunque tu voz es temblorosa cuando le explicas tu situación.

—Ya no creo que vaya a pasar el nocturno ahora —dijo el ciclista, mirando hacia la carretera con la mano en la nuca—. Pero hay una manera de que puedas atajar a la ciudad. Mira —señaló con un dedo grueso hacia la dirección por la que había llegado—, allá como a dos kilómetros empiezan a aparecer unos caminos de piedra. Si quieres camina hasta allí y toma el tercero que encuentres, ése te llevará directamente a uno de los suburbios de Éntas. Ojo porque los demás te llevarán a granjas y ranchos.

Una esperanza se había apagado y aparecía otra, que aunque no se viera muy luminosa, y ciertamente sonaba algo dolorosa, te abrió la puerta para escapar de esa insoportable parada esperando algo que nunca llegará. Le agradeces sin poder lograr que tu voz no sonara temblorosa. El hombre te sonrió, te deseó una buena noche y siguió pedaleando. De inmediato te pusiste a caminar, primero con seguridad, pero al ir entrando en la breve iluminación de la carretera empezaste a extrañar la seguridad de la parada. Tuviste que hacer un esfuerzo más allá de tus capacidades para convencerte de no regresar, y con ese ímpetu surgido de la idea de un atajo a la ciudad hiciste que tus piernas caminaran con la fuerza de un soldado. Llegaste al primer camino, cuyo final se perdía en la oscuridad. Tras otro rato llegaste al segundo, que igual parecía que descendía a un abismo. Cuando llegaste al tercero, y viste que también parecía no tener fin, aguantaste la respiración. Aún podías ver la parada a lo lejos y te pareció que te llamaba con su luz y sus estructuras metálicas. Pero no debías, sería inútil volver ahora que estabas ahí en frente del tercer camino. Distes un paso, luego otro, y otro hasta que te sentiste atrapar por la oscuridad, que ya no te parecía tan oscura como desde afuera. Entonces el sonido de un vehículo que pasó velozmente por la carretera casi te detiene el corazón. De tu momentánea parálisis saltó como de un resorte una energía inaudita que te hizo regresar corriendo a la orilla de la carretera, y entonces todo tu mundo se vino abajo cuando distinguiste, ya lejano y cerca del paradero, el autobús nocturno que te habías convencido de que nunca llegaría. Gritaste como si tuvieras todos los huesos rotos, entraste en la carretera y agitaste los brazos como un náufrago pidiendo ayuda, pero el nocturno ni se enteró, y si lo hizo ya no le importó, porque ya no estabas en el paradero. Se alejó rápidamente hasta desaparecer por la carretera y tú te quedaste de rodillas con la cabeza postrada sobre el

asfalto como un religioso que implora por misericordia. Ahí lloraste, sí, lloraste mucho y ni siquiera pensaste que algún coche podría pasar y atropellarte, o si lo pensaste, fue con regocijo.

La luna daba buena luz sobre el camino bordeado de árboles secos y frescos por igual, a veces alternándose de uno seco y uno fresco, o de dos en dos o de diez en diez. Las piedras las sentí frescas por debajo de mis suelas y era cómodo caminar sobre ellas, o tal vez era que mis pies ya estaban perdiendo la sensibilidad de tanto caminar; imaginé que podría marchar sobre espinas sin sentir las. A los lados el bosque continuaba oscuro y silencioso, pues incluso los pequeños moas tienen que dormir para tener energía, pero la mía provenía ya de ningún lugar, sólo de la necesidad de seguir caminando bajo la luna. De hecho me dieron ganas de levantar la vista para verla directamente: estaba casi llena y parecía muy cercana, como si se pudiera llegar a ella de un salto. Ahora iluminaba el camino que seguían mis pies, que ya no tenían la esperanza de que fueran a dar con el lugar que me habían prometido, como todo en ese día. Pensé entonces que el primer hombre que pisó la luna nunca se imaginó de niño que terminaría caminando sobre ella cuando la contemplaba desde la tierra, pero habitualmente uno no puede predecir con tanta anticipación adónde lo conducirán sus pasos. Yo esa misma mañana me levanté a la misma hora que todos los días, desayuné lo mismo, me fui a la misma hora al mismo lugar que desde hacía años, y mi previsión era que iba a llegar a mi servicio en la escuela Méigi, saldría dos horas después, regresaría a mi casa, estudiaría un rato, vería la tele, jugaría ajedrez con mi abuelo, me dormiría temprano y repetiría lo mismo al día siguiente. Y sin embargo ahora estaba caminando en medio del bosque, sobre un camino iluminado por la luna, con sangre en mis pies, muerto de hambre y con la espalda doliéndome por la mochila que no había dejado de cargar por horas. ¿Qué pasará mañana aun si logro llegar a la ciudad? ¿Cómo explicaré a mi familia mi ausencia, o tal vez incluso a la policía, que ya debería haber sido contactada? ¿Tendría la voluntad de que nada de eso importara, y dirigirme a la escuela a la hora habitual, ahí enfrentarme al hecho de tener que repetir el servicio por otro año? Todo eso era inevitable incluso si tardaba otra semana en llegar a mi casa. No me pasó por la cabeza, aun a esas alturas, que nunca podría llegar, que estaría condenado a seguir retrocediendo mientras intento avanzar. Hasta yo pensaba que sería ridículo que todos esos extraños golpes de la vida pudieran durar indefinidamente sin descanso. No era posible que la realidad nunca se aburriera de hacerme quedar mal. Pero por más fatalista que pudieran sonar mis quejas, no sentía odio ni rencor contra nadie, ni contra el mecánico que me dio mal el lugar del restaurante del cangrejo, ni contra el chofer que no me avisó cuando lo prometió, ni contra el padre y la madre que me enviaron a un paradero incorrecto, ni

contra el chofer que simplemente me dejó en medio de la nada, ni contra el hombre de la bicicleta que me hizo recorrer un camino en medio del bosque que parecía no tener fin, y que no me llevaba a ningún lugar que se pareciera a una ciudad. No creo que hayan sido parte el complot de la realidad, sino peones sacrificables de ella, cada uno caminando en alguno de sus múltiples caminos iluminados por lunas en medio de infinitos bosques. Que yo tal vez en su lugar hubiera dicho “no lo sé, es por ahí, si haces esto pasará esto, creo que es así”, y me habría equivocado y enviado a otro adónde estoy ahora. Pero en realidad no quería seguir pensando en eso, ni pensar en la luna ni en el camino. Sólo era un ente que caminaba hacia algún lugar, quizás con la suerte de encontrar el lugar al que quiero llegar, probablemente con la fortuna de llegar al lugar en el que debo estar, con el riesgo de llegar adónde no debo ir. Sólo caminé hasta que la luz de las piedras se hizo anaranjada y el fresco retrocedió ante una nueva calidez. El sol ya salía, devorando las estrellas y empujando a la luna. Eso no cambió en nada mi marcha.

A lo lejos divisé una construcción, que al hacerse más grande distinguí como la entrada a una granja. En mi estado de intensa somnolencia, en que mis emociones se confundían entre sí, caminé sonriendo mucho hasta que, sin darme cuenta, la granja estaba entorno a mí. Aún hoy recuerdo todo como si sólo lo hubiera soñado, pues estaba de hecho a punto de caer dormido, creía que para siempre. Pero mi cuerpo no dejó de moverse e inspeccionar ese nuevo lugar al que me habían enviado por accidente. Ese hombre en la bicicleta se había confundido; no era el tercer camino el que había que seguir, sino el segundo, como después me enteré. Di un rodeo a la casa y llegué a donde estaban las vacas. Ahí había una muchachita ocupada en ordeñar una de ellas. Mi intromisión no la alteró, pero dejó de apretar las ubres de la vaca un momento.

—¿Sí, qué se le ofrece? —su voz no era de sorpresa por ver a un desconocido de mi aspecto en un lugar así, sino de lástima, como si supiera todo lo que había caminado. Pregunté en dónde estábamos, ella me miró confundida y dijo: —Es la granja Siául[3].

Sonreí con éxtasis: había llegado al estado de Dánzil. La muchacha y yo nos miramos un instante, su incomodidad decreció y sonrió como divertida de la historia que se leía en mi cara.

Me hizo espacio a su lado y me invitó a enseñarme cómo ordeñar a la vaca.

[1] Banco Zuiául.

[2] Frase de Ráu Shórsta en El danzilmarés y sus demonios.

[3] Granja real en la región de Hóirwa.

Capítulo 15

El derecho a la absurdez

Sepan que manejo una página llamada La amante del azul. Apenas al entrar, los visitantes serán bienvenido por un enorme banner en la parte superior de la página, en el cual se lee: Si es azul, lo vestiré. Dichas palabras están escritas usando diversos tipos de vestimentas: sombreros, sacos, pantalones, camisetas, bufandas, todo de color azul, manipuladas de manera que asemejen las letras del alfabeto. Pasé horas luchando con mis escasos conocimientos en photoshop para crearlo.

En mi página, como será obvio, muestro y sostengo mi amor y admiración por toda prenda que posea la cualidad de estar teñida del color azul. Mis posts, tanto propios como compartidos, están repletos de fotos y videos de gente vistiendo toda clase de prendas del ya mencionado color. En mis propios aportes se me puede ver posando frente a la cámara o frente al espejo con una variedad de vestimentas en todas las tonalidades del azul conocido. Me he fotografiado con vestidos, pijamas, blusas, gorras, playeras, abrigos, calcetines y brasieres sin más propósito que exhibir la belleza de un color azul estampado en toda clase de prendas que hayan caído en mi poder. En síntesis, y para no alargarme demasiado en la descripción de mi página, he creado un santuario para la admiración de las vestimentas de color azul y lo glorioso de llevarlas puestas.

Es ahora el momento de remarcar, con toda la seriedad del mundo, el problema que me ha venido aquejando desde el principio de mi vida en dicha página, problema que es motivo de mi presencia ahora mismo, con fines de solicitud de un derecho que, sostengo, debe ser inmediatamente concedido a todos los que como yo, han tenido que soportar la tortura que estoy a punto de describir.

Por alguna extraña razón (recalco que me es imposible concebir que la comunidad de internautas no haya sabido pensar de un modo más humano), los visitantes empezaron a suponer, a generarse creencias, a dar por hecho que mi color favorito, o al menos uno de mis favoritos, es el color azul. Esto dio por resultado que mucha gente (nótese mi indignación) comenzara a enviarme por inbox fotografías y dibujos, tanto propios como sacados de internet, de toda clase de vestimentas y objetos de color azul. "A esta chica le gusta el color azul", razonaron, "por lo tanto, de seguro que le gustará que le mande una foto de mi chamarra con capucha azul, o del sombrero azul de mi abuela, o de los zapatitos azules de mi bebé, o de mi lámpara azul, o de un libro mío azul, o de mi casa recién pintada de azul, o esta foto de internet de un gato azul, o de una flor azul, o de unos lentes azules, o de una pelota azul, o del cielo, o del mar o del planeta tierra". No saben ustedes lo que es este horror, esta miseria, de ingresar todos los días a mi página y encontrarme con que decenas de personas me han enviado una foto o un video con todo lo anterior mencionado y mucho más. Me hervía la sangre al pensar cómo se

han atrevido a suponer que si me gustaba vestir ropa azul, iba a estar alegre de ver todo el tiempo fotos de objetos y prendas azules, como si fueran la misma cosa. Pero me calmé, intenté rebajarme a su nivel y suponer que, después de todo, ingresar a un página donde lo primero que uno se encuentra al llegar es un banner flamante que dice Si es azul, lo vestiré, puede hasta cierto punto dar una idea confusa con respecto a mi posición sobre el color azul y los objetos de ese color. Tras muchos días de intensa práctica de empatía, logré finalmente convencerme a la fuerza de que los posts y la actitud general que manejo en mi blog quizás, y sólo quizás, era incoherente con respecto a mis reacciones cuando recibía alguna aportación indeseada.

Originalmente había pedido, muy amablemente, en un post que acompañé con la indeseada fotografía de una cerca pintada de azul, que se abstuvieran de enviarme fotografías de cosas azules. El post pasó, pero seguían llegándome esas horribles fotos. Volví a pedir que se detuvieran, y siguieron enviándomelas. Fui muy generosa y consideré que era poco probable que expresar mi petición en un post normal, que a los pocos días se habría perdido entre la multitud de los demás posts, pudiera garantizar resultados a largo plazo, entonces decidí incluir en mi sección de preguntas frecuentes un apartado en el que solicitaba que no se me enviaran fotografías de cosas de color azul. El efecto satisfactorio empezó a notarse días después, cuando me di cuenta de que las fotografías habían disminuido significativamente. Si bien aún me llegaban varias fotos indeseadas, la sustancial disminución me animó más de lo que el bajo índice de fracaso pudo ocasionar. Comencé a promover, de manera constante en prácticamente todos mis posts, que si querían enviarme alguna fotografía o algún video, debía mostrar únicamente a alguien vistiendo alguna prenda azul; no paraba de hacer énfasis en la palabra vistiendo, subrayándola y poniéndola en mayúsculas, a fin de que no quedara la menor duda y que luego no fuera posible reclamar.

Todo mejoró a partir de entonces, en la mayor parte. Las fotografías indeseadas nunca se detuvieron, pues finalmente de resigné a la idea de que sin importar qué tanto me esfuerce en recordar a todo el mundo mis criterios de aceptabilidad, siempre habrá usuarios, generalmente los que recién descubran mi blog, que se dejen llevar por lo que su razonamiento les dicte al leer el banner y al echarle un ojo al contenido sin prestar mucha atención en mis comentarios, y concluyan errónea o desconsideradamente, que cualquier cosa azul es igualmente bienvenida en mi blog, cuando solamente estoy interesada en las prendas azules mientras están siendo vestidas por alguien.

El horror volvió, de manera esporádica y mordaz, en la forma del criticismo de los usuarios que expresaban su extrañeza con respecto a todo lo que ya les he contado. Me acusaban, de un modo que me hacía sentir irrespetada, que mi actitud era absurda. Eso era todo. Absurda era la palabra que más inundaba esos comentarios críticos, y aunque intenté ignorarlos, dentro de mí surgía un incómodo asombro de que hubiera gente que pensara que gustar vestir con ropa azul era equivalente a gustar de cualquier otra cosa azul sólo por ser azul. Escribí otra defensa,

explicando que en realidad el color azul fuera del contexto de la vestimenta me parecía horrible, deprimente y sin propósito alguno; y que cualquier vestimenta en sí misma, sin cubrir un cuerpo humano, era también para mí algo digno de olvido y rechazo; era absolutamente necesario que lo azul fuera parte de una vestimenta, y que ésta estuviera siendo usada, para hacer volar mi alma y corazón hacia regocijos más allá de toda justificación con palabras. Las críticas se calmaron, pero pareció más como si simplemente se hubieran resignado a aceptar mi razonamiento en vista de que no era posible rebatirlo, que porque verdaderamente pensarán que tuviera algún valor argumental. Darme cuenta de que allá afuera hay gente que aún cree que los gustos personales, los motivos por el que hacemos las cosas o nos comportamos de determinada forma, deben obedecer a algún represivo sistema de coherencia que nos obliga a justificar nuestras pasiones, pero no entienden que la esencia fundamental de todo lo que nos mueve como seres humanos está fuera del alcance de lo que usualmente entendemos como sentido, y que todo eso es, en el fondo, nada más que un absurdo. Es así, damas y caballeros, que en síntesis he venido a exigir, tanto para mí como para todos los que han sufrido horrores como el mío, que es momento de ponerle un alto a todos aquellos que crean que debemos justificar nuestro comportamiento, que nuestras acciones deban tener sentido, que nuestros criterios no pueden ser arbitrarios y salidos simplemente de nuestro llano y puro capricho. Es momento de demandar acciones legislativas que condenen la crítica hacia lo que no puede ni debe ser criticado: los gustos personales y sus criterios, la gente no debería tener el derecho de señalar nuestras incoherencias personales, ni de pretender que es razonable pedirnos una explicación por lo que somos o lo que decidimos. Damas y caballeros, estoy aquí para demandar el derecho de ser absurda, y de que no se me pueda decir nada por ello.

Y hubo un estruendoso vitoreo con aplausos, chiflidos y alaridos al dar por finalizado el discurso de Únta.
Celebró el monje promiscuo.
Celebró el aviador acrofóbico.
Celebró tuerto con dos ojos.
Celebró la madre sin hijos.
Celebró el asesino que lloraba en el entierro de sus víctimas.
Celebró el ladrón que quemaba los botines de sus robos.
Celebró la lesbiana que se acostaba con hombres.
Celebró el aire que no tenía oxígeno.
Celebró el sol que no calentaba.
Celebró el agua que daba sed.
Celebró el que celebra tanto por las victorias como por las derrotas.
Celebraron los soberbios que se muestran humildes.

Celebraron los médicos que fumaban.
Celebraron los mares sin sal.
Celebraron los ojos que no ven.
Celebraron los corazones sin sangre.
Celebraron los estómagos sin comida.
Celebraron las bocas mudas.
Celebraron los esclavos libres.
Celebró el negro de piel blanca.
Celebró el inteligente ingenuo.
Celebró el tonto perspicaz.

Capítulo 16

Un concurso telefónico

A las dos y media de la mañana sonó el teléfono. Bajé a contestar todavía despabilándome y bostezando como hipopótama.

—¡Morirás!

Y casi se me escapan los ojos y los cabellos cuando escuché esa voz gruesa, rasposa y seca, imaginándome que un cadáver con la garganta llena de tierra y gusanos me había llamado desde la tumba. Sentí que mi cráneo había desaparecido de mi cabeza y sólo hubiera dejado una masa de piel, músculos y sesos sobre mis hombros como una pelota desinflada. ¡Oh, qué horror tan horrible!, el piso desapareció y el mundo empezó a girar, o más bien era yo la que daba vueltas o las dos cosas, y daba todo vueltas al mismo tiempo de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, hacia adelante y hacia atrás, hacia atrás y hacia adelante, de adentro hacia afuera, de afuera hacia adentro y un largo etcétera.

—Ejem, ejem. ¡Morirás de felicidad cuando te ganes nuestro maravilloso premio!, que consiste en un viaje todo pagado a las islas Kínt, una semana de diversión recorriendo las montañas y descansando en la playa, haciendo lo que se te dé la gana cuando se te dé la gana con lo que se te dé la gana por la razón que se te dé la gana con quien se te dé la gana... Y mientras la voz seguía variando la misma frase con todas las preposiciones, locuciones y pronombres de nuestro idioma, una cosa agria surgió repentinamente en mi pecho en el lugar donde estaba mi corazón. Cada latido lo escuchaba en mis oídos como cuando se aprieta una bolsa de plástico hecha bola. Volví a sentir el suelo en mis pies, pero era como si estuviera parada sobre minúsculas espinitas que se clavaban en mis plantas y me daban tanto cosquillas como dolor.

—¡Y todo eso si puedes ganar nuestro juego! ¿Cómo se llama usted, señor, señora, señorita...?

—T...T...¡Tttt!...¡Táda!

Sólo decir mi nombre fue como dar a luz a un elefante por la boca.

—Muy bien, señorita Táda, ahora sólo mire por la ventana y vea si nuestro anfitrión ha llegado.

Alcé la vista y al otro lado de la ventana de la cocina... ¡Oh, qué espanto tan espantoso! Una cosa, como una bola con dos bracitos a los lados, me miraba con unos enormes ojos perfectamente redondos, cada uno tan grande como mi propia cabeza, y las negras pupilas estaban tan dilatadas que apenas había unos centímetros de blanco en esos ojos. En el centro de esa bola, igualmente circular, se encontraba una boca bordeada de dientes perfectamente triangulares en la parte de adentro, puestos en línea uno al lado del otro hasta darle la vuelta a la boca. Más adentro había otra boca circular más pequeña, y dentro de ésta, otra más pequeña, y así hasta que no pude ya contar el número de bocas que había dentro de esa boca. Todas mis sensaciones anteriores volvieron, y en mi

delirio y tal vez por la ilusión óptica de esas bocas, tuve la impresión de que los dientes se movían cual dientes de una motosierra.

—Señorita Táda, háganos el favor de dejar pasar a nuestro invitado. Lo único que tiene que hacer es escuchar hasta el final todo lo que él le diga y habrá ganado el juego. Mucha suerte.

Me sentí convulsionar. Toda mi sangre quería salir disparada de mis poros y los pelos de mi nuca hacían movimientos como de sentadillas. La locura se apoderaba de mí y empecé a reírme históricamente mientras caminaba hacia la puerta. La criatura estaba ya del otro lado y vi que era sostenida por unos minúsculos piecitos como cuerpos de babosa. Los temblores que sacudieron mi cuerpo mientras observaba a la criatura me hicieron tener algo así como pequeños orgasmos de adrenalina que se sentían como cosquillas amargas adentro de mis venas. Entonces la criatura habló, con una voz grave y gelatinosa:

—Saludoh', Táda. Vengo d'un plaeta mu' lejano. Ahí lah' piedrah' tien ojito' muy bonito' que leh' arrancamoh' pa' comé. A mí me guta' loh' ojito' verdecito' pa' mi hopita cuando me baño en la lava calientica en la mañá'a...

(Para no abrumar al lector con mi burdo intento de representar los modos de hablar de nuestro monstruoso personaje, proseguiremos su narración con un lenguaje más fácil de leer, siempre teniendo en cuenta que realmente está hablando como intenté describir en el fragmento anterior.)

Estaba un día tomando mi habitual bañito de lava, comiendo mi sopita con ojos de piedritas, cuando se me apareció como por arte de magia mi amiga Shenmá. Era un ser dibujado con grandes ojos, sin nariz, boca y barbilla pequeñas, pelo verde muy lacio que le llegaba hasta las pantorrillas, a la que le gustaba desplazarse flotando. Todo un deleite para los sesenta y nueve sentidos de mi raza.

—Hoy lo hice, y no funcionó —dijo como si yo tuviera la culpa.

—¿Qué cosa?

—Hice lo que te había dicho, lo de mostrarle mi corazón a Zónder.

—¿En verdad?

—Los de tu raza no entienden hasta qué punto los detalles del cuerpo afectan a la sensibilidad de mi raza. Damos por certeza que amar a alguien implica amar todo el ente, y no sólo sus pedazos o componentes, sean estos físicos o espirituales —se sentó a mi lado—. Le mostré mi corazón; me abrí la piel, retiré los músculos, la grasa de mis senos, y aparté los huesos de mis costillas, y se lo dejé ver, palpitando, todo rojo y húmedo, acompañado de sus hermanos pulmones y de sus innumerables venas y arterias que se extendían más allá de mi torso. Y le dije: "si me amas de verdad, entonces amarás todo esto; dale un beso a mi corazón, y luego mira a mis pulmones y dile que los amas, bésalos como besas mi

boca aunque estén llenándose y vaciándose de aire". Y él titubeó y palideció, pero se inclinó e hizo lo que le pedí. Luego hice lo mismo con mi parte baja: le mostré mi estómago, mi hígado, mis intestinos, mi útero, etcétera. Le hice hacerme lo mismo a cada uno de mis órganos. Lo hizo, pero el asco que puso en su cara fue tan grande que le di una bofetada. "¿Así me pagas el que me haya mostrado ante ti tal y como soy?"

—¿Y qué hizo?

—Intentó besarme en la boca, pero yo le dije que cuando me besaba ahí él nunca ponía cara de asco, entonces ¿por qué no besaría con igual deseo mis intestinos, mi hígado, mi corazón, etcétera? Le di otra oportunidad: me abrí la cabeza y le mostré mi cerebro y ojos tal cuales son por debajo de mi cráneo. Esta vez casi vomita cuando sus labios tocaron la membrana de mi cerebro, y en mi rabia volví a golpearlo. "¿Así que sólo no te doy asco cuando mi interior está fuera de tu vista?, ¡imbécil!" Apoyó entonces tristemente su codo sobre mi cabeza y lloró por un rato, después de lo cual dijo:

—¿Por qué tenemos un cuerpo, amigo?, ¿por qué no podemos ser sólo espíritu?

—Si fuéramos sólo espíritu, te quejarías de por qué somos sólo espíritu. Y tras otro rato volvió a hablar:

—Cada vez que Zónder me besaba en la boca, me hacía consciente de que estaba besando mis labios, que eran parte de mi cuerpo; me hacía recordar que yo poseía... que yo era un cuerpo, que todos éramos cuerpos. ¿Sabes?, antes de eso, cuando sólo hablamos y exponemos nuestro modo de pensar y de ver la vida, se me olvidaba que tenía un cuerpo: no recordaba que hablaba por la boca, que el aire que llevaba mis palabras venía de dos bolsas en mi pecho, que los pensamientos que articulaba venían de esa masa babosa en mi cabeza... Soy puro espíritu cuando sólo hablamos, cuando sólo pensamos. Pero al besarnos vuelvo a ser consciente de mi cuerpo, y siento rabia e ira porque no soporto que el sostén de mi espíritu tenga que ser un cuerpo que vibra, late, segrega fluidos, emite olores y calor.

—El espíritu necesita del cuerpo para manifestarse, pero el cuerpo puede sobrevivir incluso sin espíritu.

—Eso es lo que me vuelve loca —pataleó fuertemente en la lava—. Cada vez que algo me recuerda que soy un cuerpo, aparece ante mí la idea de la muerte, y que mi espíritu dejará de importar cuando mi cuerpo muera. Por eso me cubro con ropa, a diferencia de todos los demás en este planeta, para que al esconder mi cuerpo, o adornarlo de manera que esos adornos distraigan la atención de mi cuerpo, nadie pueda recordarme que voy a morir. No exagero cuando te digo que el simple hecho de que alguien sea consciente de la forma de mi brazo, o del color de mi espalda, me hace sentir tan miserable, tan desprovista de grandeza, que bien podría ser igual a una piedra o a un tronco hueco tirado en el suelo.

—¿Por qué desprovista de grandeza?

—No entenderías el profundo sentimiento de que mi dignidad y enaltecimiento dependen de que mi cuerpo sea ignorado, que sólo se concentren todos en el contenido de mi espíritu que manifieste en mis

pensamientos, y que cualquier observación sobre mi cuerpo es indistinguible de intentar ahogarme.

—Y aun así tú misma obligaste a Zónder a enfocarse en tu cuerpo.

—Porque quería que, si es inevitable que en esta vida mi cuerpo sea lo que dé la cara por mí, al menos quería saber si él amaría igual las secciones de mi cuerpo que están normalmente fuera de la vista, esas que son las más indignas y vergonzosas de nuestro interior, porque de su buen funcionamiento depende que podamos manifestar nuestra alma.

—Eres demasiado subjetiva.

—¿Se puede ser otra cosa?

—Al menos no te des tanto valor.

—Necesito valer.

—Pues elije valer de otra manera. Mírame a mí, hasta tú creíste que te iba a comer la primera vez que nos vimos. Ese era el valor que tú me diste a mí basada en mi apariencia, ¿y cómo podía yo exigirte que me valoraras de otra manera así como así? Tuve que demostrarte que no iba a comerte para que empezaras a valorarme de otra forma.

—Pero quiero que me valoren por lo que yo quiera, sin tener que deberle a nadie una explicación ni demostrar nada. Quiero que valoren mi grandeza interna aunque ésta no se muestre.

—Estás jodida entonces.

—¡Exijo dignidad!

—¿Qué es la dignidad?

—¡Que me valoren!

—¿Y qué es valorarte?

—¡Que me traten con respeto!

—¿Y qué es el respeto?

—¡Que me dignifiquen!

Etcétera...

—Felicidades, señorita Táda. Ha terminado la historia de nuestro amigo y ha ganado el premio. Nos pondremos en contacto con usted para entregarle los boletos dentro de una semana.

Colgó.

Táda seguía temblando con los ojos humedecidos, pero la historia del monstruo la había calmado bastante.

—Señorita Táda —dijo el monstruo—, antes de irme le quiero hacer una preguntita más. ¿Le ha parecido que la historia que le acabo de contar sobre mi amiga Shenmá es de verdad?

Un nuevo escalofrío apareció en la espalda de Táda, y, viendo los dientes en la boca circular del monstruo, contestó:

—Sí, le creo.

Una risa profunda, rasposa como la de alguien que se está por romper las cuerdas vocales, salió de esa boca como una caverna haciendo ecos, una

risa de gozo como la de los que acaban de tener éxito en un plan malévolo. Táda estuvo a punto de desmayarse y sintió que se le quemaban los pulmones.

—Señorita Táda, me temo que todo ha sido mentira. ¿Qué ser podría pensar de la manera que lo hacía mi adorada amiga Shenmá en mi historia inventada? Ni siquiera ella. Ahora te comeré.

Capítulo 17

El analfabeto

Como no sé leer ni escribir, le he pedido a un amigo mío que escriba todo esto por mí.

Mi casa se encontraba en el Medio de la Selva de Yáok, y se veía igual por afuera que por adentro, de manera que nunca podía saber si estaba entrando o saliendo. Algunos amigos me decían que en realidad no se podía entrar y otros que nunca se podía salir, por lo que vivía al mismo tiempo libre y atrapado, afuera al mismo tiempo que adentro. En todo caso, el único indicio de mi casa era una puerta que se movía 360 grados; cualquiera que encontrara mi casa lo único que vería sería esta puerta instalada a la mitad de la espesura verde de la selva. Por tener un punto de referencia al momento de tener que indicar mi dirección, me tomé la molestia de hacer un letrero que decía "Medio de la Selva", el cual colgué en un árbol de kuíndiá que quedaba a pocos metros de la puerta. En realidad lo tuve que mandar a hacer, ya que no sé leer ni escribir. En esa casa viví toda mi vida, lo sé porque antes no recuerdo haber vivido en ningún otro lugar. Me gustaba ir a una marisma que quedaba junto a unos árboles de dléntu, cuyos frutos solía comer por las tardes colgando de cabeza de las ramas, luego me bañaba en la marisma todo el cuerpo excepto la mano izquierda, porque no la tenía. Ahí conocí a mis amigos los cangrejos, con los que pronto forjé una fuerte relación y me aceptaron como su igual hasta tal punto que al día de hoy sigo caminando como ellos.

Me hice especialmente amigo íntimo de un cangrejo llamado Chocolatito, llamado así debido a la adicción de su padre por dichos dulces, según me contó. Muchísimas veces me quedé a dormir en su casa; veíamos los videos que grababa en su videogradora hasta caer dormidos; él enterrado en la arena y yo afuera con la cabeza metida en el agujero de entrada, mojándome las piernas con el agua de la marisma. Durante el día veíamos la tele, y él me decía los programas que le gustaba grabar para verlos después, entre los que había animaciones, noticias, porno, concursos, documentales y series. Debido a que muchos de esos programas estaban hablados en un idioma extraño que no entendía, tenían subtítulos en danzilmarés; pero como no sé leer, nunca supe lo que decían, por lo que me tenía que conformar con ver las imágenes. A veces le preguntaba a Chocolatito, que sí sabía leer, lo que estaba sucediendo. —¿Por qué no aprendes a leer? —me preguntó un día— Si aprendieras, podrías saber lo que dicen tú mismo sin que yo te lo explique.

De vuelta a mi casa, me acostaba en mi cama de hojas al lado de un nido de hormigas carnívoras que me hacían compañía y me protegían de las pesadillas marchando sobre mi cabeza. Largamente reflexioné sobre lo que significaría tener el poder de descifrar imágenes y componer mensajes por medio de esas cosas llamadas letras, y por más que lo pensé, nunca encontré lógica en el acto de hacer un garabato y decir que tenía un nombre, y que pronunciar el nombre de varios garabatos de manera consecutiva equivalía a hacerlo representante de algún objeto que viera ahí en la selva, como una hoja, una gota de agua o un bombillo. Pero movido por la curiosidad, agarré un palo de escoba y empecé a hacer garabatos sobre la tierra, y a cada uno intenté asignarle un nombre, y a ciertas combinaciones de garabatos intenté asignarles objetos de mi casa. Así obtuve un garabato y sonidos para representar al ventilador del techo, a las lombrices que se retorcían en un charco, a una planta que me daba comezón al tocarla (pero que me gustaba para hacerme ropa interior), y a una tijera. Pese a que no quedé convencido por mi arbitraria invención de garabatos y sonidos y de su arbitraria relación a mis cosas, quedé satisfecho de al menos haber roto mi apatía hacia ese concepto llamado escritura-lectura.

Días después, cuando hube llenado una considerable área de suelo con garabatos, fui a buscar a Chocolatito para mostrarle mi experimento. Se quedó conmigo hasta tarde mientras le explicaba los nombres de los garabatos, las combinaciones posibles y a qué cosas las relacionaba. Tuvimos problemas porque la luz empezó a fallar y a ratos se iba; eso era debido a que uno de los cables de luz había quedado enredado en unas ramas del árbol de kuíndiá en el que había colgado mi letrero, y siempre se me olvidaba desenredarlos. Parecía que Chocolatito se había interesado en mi proyecto, pero rato más tarde, cuando estábamos cenado unos hongos venenosos, de repente se puso serio y me dijo: —Será mejor que aprendas a leer y escribir en un idioma que ya exista en lugar de inventarte uno que sólo tú entiendes.

Aunque me sorprendió esa repentina actitud sermoneadora, asentí como si todo mi proyecto no hubiera sido más que un juego. No obstante, por dentro me sentí muy triste, y no sabría decir realmente por qué, dado que hasta antes de ese comentario de Chocolatito realmente no pensaba que ese proyecto fuera a durar por mucho más tiempo (de hecho ya empezaba a aburrirme); pero por alguna razón, el comentario de Chocolatito me hirió de tal modo que por simple venganza, y también por pereza, me prometí nunca aprender a leer ni escribir, ni en danzilmarés ni en lituano ni en australianés.

Llegó el tiempo de la cosecha de orangutanes, la especialidad de mis amigos los cangrejos, que los cultivaban, torturaban y mataban para ir a vender su carne y piel a la ciudad, todo lo cual era usado para crear

afrodisiacos, medicinas contra la hipocondría, jarabe de tos para los perros y ropa interior para dama (sobre todo para cocodrilo). Los cangrejos ganaban con el cultivo de orangutanes lo suficiente para mantener su economía activa durante ese tiempo, y como yo era otro cangrejo más a la vista de ellos, no tuvieron ningún problema en incluirme a mí en la delicada actividad de cultivar orangutanes. Aprendí la profundidad a la que tenía que sembrar la semilla; un poco más hondo y el orangután nacía sin ojos, estómago y genitales, todo eso necesario para hacer las medicinas contra la hipocondría; y un poco más superficial y sólo salían del ombligo para abajo. Había que asegurarse también de que la humedad fuera precisa, pues tan sólo unas gotas de agua más o menos era la diferencia entre un orangután que saliera lampiño y uno que fuera sólo pelo. Chocolatito fue también mi compañero de ensayo y error, y cada uno tenía que comerse todos los orangutanes que, bajo su falta de cuidado, no hubieran salido lo suficientemente bien formados para ser comerciales. Pero incluso si todo salía bien, la parte más difícil era una vez hubieran brotado; los bebés orangutanes son ninfomaníacos desde que nacen, y si llevan a cabo la cópula entre ellos, explotan; es preciso alejar a las niñas de los niños antes de que se den cuenta de las diferencias con las que el dios Áikan los hizo nacer. La tortura también era asunto delicado; la cantidad y el lugar preciso en el que aplicar dolor cambiaba drásticamente si un orangután podía ser útil para ropa o como comida; se decía que los que morían del dolor de genitales, provocado por los constantes pellizcos de las tenazas de los cangrejos, sabían mejor en sopa; los que morían descuartizados eran mejor para hacer medicinas, y los que morían a base de cosquillas en los pies producían piel completamente impermeable. Podría dedicar mi tiempo a hablar de mis aventuras criando orangutanes, pero ese no es el fin de este relato. En fin, había en aquel tiempo una pandilla de anfisbenas a la que le gustaba causar problemas entre las poblaciones cercanas al Medio de la Selva y sus alrededores. Su líder se llamaba Plumas de Rana, y su afición favorita era treparse a un árbol, esperar a que alguien pasara por debajo y caerle encima. Si su víctima no moría, se la comía. Según sus propias palabras, andaba siempre molesto porque cuando era una anfisbenita una osa lo había usado para masturbarse, aunque según otros relatos había sido en realidad una gorila o una hipopótama. Plumas de Rana había creado su pandilla de anfisbenas para que lo ayudaran a robar los cultivos de los habitantes de la selva. Todo el tiempo había reportes en la tele de sus fechorías: ora le robaban el cultivo de cuernos de rinoceronte a la Villa de los Perisodáctilos, ora robaban los granos de sandía de las aves sin pico, o caían todos en picada sobre la Colonia de las Arañas para robarles sus huevos. Tal fue la crisis del azote de las anfisbenas que un día convocaron a una reunión de emergencia entre los representantes de todas esas regiones, y yo, como el único habitante del Medio de la Selva, fui también invitado.

—¡No podemos seguir tolerando a esas lombrices con escamas! —exclamó el jefe paraceratherium— Creen que pueden vivir de lo ajeno y que no habrá consecuencias. Tenemos que demostrarles que si quieren vivir entre

nosotros, tendrán que trabajar.

—¡Ahóguenlas! —gritó un celacanto.

—¡No!, idescuartícenlas! —gritó una anaconda.

—¡Que las hembras los usemos como dildos! —gritó una osa de cara corta.

La variedad de seres que gruñían y lanzaban improperios contra las anfisbenas era tan grande que me da pereza ponerme a describirlas, además de que se alargaría demasiado el relato. Pero todos estaban enojados y se habrían lanzado a desollar a cualquier anfisbena que, siendo o no parte de la pandilla, hubiera aparecido por azar del destino en la reunión.

—No, amigos —dijo el jefe paraceratherium—. No se supone que nos deshagamos de ellas, sino que las reformemos, que hagamos de ellas seres que ayuden a sus prójimos...

Pero sólo logró apaciguar a la mitad de los bulliciosos; a la otra mitad pareció haberle gustado la propuesta de la osa de cara corta y gritaba para apoyarla, yo incluido.

Para hacer la historia corta[1], los representantes de cada sección de la selva acordaron tomar sus medidas de seguridad para atrapar a las anfisbenas sin matarlas, aunque se aceptó que se les podía hacer un poco de daño; después las llevarían ahí mismo para ser juzgadas. Cuando volví a mi casa, instalé toda una serie de trampas y alarmas alrededor. Me puse muy nervioso al ponerlas porque, como único habitante del Medio de la Selva, iba a ser más difícil para mí atraparlas por mí mismo si nadie venía a ayudarme a tiempo, así que me aseguré de que las alarmas fueran tan numerosas que alertaran a mis compañeros cangrejos en la marisma.

Durante varios días no supimos nada de Plumas de Rana ni su pandilla. Chocolatito me mantenía informado de las cosas sospechosas que se contaban en la selva, pues por alguna razón desde la reunión no se había vuelto a ver a las anfisbenas. Había rumores de que alguien de la asamblea les había avisado que estábamos todos confabulados contra ellas, por eso se volvió sospechoso cuando un día la osa de cara corta, la misma que había sugerido usar a las anfisbenas como dildos, amaneció sin párpados. Ella intentó buscarlos debajo de su cama de paja, en su jardín, en la cocina, pero no los encontró y desde entonces tuvo que vivir sin párpados. Por otro lado, el jefe paraceratherium había recibido reportes de que varios de los suyos se amanecían también sin párpados, y disparó la alarma desde el Río de los patos hasta la Villa de los perisodáctilos. De un día para el otro, todos tenían miedo de despertarse sin párpados porque estarían condenados a ver todo lo que ocurre, sin descanso y sin poder decir como excusa que no vieron algo porque habían pestañeado[2]. Yo mismo me dormí alternando mis ojos para tenerlos abiertos uno cada noche. Los únicos que estaban más o menos tranquilos

eran los que no tenían párpados, como mis amigos los cangrejos, y en más de una ocasión pedí a Chocolatito que me dejara dormir en su cuevita para que las anfisbenas no fueran por mis párpados a mi casa.

Eso siguió por unas semanas hasta que un día atacaron las anfisbenas la marisma de los cangrejos. Yo me había dormido la noche anterior en casa de Chocolatito, por lo que esos reptiles me atraparon junto con todos y me amarraron a un árbol. Plumas de rana se trepó a un árbol desde el cual toda la marisma podía verlo, y dijo:

—Pensaban que por no tener párpados iban a salvarse de las anfisbenas, ¿verdad? Pues ahora sepan que les tocará algo todavía peor. Ya que no tienen párpados que cortar, uno de sus ojos tomará su lugar. ¡Ve, Branquias de mandril!

—¡Sí, jefe!

Y entonces el tal Branquias de mandril procedió a cortarles un ojo a todos los cangrejos que estaban atados a los árboles, uno por uno, con una tijera de esas que no tienen punta para que los que van al preescolar no se lastimen. Cayeron los ojitos uno por uno sobre la arena mojada, y los pobres cangrejitos lloraban y lloraban, gritaban y movían sus patitas convulsamente, y del lugar del que les cortaban el ojito salía una cosa verde y blanca babosa que olía muy feo. Hasta mi amigo Chocolatito chilló como patito de hule apachurrado cuando el filo de las tijeras se abrió paso por ambos lados de ese tronquito en el que tenía su ojito; juro que escuché como el metal penetraba su carne mientras la tijera se cerraba[3].

Entonces llegó mi turno, pero cuando Branquias de mandril intentó buscar mi ojo arriba de mi cabeza, se quedó como espantado y le dijo a Plumas de rana:

—Jefe, éste como que no tiene ojos para cortarles.

Plumas de rana se acercó reptando y me examinó.

—En efecto, éste no es un cangrejo —dijo[4]— ¿qué criatura eres tú?

Y yo contesté:

—Me llamo Virdás, y desde que era chiquito nunca he sabido lo que soy, y no hay otros como yo.

La anfisbena se me quedó mirando con sus ojitos que parecían de ciego, luego lanzó una exclamación y dijo:

—Mira, amigo, como es la primera vez que veo a alguien como tú, te daré una oportunidad para salvar uno de tus ojos. Desátenlo —lo hicieron—.

Ahora toma ese palo que está ahí. Quiero que escribas en la arena algo que me impresione, algo que cambie mi vida y me dé una razón para enmendar mi camino y que deje de liderar a mi pandilla. Si lo haces, te dejamos tu ojo y nos iremos de inmediato.

Había tanto sarcasmo en su voz que no le creí, pero no tenía opción.

Obvio, no podía decirles que no sabía leer ni escribir, o al menos no sabía en ningún idioma conocido y hablado por alguien, pero aún recordaba aquel experimento que había hecho en mi casa, del cual ya les he hablado. Empuñé el palo como si fuera una espada. Miré a Chocolatito, que me decía con su mirada de un solo ojo que no tenía manera de lograrlo. Me puse a pensar en qué debía garabatear; incluso si con eso no

lograba impresionar a Plumas de rana, al menos lo confundiría por un momento. Lentamente tracé sobre la arena las palabras: "rio, tierra, gorila, diente, carne, pie", obviamente en mi propio alfabeto inventado que sólo yo entendía. Al acercarse a ver, Plumas de rana se puso pálido y le faltó el aire; el resto de las anfisbenas también compartió su asombro y lanzaron improperios y maldiciones[5].

—¡Estúpida sea![6] —exclamó Plumas de rana— ¡Se supone que no podrías, maldito Virdás! Se supone que no sabías leer ni escribir como yo...— Iba a seguir gritando cuando se escucharon estruendos tras la intensa vegetación. De la nada aparecieron los perisodáctilos para atacar en manada a las anfisbenas, que fueron aplastadas por las pezuñas de los gigantes. Un rinoceronte lanudo, muy apestoso, apresó a Plumas de rana bajo su pata, enterrándolo parcialmente en el suelo de la marisma.

Resultó que uno de los cangrejos, al ver el ataque de las anfisbenas, se escabulló antes de que lo atraparan y se dirigió corriendo a la Villa de los perisodáctilos, que no perdieron un momento para ir a socorrer a los cangrejos. En el juicio ante el líder paraceratherium primero se intentó pensar en un castigo apropiado para reformarlas, pero al ver la atrocidad que habían cometido contra los ojitos de los cangrejitos, que fueron llevados como evidencia (los ojitos, no los cangrejos, bueno, también), decidieron mandar toda reformación al carajo, por lo que todas las anfisbenas fueron encontradas culpables y sentenciadas a ser empotradas en la tierra y en algunos árboles para ser usadas como dildos por las hembras de cualquier especie hasta su muerte (muerte de las anfisbenas, no de las hembras). Pasados unos días fui a visitar a Plumas de rana, que se encontraba enterrado hasta la mitad a las afueras de la Montaña de los desdentados. Cuando llegué lo acababa de usar una hipopótama, la cual se alejó sonriendo satisfecha. Me acerqué a él y me tapé la nariz. Plumas de rana estaba como en shock, muy brillante y pegajoso, mirando a la nada con la boca contraída en una mueca de asco.

—Quiero saber algo —le dije, sonando gracioso por tener la nariz tapada—, ¿por qué me hiciste esa condición si no sabías leer ni escribir? Él parecía no haber notado mi presencia, pero apenas terminé de hablar, rotó su cuerpo cilíndrico suavemente hacia mí y su boca se volvió más recta.

—Sabía quién eras, Virdás. No te reconocí inmediatamente, pero el día que hicieron la reunión para decidir qué harían con nosotros, tenía a alguien ahí para enterarme. Me dijeron quiénes estaban y lo que habían opinado. Me dijeron que fuiste de los que más intensamente se puso a favor de usarnos como dildos para las hembras y otros datos de ti, como que eras analfabeto. En realidad todo el mundo lo sabía, y decidí que pagarías tu entusiasmo de la reunión humillándote un poco antes de arrancarte un ojo. Por eso cuando te vi escribiendo el que se sintió

humillado fui yo, más aún porque yo mismo no sé leer. Me humillaste en mi propia debilidad después de que todos me humillaron en esa reunión, y desde que nací, y ahora, todo por la forma de mi cuerpo.

No había terminado de hablar cuando se acercó una gigantopithecus, que educadamente esperó a que terminara de hablar con él, pero como no quería tardarme mucho más tiempo, me incliné más cerca de él, aguantando la respiración, y le dije en voz baja:

—En realidad yo tampoco sé leer ni escribir; nunca aprendí y nunca lo haré. Todo eso que escribí en la marisma me lo inventé yo.

Plumas de rana al principio se quedó tan tieso que no le hubiera quedado mejor castigo que el que le tocó. Seguidamente se puso rojo y apretó los dientes. No entendí a qué se debía tanto enojo, ya que incluso si todo hubiera salido como él había planeado, de todos modos los perisodáctilos lo habrían atrapado y seguiría ahí. Antes de irme, estando la gigantopithecus a punto de usarlo, pensé que tal vez lo que en realidad le molestaba era que... no, olvídenlo. Supongo que mi historia no tiene ninguna conjetura interesante final.

Volteé a verlo una vez más antes de que desapareciera adentro de la gigantopithecus.

Esta historia fue dictada el 2 de marzo del decimonoveno año del reinado del gran líder paraceratherium. A los cangrejos y a los que perdieron sus párpados se les obsequiaron prótesis que se caían todo el tiempo. Las anfisbenas, incluyendo a Plumas de rana, murieron un mes después de iniciada su condena. Virdás hasta ahora sigue sin aprender a leer y escribir.

Chocolatito

[1] Nota del autor: En realidad mi amigo se la pasó casi una hora hablando de todo lo que se dijo en esa reunión, pero me da pereza escribirlo todo y mejor me lo salto, total ni lo va a poder leer.

[2] Excusa típica de los niños de Danzón.

[3] Nota del autor: Continuó un rato más describiendo lo mismo, pero me lo salto porque es cada vez más repugnante.

[4] Nota del autor: Originalmente me dijo: "dijo, y luego dijo:".

[5] Nota del autor: Originalmente me redactó media cuartilla de insultos que he omitido.

[6] Nota del autor: Lol.

Capítulo 18

El rey del cacahuete

[1]

El lector o espectador me perdonará si comienzo esta triste historia revelándoles el final: el protagonista, un miserable filólogo recién graduado, muere, y la causa no es otra que unos miserables cacahuates que absorbieron su alma, sus sueños y esperanzas, y lo condenaron a la más grande desesperación que un espíritu frágil pudiera sentir, entre otras razones dramáticas.

Nuestro protagonista en cuestión se llamaba Daremó. Pocos meses después de haberse graduado de filología danzilmaresa se encontró con que no podía conseguir trabajo por más que mendigara con su currículum en mano. Durante sus años de estudio había trabajado como profesor de etimología en una preparatoria, y a pesar de que odiaba tener que lidiar con tantos adolescentes, se consolaba diciendo que cuando se titulara tendría experiencia para no dejar su currículum tan vacío. Tantas horas se la pasó batallando para que los jóvenes aprendieran aunque sea alguna raíz, o tan siquiera el alfabeto danzilmarés antiguo, y tanto tiempo estuvo sentado preparando sus clases y devanándose los sesos ideando actividades que hicieran a los alumnos poner al menos una atención mínima, que cuando terminaron sus dos años de labor había adquirido un aspecto muy avejentado para sus XXX años: su cabello, originalmente liso, se le había rizado como si quisiera contraérsele dentro del cráneo; su piel acartonada y deshidratada por el insomnio parecía que se le desprendería; sus ojos siempre parecían estar viendo a través de las cosas con una expresión exageradamente seria; su espalda había adquirido una rigidez tan grande que su postura había quedado levemente encorvada: cuando se quitaba la camisa se le podían ver las vértebras del codo como las púas de un dinosaurio. Lo único en él que aún conservaba juventud y energía era su voz, fortalecida tras años de tener que hacerse oír en las aulas. El más mínimo murmullo se le escuchaba con el volumen de alguien que intenta hablar normalmente con otro en una habitación a prueba de sonido, y cuando tenía la intención de alzar la voz, era difícil no pensar que debía tener amplificadores en los pulmones. Precisamente esa voz, potente sin ser escandalosa, era el único medio por el cual se exteriorizaba su optimismo y seguridad durante las entrevistas de trabajo; los empleadores se sentían honestamente impresionados por su manera de modular y proyectar la voz de manera que era imposible no prestarle atención, y todas las entrevistas terminaba con amistosos saludos de cabeza y la aparente promesa de que le llamarían. Pero pasaban los meses y no sonaba el teléfono ni llegaban mensajes. La madre empezaba a impacientarse porque su hijo aún no trajera dinero a la casa después de tanto tiempo y energía invertidos en unos estudios tan caros, y le reclamaba diciendo que los hijos de tal o tal amiga ya hacían

buen dinero tras haber estudiado tal o tal carrera. Además de esas discusiones, Daremó notó que su madre poco a poco iba reduciéndole la comida con cada día que pasaba sin trabajo, y llegó al punto de poner una hora límite de uso de electricidad para su hijo, y sólo le dejaba una cubeta de agua al día para todo su aseo, lo cual de poco le bastaba después de estar todo el día caminando de escuela en escuela para no gastar dinero en el autobús. El punto más bajo llegó cuando, finalmente agotada su paciencia, su madre le advirtió que si no traía dinero en una semana, lo echaría de casa. Desesperado, Daremó agarró las últimas copias de su currículum que le quedaban y salió a la calle. Visitó tiendas, supermercados, restaurantes, empresas, ofreciéndose como mesero, empacador, conserje, barrendero o desplumador, pero todos los puestos, incluso el de quitar las gomas de mascar de las bancas del parque, estaban ocupados, y nadie le dio la esperanza de que el más insignificante e ínfimo empleo se abriera para él en el futuro cercano.

Totalmente abatido se quedó deambulando por la ciudad. Su último currículum lo había dejado en una peluquería que olía a cabello quemado, cuyo peluquero apenas tenía los dedos suficientes para ponerse las tijeras. Le dolió dejar su último currículum en aquella mano deforme, y se imaginó que, apenas hubiera salido, se había puesto las tijeras para hacer pedazos la evidencia de todos sus años de esfuerzos que lo habían mermado, y se sintió tan reducido a cenizas que decidió ni siquiera regresar a su casa. Se sentó en un banco a visualizar su vida de vagabundo en el parque, intentando imaginar que al menos las latas y botellas vacías podrían darle unos centavos para no morir. Tardó muchas horas, pero finalmente se resignó a su suerte, así que con lágrimas agarró varios periódicos que el viento hacía volar por todo el parque, a fin de reservarlos como sábanas cuando fuera de noche. Pero fue al ver más de cerca uno de los periódicos cuando un rayo de esperanza apareció. Sólo por curiosidad se había puesto a ojear la sección de empleos, casi todos de los cuales eran imposibles de cumplir para él, todos menos uno, el cual decía: "Se busca persona para pelar cacahuates", tras el cual aparecía una dirección y un teléfono. Daremó saltó de la banca: ¡el lugar estaba cerca de ahí!

Pocas personas han alguna vez sentido a sus corazones latir con más esperanza que Daremó, tal vez los que se han perdido en el bosque, en el desierto o en el mar, y escuchan a lo lejos las voces de los rescatistas. Con cuánta desesperación dobló por las calles del centro de Uér, cuyas rojas aceras resonaban bajo los pies de Daremó como si estuvieran huecas. Al llegar al domicilio se dio cuenta de que era una mansión, de esas en las que uno tarda media hora en llegar desde la reja hasta la entrada a pie. Tocó el timbre y en el intercomunicador se escuchó una voz:

—¿Qué se le ofrece?

—Vengo por el anuncio del periódico —dijo Daremó, tras limpiarse la garganta, soltando la voz más tranquila y segura que pudo, que siempre era del agrado de todos los que la oían.

—Adelante.

La reja se abrió, y de quién sabe dónde salió un guardia de seguridad que lo escoltó con mirada de sabueso hasta la entrada de la mansión. Estaba tan nervioso que no fue sino hasta llegar a la puerta que volteó a mirar el verde jardín, lleno de flores, árboles y estatuas como sólo las mansiones danzilmarsas las acomodan: desperdigadas en desorden, mirando en todas direcciones, algunas pareciendo escondidas tras los árboles y arbustos, estatuas de desnudos, dioses, animales, quimeras y formas redondas mezcladas con triangulares que casi daban la impresión de caras. Daremó de inmediato sintió miedo de tener mal olor o de estar tan desalineado; hacía más de un día que el agua no le tocaba en ningún lugar que no fuera la boca. Tuvo poco tiempo para preocuparse, pues casi de inmediato abrió la puerta un hombre con cara de viejo, pero con cuerpo fornido y tan alto que Daremó a penas le llegaba al pecho.

—Tenga buenas tardes, señor, mi nombre es Daremó Inái—hizo un saludo de cabeza—, lamento haber llegado así de repente. Me interesa el anuncio que pusieron en el periódico, que necesitan a alguien para pelar cacahuates.

El viejo con cuerpo de levantador de pesas le indicó con un gesto que entrara, lo condujo a través de varios salones de pisos tan brillantes que parecían de plata, las cortinas eran tan gruesas que, si hubieran estado cerradas, no habría podido saber si era medio día o media noche, y por todos lados, pintados en toda la variedad de estilos y colores, cientos de cuadros que representaban cacahuates o escenas que los involucraban: ora un paisaje con árboles que daban cacahuates, ora, gente hecha de cacahuates, ora cacahuates dentro de cacahuates que a su vez tenían cacahuates dentro de cacahuates. No tardó en notar que las sillas, los jarrones e incluso las lámparas tenían alguna estampa, forma o bordado que representaba cacahuates. Finalmente lo hicieron pasar a un despacho, igualmente lleno de referencias a los cacahuates en forma de cuadros, esculturas y bordados. Le hicieron sentarse en una lujosa silla de seda con bordados de cacahuates partidos por la mitad.

—Le doy la bienvenida en primer lugar, puede usted llamarme Démo —el viejo tomó asiento al otro lado del escritorio—. Seré directo con usted: aquí nos tomamos muy en serio el trabajo de pelar cacahuates. Esta mansión pertenece al Rey del Cacahuate, del cual soy sirviente. ¿Ha escuchado hablar de él?

Daremó negó tímidamente.

—Lo lamento, pero nunca había oído de él... y lamento no tener mi currículum a mano —intentó no sonar demasiado lamentable—, en cuanto pueda, yo...

—No se preocupe, señor Daremó —interrumpió el viejo amistosamente—. A nosotros sólo nos interesa que pueda cumplir bien con el trabajo que le asignaremos. ¿Puede comenzar hoy mismo?

Los ojos de Daremó brillaron, pero su boca se mostró confusa:

—¿Ya me está contratando?

El viejo sonrió como disculpándose:

—Nos urge un pelador de cacahuates, sí, pero eso no quiere decir que le hagamos firmar el contrato a cualquiera, por lo que antes deberá pasar por unos días de prueba.

—Claro, desde luego, evidentemente —Daremó sonó más apenado entre más intentaba esconder su vergüenza por haberse precipitado.

—Bien, entonces desde ahora mismo quiero ser lo más claro posible —el viejo apoyó su cabeza blanca sobre su puño musculoso, de forma intimidante—: al Rey del Cacahuete le disgustan como no tiene idea los cacahuates con cáscara: los aborrece por lo mucho que le dañan el intestino, así que durante tres días usted nos probará que es capaz de pelar absolutamente bien todo cacahuete que caiga en sus manos, sin dejar ni el más mínimo rastro de la más insignificante cáscara sobre ninguno de ellos. Si al tercer día no es capaz de dejar todos los cacahuates sin cáscara, lamento que tendremos que rechazarlo.

—No hay problema alguno —Daremó estaba confuso, pero con su profunda voz transmitió su total disposición.

—Sólo una cosa más: estos días de prueba se le pagarán como es debido. Por cada cacahuete que usted pele el primer día, se le pagarán diez yáos. Daremó casi se levanta de un salto.

—¿Diez yáos por pelar un cacahuete? —exclamó con tanta fuerza que el viejo casi tiene que taparse los oídos, ante lo cual Daremó cortó su voz súbitamente, avergonzado.

—En efecto —Démó cruzó las piernas—, diez yáos por cacahuete perfectamente bien pelado. Sin embargo debo advertirle, si al final de la sesión de prueba encuentro un solo cacahuete con aunque sea un fragmento de cáscara, no se le pagará ni un yáo aunque haya pelado correctamente mil.

Pese a lo extraordinario de aquella información, Démó nunca dejó de verse como si le hablara a un amigo de toda la vida, como no dándose cuenta de lo inaudito de tales circunstancias con respecto a la prueba. Daremó tardó varios segundos en asimilar lo que posiblemente sería una prueba injusta, pero estaba tan desesperado que no consideró apropiado ponerse a discutir con el que le estaba ofreciendo su última esperanza. Si todo salía bien, después de todo, podría regresar a casa con una buena cantidad de dinero y por primera vez en mucho tiempo dormir tranquilo.

—En caso de que logre completar los tres días de prueba, y sea oficialmente contratado como el pelador de cacahuates oficial del Rey del Cacahuete —continuó Démó, ahora con solemnidad—, se le pagará doscientos yáos por cacahuete pelado.

El corazón le latió tan fuerte a Daremó, y sus oídos zumbaron tan fuerte al oír esa cifra, que aceptó de inmediato, y casi gritando preguntó cuándo comenzaban las pruebas.

Al volver a su casa, era otro. Si hubiera sabido silbar se habría hecho oír hasta por los vecinos y habría superado en volumen la música de mal gusto que solían poner por las tardes, disque porque así se digería mejor la comida.

Apenas había puesto un pie dentro de su casa, y el segundo ya estaba empezando a tocar el suelo, cuando escuchó:

—¿Ya encontraste trabajo?

Su madre seguía donde la dejó: frente a la tele, con el mismo vestido rojo que poco a poco se volvía rosa y luego blanco, aún jugueteando con una mano la pinza con la que se arrancaba los pelillos de la barba. Daremó le refirió brevemente su historia en la mansión del Rey del Cacahuate, haciendo énfasis en que le pagarían diez yáos por cacahuate pelado, y lo repitió tantas veces, y cada una con mayor intensidad que la anterior, que pronto se sintió como un hecho estúpido en vez de fantástico, similar a repetir una palabra durante mucho tiempo y terminar preguntándose por qué carajos se decía de esa manera y no de otra.

—¿Entonces mañana vendrás con dinero?

Con tanta emoción, o tal vez por cierto temor a la reacción de su madre, Daremó había omitido la parte en la que no se le pagaría si se le olvidaba pelar un solo cacahuate. Con el ánimo de un niño que espera un regaño, proporcionó esa información sin mirarla a los ojos. La madre sólo lanzó un bufido, como diciendo: "era demasiado bueno para ser verdad". Ella no dijo nada, pero lo miró entreabriendo los ojos, frunciendo las cejas y curvando la boca, como diciendo: "este imbécil lo va a estropear".

Pese a todo, nuestro miserable héroe se fue a dormir en paz. Estaba tan ansioso de que llegara el nuevo día que empezó a fantasear con todo lo que podría hacer con tan sólo el dinero de la primera tanda de cacahuates pelados. Por un momento temió que, no siendo del todo estúpido el mayordomo o sirviente (ya había olvidado exactamente cuál era su rol) del Rey del Cacahuate, no fuera a hacerle pelar más de cinco o diez cacahuates, por lo que se volvió más modesto en sus fantasías y se conformó sólo con unos cincuenta o cien yáos. Pero esa pequeña suma a corto plazo pronto quedó opacada por la promesa de los miles de yáos que podría traer a casa cuando fuera contratado, y en su mente pasó de tener unos zapatos y ropa interior nueva a ser el poseedor de una pequeña y acogedora casita en un lugar humilde, que luego se transformó en una casa ya no tan pequeña en un lugar ya no tan humilde. Y escalando así en su futuro cimentado en cacahuates, se quedó dormido.

La habitación a la que me llevó Démo era, ¿cómo decirlo?... Para empezar, las paredes parecían haber sido pintadas de manera que

asemejaban estar hechas de enormes piedras, una sobre la otra, en patrones irregulares; pero bastaba un instante para darse cuenta de que eran simples paredes de concreto al igual que el resto de la mansión. La única luz provenía de una lámpara que se encontraba justo por encima de la puerta por la que entramos, y estaba dispuesto de tal modo que su luz, una suave cortina blanquecina, cayera de lleno sobre mi puesto de trabajo. En el centro exacto de la habitación había algo parecido a un embudo gigante, cuya boca se alzaba hacia la oscuridad del techo. El embudo desembocaba en una caja metálica, delante de la cual se encontraba un banquito de madera, ambos casi al ras del suelo, de manera que quedé casi en cuclillas cuando Démo me hizo sentarme. A un lado de la caja metálica había una estructura similar a una aspiradora: una caja de vidrio de la cual salía una manguera que desembocaba en la caja metálica, me recordó lejanamente a un elefante hueco que descansaba la trompa en un estanque.

Démo rápidamente me enseñó el funcionamiento de toda esa maquinaria: encendió un interruptor en la pared y se escuchó un estrépito en el techo, como de algo rompiéndose; levanté la vista pero mis ojos no pudieron penetrar la oscuridad (de hecho parecía que el techo sólo era un agujero que diera a la noche más oscura). Al mismo tiempo se escuchó un sonido como de aspiradora proviniendo del elefante de cristal, y pronto comprobé que la trompa se encontraba absorbiendo el aire de la caja. Lo siguiente que oí fue que algo pequeñito cayó en el embudo, y el sonido que hizo al rozar contra sus paredes mientras descendía fue tan nítido que creí estarlo sintiendo en mi piel más que oyéndolo con mis oídos. Entonces cayó ante mí, a la mitad de la caja metálica, un pequeño cacahuete, cuya roja cáscara tenía un brillo intenso a la luz de la lámpara. Démo me indicó que pelara el cacahuete y dejara la cáscara en la caja, luego me dijo que pusiera el cacahuete frente a la manguera del elefante de cristal, el cual inmediatamente lo absorbió y lo acogió en sus entrañas. Desde afuera se podía ver al cacahuete, ahora desnudo, reposando tranquilamente en sus entrañas.

Una vez repetido ese proceso unas cuantas veces más, Démo me indicó una trampilla que estaba en una de las esquinas de la caja, la cual sólo tenía una argolla de la que había que jalar. Al hacerlo, sólo vi negrura, una réplica exacta del techo. Me indicó que, cuando la caja se llenara de demasiadas cáscaras, las hiciera caer por ese pozo (así llamó a ese agujero). Tras verme repetir el proceso completo varias veces, es decir, verme pelar el cacahuete, alimentar al elefante, y arrojar las cáscaras al pozo, decidió que era tiempo de dejarme solo, pero antes me advirtió con repentina seriedad que, en algún momento, el Rey del Cacahuete podría querer bajar hasta ahí para ver cómo trabajaba, y que era indispensable que nunca, bajo ningún concepto, intentara yo siquiera voltear a verlo. Aseguró que el Rey del Cacahuete no me hablaría ni interferiría en absoluto, que se limitaría a observarme a mis espaldas desde lejos, y que sus visitas, de haberlas, serían muy, pero que muy breves. Luego, tras ver que yo no preguntaba nada más, salió de la habitación, o más bien del calabozo. No pude gastar tiempo teorizando, pues los cacahuates seguían

cayendo del embudo hacia la caja, y de inmediato me sumí en la tarea de quitarles la cáscara.

Un cacahuete caía, un cacahuete perdía su rojo vestido, un cacahuete era absorbido por la trompa del elefante de vidrio. Yo sentado casi en cuclillas. Mis manos iluminadas por la luz mientras desvestían a aquellas semillas. Pese al ruido de la trompa del elefante, escuchaba el momento preciso en el que las cáscaras se rajaban, se desprendían y finalmente caían, y diez o veinte cacahuates desnudos después, abría la trampilla y arrojaba los pellejos al pozo. Una y otra vez caen las gotitas, el embudo las recibe por la boca grande, allá en lo alto de la oscuridad, y las expulsa por la pequeña. En la fiebre del aburrimiento, cuento cada cuánto tiempo el techo deja caer su semilla. Diez segundos; cinco de los cuales empleo para desnudar al cacahuete y hacer que el elefante se lo coma. Cinco segundos libres que desperdicio pensando en qué debería pensar. Apenas se me ocurre algo y ya cae otro. Mi cerebro se resetea, pues toda su atención se enfoca en su monótono trabajo. No sé en qué momento, sin que mis manos se detengan, visualizo una carretera, y en ella vehículos que pasan sin sonido. No, yo estoy dentro de uno de esos autos. Alguien conduce, pero no es nadie que me llame la atención. Sólo contemplo el desierto sin sonido desde la ventana. Los granos de arena los siento demasiado grandes; sólo con verlos mis manos se sienten llenas. Pero íbamos a la playa, sí, cuando todavía vivíamos cerca del mar. El conductor rápidamente adquirió una cara pálida pero ruda como la de un tejón. Mi padre y mi madre comían nueces, y yo quería pero no me atreví a pedirles que me pasaran la bolsa. Entonces pensé que podría estirar la mano fuera del carro y agarrar uno de los granos de arena, pero no era granos ya sino cacahuates. Volteo a ver al elefante y está todavía muy vacío. Por un instante creo que los cacahuates desnudos de su barriga son los granos de arena que había visto ese día a través de la ventana del carro. ¿Cuánto había pasado? No iba a ponerme a calcular ahí el tiempo que había trabajado sumando diez segundos por cada cacahuete. Un descanso. No pasaría nada malo levantarme para estirarme por veinte segundos. Sólo tendría dos cacahuates que pelar y podría hacerlo antes de que cayera el siguiente. Pero no, no podía, porque entonces escuché la puerta abrirse. Me quedé quieto, aterrado, pues no escuché la voz de Démo. Hubo un silencio muy extraño, porque me pareció incluso que el ruido del elefante y el de los cacahuates al caer se había atenuado en un cincuenta por ciento. Aquél debía ser el Rey del Cacahuete, que me observaba desde el umbral. Aceleré el ritmo de mis manos en un desesperado intento por convencerlo de que, como si hubiera podido leer mis pensamientos, no tenía la intención real de pausar mi trabajo para estirarme unos segundos. No, señor Rey del Cacahuete. Nada del mundo me hará siquiera pensar en dejar mi honorable puesto en el que tan honrado me siento. Y como

queriendo enfatizar mis pensamientos, empecé a atrapar los cacahuates antes de que éstos tocaran la caja de metal, logrando mi cometido en menos de tres segundos. Los siete segundos restantes permanecía en guardia: las manos esperando juntas debajo del embudo, inmóviles como si pertenecieran a una estatua, pero a la vez listas para lanzarse al ataque al momento de sentir a la presa. Estuve tan concentrado en ese nuevo estado que lo único que me sacó de él, fue el sonido de la puerta al cerrarse.

El día ha terminado al fin. Entusiasmado, vi a Démo abrir la tapa del elefante de cristal mientras Daremó, que se había puesto de pie y descansaba sus piernas de tanto descanso, miraba ansioso los cientos y cientos de cacahuates que se convertirían pronto en preciados yaos para él. Démo se puso un guante y metió su musculosa mano en las entrañas del elefante, revolviendo los cacahuates con los ojos entrecerrados. Daremó sólo pensaba en el momento que le dieran la pequeña fortuna que había valido todo su trabajo, y se permitió fantasear. Probablemente pasaría antes a comprarse ropa nueva, al menos unos zapatos o calcetines; comida de algún restaurante de comida rápida, algo dulce con azúcar, algo para llevar a casa y comer en su cama. Y el resto se lo pondría en la cara a su madre, que no diría nada, ni lo felicitaría, sino que lo tomaría como si fuera el dinero de una deuda que había empezado a acumular desde su nacimiento. Más entonces soy testigo del inicio de la desgracia del pobre Daremó, pues Démo se le aproximó lentamente, sonriendo con lástima, como intentando consolarlo de antemano. En medio de su palma había una de esas semillas, una de esas infinitas gotas, que aún brillaba de rojo. Se había colado como Odiseo de las manos de Polifemo, que cegado no podía darse cuenta de que lo que dejaba salir de su caverna era la misma causa de su ceguera.

Estimado lector, si yo supiera dibujar me encantaría exponerle aquí los diversos retratos de Daremó que surgieron ante mis ojos. Hubiera expuesto cuatro de ellos: el primero al terminar de escuchar la terrible noticia y fijar los ojos sobre el cacahuete en la mano con guante. El segundo cuando Démo lo despidió con tanta gentileza como si aquello no hubiera sido un fracaso, diciéndole que al día siguiente el precio sería de cincuenta yáos por cacahuete, pero que por ahora, sentía mucho no poder pagarle. El tercero sería cuando en el camino de vuelta a su casa, justo frente a una de las tiendas de ropa a las que ya no podía entrar, o mejor junto al local de hamburguesas en el que ya no podía comer. El cuarto, y

el más triste, al momento de cruzar la puerta de su casa, su madre lista para recibir el dinero y, como si fuera una pintura, una nota al pie diciendo, obviamente por parte de Daremó: "Mañana me darán cincuenta yáos por cacahuate". La respuesta de la madre, o lo que sucedió después, preferiría no retratarlo más que como muecas de un regaño que se quedó congelado antes de salir.

Pero como no sé dibujar, debo caer en la bajeza de intentar representar con mil signos todo lo que habría podido con una imagen, mas aquello lo escribiré otro día, en otra lámina.

Extrañamente esa noche dormí muy bien. No puedo explicarlo. Mis músculos me ardían sólo instantes antes de quedarme dormido, y cuando escuché el despertador me sentí ligero, sin poder recordar haber soñado nada en particular. Alguna imagen volvió a mis recuerdos mientras me vestía, y otro tanto cuando salí de casa y me dirigí a la mansión. Debía ser una recreación del momento exacto en que el cacahuate con cáscara se había escapado de mis manos y se había infiltrado entre los demás. Una sensación fibrosa en mis manos me acompañó todo el camino, y mis dedos hacían el movimiento de quitar cáscaras de manera obsesiva. Me vi a mí mismo jugueteando el cacahuate con cáscara, y ésta estaba tan adherida que ni con todas mis fuerzas hubiera podido removerla. No sé si esas imágenes las creé en el momento o si eran recuerdos del sueño que había olvidado al despertar.

En fin, volví a mi posición, frente al embudo, la caja de metal, y al lado del elefante de cristal. Démo me volvió a dar las instrucciones, como si al hacerlo me dijera discretamente que tuviera más cuidado y que me distrajera menos. Cuando me quedé solo, y los cacahuates empezaron a caer, empecé a llorar; primero fue despacio y las lágrimas se quedaban colgando en mis ojos, pero luego empezaron a caer casi al mismo ritmo que los cacahuates en la caja metálica. Lo curioso es que no me sentía triste, ni enojado, ni nada: estaba como anestesiado, como la imagen de un sueño, pero de todos modos mi cuerpo había decidido reaccionar por sí mismo. Tal vez esas breves lágrimas eran la manera en que mi cuerpo me decía que concentrara mejor mi vista, que la "limpiara" de fantasías y me enfocara en lo que tenía en frente. Sea como sea, ese día tuve un cuidado obsesivo con los cacahuates. El sonido de aspiradora del elefante de cristal me pasó desapercibido de tanto que me concentré examinando cientos de veces un solo cacahuate antes de darlo por bien pelado. Esta vez acercaba el cacahuate desnudo muy cerca de mi cara, dándole vueltas y observando con sumo cuidado que no tuviera ni la menor partícula roja en su superficie, y al mismo tiempo me repetía gritándome a mí mismo en mi mente: "el cacahuate ya no tiene cáscara, el cacahuate ya no tiene cáscara", pero por más que me dijera lo mismo, o alguna variación semejante, siempre me daba pavor dejarlo ir por la trompa por miedo a

equivocarme, a que en realidad mis ojos me engaÑaran y estuviera mandando al elefante un cacahuete con cáscara en vez de uno pelado. Me tuve que repetir decenas de veces, incluso en voz baja, que mis dedos estaban pelando el cacahuete, y sentía que si no lo repetía obsesivamente era como si no lo pelara. Naturalmente los cacahuates empezaron a juntarse, ya que pelar exitosa y convincentemente cada uno me tomaba al menos veinte segundos. Afortunadamente la caja era bastante grande para que cada uno pudiera esperar su turno en paz, sin estarse amontonando demasiado.

Tanta concentración me llegó a abrumar eventualmente. Cuando uno pasa el inicial momento de energía durante un trabajo demandante, el cerebro empieza a exigir algún tipo de descanso, y ocurre que éste órgano tiene la costumbre de agarrar cualquier recuerdo que tenga en la bodega y lo pasa como un video o un audio en bucle: el fragmento de una canción o de una película, una antigua cara que no recordamos, o tan sólo una imagen de cemento del techo. Yo empecé a recordar contra mi voluntad precisamente esto último: al despertar, lo primero que vi fue una mancha en mi techo, y mi cerebro se empeñó en imaginar que parecía un cacahuete. Entonces mi propia voz, o más bien esa voz con la que todos pensamos que no es precisamente la nuestra, me dijo: "Apenas te despiertas y ya ves cacahuates". Eso hizo que apretara con más fuerza los cacahuates, pero el destino impidió que cometiera una locura (no sabría decir bien qué tipo de locura) cuando escuché la puerta abrirse. De nuevo ante la expectativa de que entrara el Rey del Cacahuete, apreté los músculos con todas mis fuerzas y me volví como un robot que no se desprendía de su trabajo. Afortunadamente mi cuerpo cooperó y me ayudó a esconder mi angustia cuando sentí al Rey del Cacahuete entrar al calabozo. Mis manos se movían en automático, lentas pero seguras. Mi cerebro se dividió en dos: una parte se encargaba de los cacahuates, pelándolos con la misma obsesión que ya os he descrito; la segunda había vuelto todo mi sentido del tacto y del oído hacia atrás de mí, donde estaba el Rey del Cacahuete. Puedo decir que durante ese tiempo fui dos personas en un solo cuerpo: una trabajaba y la otra vigilaba, pero las dos compartiendo el mismo temor.

El vigilante sintió que la figura de atrás se acercaba, lo que hizo que el trabajador se tensara al principio, pero rápidamente retomó su ritmo normal, concentrado y seguro. El vigilante, que estaba ciego pero no sordo ni insensible, percibió otra cosa que hizo a los dos sentir un escalofrío. Aún ahora, mucho tiempo después, intento darle una explicación a aquello que el vigilante sintió, y si no era más bien una ilusión táctil que percibía a través del aire que me separaba del Rey del Cacahuete. Lo que el vigilante reportó era que la figura detrás de nosotros era mucho más grande que la del día anterior, y por alguna razón tenía la certeza, a causa de alguna inexplicable agudización del sentido del tacto, de que no tenía una forma reconociblemente humana. Sabía que no tenía brazos, pies, cabeza, ni siquiera carne ni huesos ni nada, pero aun así sentía ojos que observaban y nariz que respiraba. El trabajador y el vigilante, o sea yo en plural, se sintieron desmayar en diferentes

momentos, y cada uno sostenía al otro para evitar que cayeran. Tuve miedo de que el Rey del Cacahuate pensara que me estaba desmayando, pero también tuve miedo de qué era precisamente la forma del Rey del Cacahuate, lo que a su vez me acercaba cada vez más al desmayo. Entonces tuve la sensación de despertar; es decir, seguía en el mismo lugar, y mis manos seguían pelando en automático, pero ya era de nuevo una sola persona y estaba solo en el calabozo. ¿Cuándo se fue el Rey del Cacahuate? ¿Me habría desmayado aunque sea por un segundo? ¿Seguí trabajando durante ese segundo de desmayo? No hubo tiempo para contestar nada, pues en ese momento entró Démo.

Revuelve la mano las entrañas llenas de cacahuates del elefante.
La mancha del techo gira, se retuerce como entre los dedos de dos manos.
Cuando en otro tiempo era libre y vestida.
Y ahora desnuda y encerrada.
Se mueven los cacahuates con ruidos de oleaje.
El concreto del techo se descascara, cayendo sobre mis ojos y nariz.
El embudo descansa ya.
Ahora muerto y apagado.
Sale el pequeño orbe vestido.
La mano que lo toma es su pedestal.
Veo una sonrisa de lástima sobre unos hombros amenazantes.
Qué mísero, mísero y con las entrañas quemándome.
El patio y luego la calle me abrigan.
Mañana suena como un día demasiado lejano.
Pero no quiero que llegue.
Aún tengo entre mis dedos la sequedad de las cáscaras.
En mis ojos los pedazos que cayeron del techo.
En mis oídos al elefante de vidrio barritando.
Mi voz potente ahora está ronca.
¿Cuántas noches afuera pasaré, entre las bancas y los árboles, cuando deje de ver las cáscaras entre mis dedos?

Esa noche soñé que dormía, y en mi sueño soñé que llegaba a mi casa y me dormía, y soñaba que llegaba y me dormía, y soñaba que llegaba y me dormía, tantas y tantas veces como una película que se repetía, cayendo cada vez más en un pozo de inconciencia al que quizá sólo los que estuvieron a punto de morir sintieron. En mi último sueño soñé que iba a la mansión del Rey del Cacahuate, me sentaba frente al embudo y pelaba

los cacahuates, y volvía a llegar el Rey del Cacahuate a observarme, pero a pesar de que sabía que era el Rey del Cacahuate, mi vigilante lo percibió como un perro enorme cuyo aliento me calentaba la espalda, luego llegaba Démo y, como si ya supiera donde meter la mano exactamente, sacaba de inmediato un cacahuate vestido. Y entonces me desperté de ese sueño y soñé de nuevo que iba a la mansión, que me ponía a pelar los cacahuates, que el Rey del Cacahuate llegaba, que lo percibía de alguna otra manera, que Démo llegaba y sacaba un cacahuate con cáscara, y me volví a despertar, y volví a ir a la mansión, y volví a pelar cacahuates, y volví a percibir al Rey del Cacahuate como otra cosa, y Démo volvió a entrar y volvió a sacar un cacahuate con cáscara, y me volví a despertar, y volví a la mansión, y volví a pelar cacahuates, y volví a percibir al Rey del Cacahuate como otra cosa, y Démo volvió a entrar y volvió a sacar un cacahuate con cáscara, y desperté, y fui, y trabajé, y percibí, y vi un cacahuate con cáscara, y desperté y fui y trabajé y percibí y volvía a aparecer un cacahuate con cáscara, y seguía despertando, yendo, trabajando, percibiendo y viendo sacar un cacahuate con cáscara, y de nuevo despertar e ir y trabajar y percibir y ver sacar un cacahuate con cáscara. Todo tan lentamente y sin conciencia, o si la tenía, ésta iba adormeciéndose con cada día que se repetía. Y el Rey del Cacahuate era a veces un cuervo gigante, o un hongo venenoso, o un espejo en el que veía mi espalda, o una mariposa sin alas, un tiburón sin aletas, un ciempiés sin patas, una casa sin techo, un árbol sin raíces, una mano sin uñas, una línea sin fin.

No sé si llegué a despertar realmente o si seguía en un sueño, pero tras una de las despertadas me sentí ebrio, con la boca seca como si hubiera comido tierra, y al caminar me tambaleaba con todo el cuerpo entumido. No era diferente a un sueño. Fui a la mansión, donde Démo me recibió y me deseó la mejor de las suertes, recordándome que ese día serían cien yáos por cacahuate. El embudo empezó a recibir cacahuates y el elefante despertó. Pelé cacahuates con tanta obsesión que me convencí de que al fin había despertado, aunque aclaro, incluso hoy no me atrevo a decir si ese día fue real o si sólo fue el último de mis sueños. Descascaré cada cacahuate, alimenté al elefante y arrojé las cáscaras al pozo. Tenía la impresión de que tardaba horas entre la caída del cacahuate y su entrada al elefante, y más horas entre cada descascarada y el tiempo de arrojar las cáscaras por el pozo, sólo que esta vez sabía que vendría el Rey del Cacahuate y, olvidándome de que ya había aceptado que estaba despierto, el vigilante se empeñó en adivinar de qué forma lo sentiría hoy. Y estaba yo en la parte más tensa de mi trabajo cuando la puerta se abrió y entró el Rey del Cacahuate, pero mi vigilante se encogió de horror, pues en vez de sentir que algo entró sintió que algo salió. ¿Qué salió exactamente? Todo lo que estaba a mi espalda: las paredes, la puerta, la lámpara que nos daba luz, aunque no por eso me sumí en la oscuridad; simplemente sentí que todo detrás de mí había salido por la puerta y no quedaba más que una pared de vacío, incluso el ruido del elefante fue atraído por aquella nada a mis espaldas y se ensordecó. Y yo seguía pelando cacahuates, y me pareció que entre más pelaba más se acercaba

ese vacío hacia mí. Y recibía un cacahuate, y lo pelaba y se lo daba al elefante, y el vacío se acercaba como una manta que ha cobrado vida y prepara una emboscada. Y pelaba los cacahuates y más se acercaba, y mis manos no hacían sino trabajar más rápido, y más rápido, y más rápido, hasta que el vigilante se sintió al borde de un abismo: las patas del banquito estaban en el borde, y poco a poco se iban quedando sin suelo en el que apoyarse.

Entonces sí me desmayé, de eso sí estoy seguro, aunque sólo haya sido en un sueño. Lo siguiente que recuerdo es que Démo había sacado del elefante un cacahuate con cáscara, y esta vez en lugar de sonreír paternalmente se vio triste, auténticamente triste, más quería yo llorar por verlo tan triste que por haber fallado definitivamente. Entonces volví a considerar la posibilidad de que fuera un sueño, pues no sentía nada, literalmente veía mi cuerpo moverse siendo yo tan sólo un espectador en mi propia cabeza. Me acompañó a la salida y me dijo:

—No todos están hechos para este trabajo, yo mismo lo intenté una vez y no lo logré.

Regresé a mi casa en el mismo estado, sin sentir nada, sin saber nada, sin darme cuenta de nada. Mi madre me esperaba. Me preguntó insistentemente qué había pasado, al principio esperando buenas noticias, pero luego, al ver que no le contestaba y sólo la ignoraba, se desbordó en ya no recuerdo cuántos improperios aberrantes contra mí, y su voz no cesó ni cuando entré en mi cuarto y cerré la puerta. Di un último vistazo a la mancha de cemento que había en el techo y ya no me pareció que tenía forma de cacahuate, por lo que de mí se escapó una única risa que me pareció muy estúpida, y me volví a reír de lo estúpida que fue.

Me dejé caer sobre mi cama, convencido de que en cualquier momento despertaría a otro sueño.

Y morí.

[1] La expresión "Rey del cacahuate" es un coloquialismo para referirse a las personas que aparentan estar ocupadas pero que sólo pierden el tiempo no haciendo nada.

Capítulo 19

Dildo mesopotámico

El concepto de humor colocacional fue usado por primera vez por la escritora danzilmaresa Selá Bí en uno de sus "Cuadernos de ideas". Lo definía como "el humor producido por la combinación de símbolos, sobre todo de forma verbal, que no tendrían por qué combinarse, o cuya combinación sea tan aleatoria, tan fuera de lugar o de plano tan absurda, que provocara risa". En el mismo escrito siguió ahondando en este humor colocacional hasta que, tal vez sin proponérselo, hubo creado suficiente material que sería la fuente de futuros escritos de ella misma y de otros. Algunos de sus cuentos posteriores se caracterizarían por usar ejemplos de humor colocacional en sus títulos, nombres de personajes y lugares. Su obra más famosa de este estilo fue su cuento "Nariz de cangrejo", en el cual el personaje principal, un niño llamado "Hipopótamo", descubría que todos los tipos de colocados que se le ocurrían por alguna razón se materializaban en la realidad, sin importar lo ilógicos que fueran, de ese modo le hizo salir branquias a un mandril, pelos a un pez y caspa a un pollito.

El humor colocacional pronto alcanzó gran fama entre los lectores de Selá Bí, y no tardaron en apoderarse de esta forma de humor para su vida diaria. No obstante, tal y como Selá Bí había descrito en sus "Cuadernos", el humor basado en colocaciones podía llegar a ser muy gracioso al punto de arrancar carcajadas, pero también advertía que, más frecuentemente que no, podía dar por resultado las formas más patéticas de intento de comedia, no sólo por no hacer reír sino por dar vergüenza ajena. Y es que era tan fácil sucumbir a las fáciles tentaciones de lo simplista, lo escatológico o al juego obvio de palabras, que muy pronto el concepto de humor colocacional, a causa de estas debilidades perpetradas por los fans, se ganó pronto la fama de ser una moda ridícula más de internet, y sus defensores tachados de inmaduros que buscaban atención. No obstante, varias comunidades en línea seguían abiertas a la esperanza de usar el humor colocacional de manera seria, como una fuente auténtica de humor inteligente. Se hicieron concursos donde se ofrecían pequeños premios, y retos en los que se tenía que improvisar la mayor cantidad de chistes colocacionales en menos tiempo, e incluso llegó a salir una convocatoria para publicar en un libro los mejores colocados de la red.

Al igual que con casi todas las modas y subculturas de internet, no faltaron los internautas que empezaron a ver el humor colocacional con ojos obsesivos, hasta tal punto que no pasaba día en que no compartieran con el mundo varios de los chistes colocacionales que se les ocurriera, todo con el propósito de encontrar la combinación de palabras definitiva para provocar la risa. Los había especializados en combinar sólo dos palabras, otros combinaban tres, algunos añadían preposiciones o hacían sintagmas más complejos, pero era una opinión casi universal que entre

más largo fuera la combinación de colocados, más probabilidades había de que no fuera gracioso. Surgieron foros y blogs hablando sobre qué tipo de vocabulario era más efectivo al combinarlo con otros tipos de vocabulario, y cuales era preferible evitar o usar con mucho cuidado, pues un ligero cambio en una de las palabras era la diferencia entre un colocado gracioso y uno estúpido.

Por supuesto, esta nueva moda del humor colocacional no era más que otra del montón en internet, una que, por más pequeña que se hubiera vuelto su comunidad, se resistía a morir. Sin embargo, un suceso sorprendente la hizo estallar casi de la noche a la mañana, posicionándola de nuevo bajo los reflectores de la cultura internetera, e incluso más allá. Las repercusiones de lo que sucedió, desafortunadamente, sacaron a la luz lo terrible que el lenguaje puede ser cuando se le da el suficiente poder.

Lo que ocurrió fue que, en un foro bastante conocido de Danzílmar, un usuario identificado con el pseudónimo de Inbáing empezó a abrir entradas explicando que se había propuesto a descubrir el mejor chiste de colocados del mundo. Argumentaba, refiriéndose a por qué decía que iba a descubrir en vez de inventar, que "el lenguaje es inventado, pero todo lo que hagamos con él es descubrimiento". Durante meses abrió decenas de hilos en los que exponía sus "descubrimientos colocacionales", así como algunas reflexiones sobre comentarios de Selá Bí en torno a las clasificaciones de los colocados. En un hilo decía: "La autora hizo bien en separar el humor colocacional del ocasionado por los juegos de palabras y otros más relacionados con la fonología, ortografía y gramática. El humor colocacional debe estar únicamente fundado en el léxico y sus relaciones semánticas". En otro lugar decía: "El humor colocacional tiene como objetivo la emisión o creación de una idea nueva, una quimera semántica que abra la posibilidad hacia una expansión de la realidad, por eso su principal objetivo, por extraño que parezca, no debería ser causar risa, sino inspirar". Sus comentarios obviamente fueron causa de acuerdos y desacuerdos entre las pequeñas comunidades que se interesaban por aquella moda. No habría pasado realmente nada más interesante con el tal Inbáing si no fuera porque un día publicó en un hilo el siguiente comunicado:

"Tengan buenos días.

No soy el propietario de la cuenta Inbáing. El propietario original era mi hermano, el cual lamento anunciar que murió hace algunos días. Son las circunstancias de su muerte, y la relación que tiene con el humor colocacional, lo que me impulsa a hacerles saber un poco sobre mi hermano y lo que lo llevó a la muerte.

Su nombre era Wéishen, estudiaba filología danzilmaresa en una universidad de nuestra ciudad. Había sido un gran fan de Selá Bí, y pronto

adquirió una obsesión muy fuerte por su humor de colocados. Durante meses esa obsesión llegó a marearnos a mí y a los demás miembros de mi familia; constantemente lanzaba chistes de colocados al aire y preguntaba si nos había parecido gracioso, aunque a veces le preocupaba más que fuera reflexivo o simplemente extraño. Ya sea que nos pareciera bueno o malo, siempre pedía explicaciones de por qué o por qué no lo era, y casi nunca quedaba satisfecho con nada incluso si nuestras risas eran auténticas, siempre regresaba a su cuarto como molesto o como si fuera él quien estuviera harto de que no nos lo tomáramos tan en serio como él. La verdad casi no hablaba con nosotros sobre lo que hacía aquí en este foro, simplemente se limitaba a comentarnos esporádicamente que algunos de los chistes que nos había contado habían sido bien recibidos o muy criticados. Una vez me dijo que no había podido dormir toda una noche porque estaba a punto de dar con el chiste de colocados perfecto, y durante las semanas siguientes su rostro se tornó ojeroso y pálido. Nos estábamos preocupando y ya habíamos planteado la posibilidad de llevarlo con un psiquiatra, pues su obsesión llegó a tal punto que varias veces llenó una de las paredes de nuestra habitación con cientos de hojas de cuadernos con diversas palabras escritas en ellas, y las observaba todas como si fueran un mapa o como si buscara relaciones entre ellas, y al mismo tiempo musitaba cosas que sólo él entendía. Yo me sentí personalmente inquieto cuando por las noches empecé a escucharlo murmurar puras palabras sueltas (él dormía en la cama de arriba), por esa razón lo confronté, le grité incluso que ya estaba perdiendo la cabeza por una moda de internet que sería olvidada pronto. Después de eso pareció calmarse y se mostró resignado, dijo que tenía razón, y al día siguiente se deshizo de las hojas de la pared. Poco a poco comenzó su recuperación. No quisiera sobreestimar la eficacia de mi regaño durante aquella noche, pero durante un tiempo todos creímos que fue debido a eso que empezó a dormir mejor y a comportarse de manera normal; ya no nos mencionaba los colocados ni nos hablaba de nada que tuviera que ver con este foro. Ahora que lo veo todo desde ahora, tengo la impresión de que solamente llevó su obsesión a un nivel más privado, mejor escondido, que permaneció invisible para nosotros, lo cual al parecer fue incluso más peligroso.

El día antes de morir estaba normal; habló de sus proyectos en la universidad y de otras cosas sin importancia. Sin embargo, me pareció que comió menos de lo usual, y algunas veces, tal vez recuerdo mal, tuve la impresión de que se reía por nada; no eran risas evidentes, sino muy pequeñas, casi inaudibles, que asemejaban al hipo o a una tos falsa. En ningún momento habló sobre los colocados. Nos fuimos a dormir normalmente; no lo oí murmurar. En la madrugada me despertó una risa. Era una risa que aumentaba en intensidad que primero me recordó a cómo se reía cuando le hacían cosquillas de niño, pero entonces se volvió más aguda, agónica y desesperada. Muy pronto se volvieron alaridos de risa que aumentaron hasta parecerme gritos de tortura. Me levanté sobresaltado y encendí la luz. Mi hermano estaba sentado sobre su cama protegiéndose el abdomen con los brazos y con la cara contraída en una

desagradable mueca de risa dolorosa. Grité qué le pasaba, si se había lastimado, pero él, incapaz de contestar por la risa, bajó de un salto de la cama; casi se da de cabeza con el piso. Como si combatiera contra un poderoso veneno que le hiciera reír, se arrastró hacia su escritorio. Para ese momento ya habían despertado nuestros padres y tocaban la puerta, espantados por lo que parecían ser gritos de agonía; tiempo después me dijeron que creyeron que a alguien le habían cortado un dedo de lo desgarradores que se oían los gritos. Casi al mismo tiempo que entraron a nuestra habitación, mi hermano se las arregló para tomar lápiz y papel y, sin dejar de lanzar esa risa endemoniada, escribió algo poniendo toda la vida que le quedaba en controlar el lápiz, y al mismo tiempo su piel se alternaba entre un rojo intenso y un pálido de muerte. Nuestro instinto como familia fue acudir a él para intentar estabilizarlo, mi madre corrió a llamar una ambulancia, mi padre y yo lo obligamos a recostarse en el suelo e intentamos tranquilizarlo diciéndole de todo. Minutos después, mi hermano había adquirido una expresión de risa repugnante, que sólo puedo comparar a los estados más graves de alguna intoxicación por drogas, o como si algún ser invisible lo estuviera ahorcando. La risa dejó de oírse; se apagó en cuanto sus pulmones perdieron la capacidad de absorber aire, pero eso sólo le hizo abrir todavía más la boca con una carcajada silenciosa final. Entonces empezó a quedarse quieto. Mi padre y yo no sabíamos qué hacer. Mi madre regresó y casi se desmaya al ver a mi hermano pálido, con la quijada casi desencajada y los miembros rígidos. Antes de que la ambulancia llegara, mi hermano ya había muerto.

La causa de su muerte se debió a un infarto, y aunque no lo hubiera tenido es probable que la asfixia provocada por la risa continua lo hubiera matado.

Días después del funeral, estando yo solo en nuestro cuarto, volví a ver el cuaderno en el que mi hermano había escrito algo antes de morir. De hecho era un cuaderno lleno de ejemplos de chistes de colocados, también con algunas reflexiones sobre el tema. En la última página encontré el último chiste que había escrito, así como su nombre de usuario en este foro y su contraseña. Entendí que su último deseo era que ese último chiste, que lo había llevado a la tumba, fuera conocido por todos aquí, y eso es lo que vine a hacer.

Debo aclarar también que en un primer momento no me di cuenta de que lo que había escrito se suponía que fuera un chiste, de hecho me paralicé de miedo cuando pensé que ésa era su intención, pero al ver que no me empezaba a reír hasta morir, lo analicé mejor y concluí que era una estupidez: no me causó la más mínima risa, es más, me causó un tremendo coraje pensar que mi hermano había encontrado tal tontería lo suficientemente graciosa como para morir por ella. La única razón por la que se los voy a compartir es precisamente porque es tan malo que no hay manera de que nadie más resulte afectado por él, y si mi hermano no hubiera dejado el indicio de que quería que los de esta página lo conocieran, no me habría molestado en escribir todo esto.

No quiero volver a hablar de colocados nunca más. Terminaré este post

con el colocado de mi hermano.

"Chiste de colocados se vuelve viral y ya ha matado a más de veinte personas"

"El chiste de colocados que tiene 50% de probabilidades de matarte, ¿te atreves a leerlo?"

"Escándalo después de que se volviera viral un chiste de colocados que ya ha matado a varias personas"

"Es un chiste estúpido, ¿cómo podría alguien morir por él?"

"Un amigo mío se murió después de que leyó ese chiste, ¡elimínenlo antes de que más gente lo vea!"

"No me voy arriesgar a leerlo"

"Nuevo reto de internet: leer el colocado maldito"

"...Entonces voy a leer el llamado colocado maldito, que según dicen puede parecerte tan tonto que no te haga nada, o puede resultarte tan gracioso que te mate de risa literalmente"

"Videoblogger muere en directo tras leer el colocado maldito"

"El colocado maldito ya ha cobrado la vida de más de doscientas personas. Muchas de las páginas que lo publicaron han sido dadas de baja temporal por las autoridades y se desalienta a los internautas buscar cualquier información sobre el chiste"

"Internet bloquea toda referencia al colocado maldito. Es ahora imposible localizarlo desde un buscador"

"Un grupo de personas que leyeron el colocado maldito sin morir abren comunidad para seguirlo viralizando"

"¿Qué le pasa a esa gente que sigue escribiendo el colocado por todas partes?"

"A un año del surgimiento del colocado maldito, ya son más de quinientas personas las que han perdido la vida por leerlo, entre ellos se incluyen varios menores de trece años"

"Hemos tomado medidas, pero internet sigue sin ser seguro"

"Se sancionará con cárcel a todo aquel que mencione o escriba cualquier cosa relacionada al llamado colocado maldito"

"Una cadena vuelve a hacer viral el colocado maldito. La cadena se envía a las cuentas de correo electrónico aparentando provenir de alguna dirección conocida tomada de las direcciones del usuario. Al abrirla aparece el colocado maldito en el cuerpo del mensaje"

"La cadena que publicaba el colocado maldito ha sido contenida, aunque se teme que todavía pudiera aparecer en los buzones de entrada. Se alienta a tener mucho cuidado y a eliminar todo mensaje extraño"

"La cadena viral cobra la vida de más de cien personas"

"¿Conoces el chiste por el cual te podrían meter a la cárcel? Hace más de un año se hizo viral un chiste de colocados que era tan gracioso para algunas personas que terminaban muertas. Hoy en día, la reproducción de

ese chiste ha provocado cuentas suspendidas, arrestos e incluso el cierre de algunas páginas, pero ¿cuál es el origen de ese chiste, quién lo inventó, qué pasó con esa persona? Recientemente una persona publicó la historia que había sido publicada en el foro donde el chiste comenzó. Alegando ser una de las personas que no encontró el chiste gracioso, había copiado el mensaje original escrito por el hermano del inventor del chiste. La historia la conservó después de que el foro hubiera sido eliminado por las autoridades y ahora la comparte de forma íntegra salvo por el chiste maldito. En este video vamos a leer esa historia"

"Jóvenes matan a compañero de colegio diciéndole el colocado maldito... las chicas, que habrían sido inmunes al colocado, en un arranque de ira empezaron a gritar el colocado maldito a una compañera, provocándole la muerte..."

"Más casos de muertos después de ser "atacados" con el colocado maldito por parte de personas inmunes"

"El colocado maldito es usado como arma durante ataque a banco"

"Crece la preocupación de que el colocado maldito avance más allá de internet"

"Tragedia ocurrida en un centro comercial después de que un grupo enmascarado colgara una manta con el colocado maldito en el centro de la plaza. Los muertos ascienden a 84"

"Grafitis con el colocado maldito aparecen en las calles de varias ciudades. El tránsito ha tenido que ser detenido y los ciudadanos tienen miedo de salir"

"Detenido hombre que se puso a gritar el colocado maldito desde una azotea"

"Hombre detenido por gritar el colocado maldito se rehúsa a dejar de hacerlo. Se ha recomendado extraerle la lengua quirúrgicamente"

"Aumenta el pánico de que la gente inmune al colocado pueda usarlo para cometer actos delictivos"

"Más de la mitad de la población admite no sentirse segura en presencia de los inmunes al colocado"

"Entrevista a un inmune al colocado: Muchos de mis amigos ya no quieren estar cerca de mí"

"Aumenta el número de inmunes al colocado maldito que acuden a clínicas de memoria para intentar olvidarlo. Dicen que no importa si acaban perdiendo parte de las memorias de sus vidas, cualquier cosa es mejor que seguir recordando el colocado maldito"

"El gobierno alienta a la ciudadanía inmune al colocado a asistir a terapias para eliminar el colocado de sus memorias"

"Inaudito suceso: el colocado maldito apareció grabado con letras gigantes en la luna"

Para evitar desgracias, mis alter egos y yo hemos decidido publicar esta

historia sólo en los universos en los que el colocado maldito no sea considerado gracioso por nadie.

Capítulo 20

Un espejo

Para regresar caminando hasta mi casa desde la Universidad Central de Bíhem, tomé la avenida Dák Hémk[1] y caminé dos kilómetros contemplando las esculturas modernas que me distraían del aburrido suelo con motivos pentagonales, somníferos. Pero también me harté de los brazos que salían de los torsos desnudos, de los árboles con caras en las hojas, de las columnas de mármol abultadas en el centro como embarazadas de pelotas enormes, de las plantas hechas de basura y vehículos cortados de forma que parecían enterrados en el suelo. Salía hacia la colonia Áihen Rúl, en cuyos cuatro parques contiguos los viejitos hacían ejercicio al viento de la tarde; desde el punto más elevado, casi a la mitad del tercer parque, se podía ver a lo lejos al océano, y a la espuma de sus olas como serpientes aterciopeladas que se despedazaban y volvían a formar. Caminé calle abajo y crucé otras colonias, donde me detuve unos momentos ante algunas tiendas de ropa, pero mi bolsillo no me permitió entrar en ninguna.

Llegué a mi casa en la colonia Séiki Míu Gríh. Mi padre salía de su estudio en el momento en el que yo entraba. Apenas intercambiamos un "bienvenida" y un "hola", y me fui a bañar.

Pocas veces tendrías un fin de semana tranquilo; aprovéchalo para cerrar un rato los ojos y el cerebro, sobre tu cama, con tu ropa holgada ante el viento de la ventana, mientras cae la tarde.

[Pedí la parada. El camión F-34 frena suavemente...]

Miras el techo, donde te parece ver la cara de un bebé en una de las manchas de concreto, atravesada por grietas.

[Oía muy limpio, lo que significaba que un bebé quizás había vomitado hacía poco y se habían apresurado a disfrazar el olor con detergente...]

Habías sentido el olor a fresa, tan penetrante que te quemaba la nariz. Te pones de lado.

[Fui hasta uno de los asientos de atrás, junto a la ventana. Había sólo ocho personas; dos hablando; seis calladas. El autobús avanzaba saltando entre el sol y las sombras de los árboles, sus ramas eran como los brazos de las feas esculturas...]

Revisas la hora y ves que son las 5:34. Buscas algo que hacer, pero no lo encuentras. Tus pies aún te arden por la larga caminata, y a la vez están entumidos por tanto tiempo de inmovilidad.

[La sacudida de un tope casi me hace levantarme de mi asiento. La falta de piedad del conductor me hace tener que prepararme para el siguiente

salto mientras pasábamos por esa zona en la que hay tanto una escuela como un hospital...]

Sientes la sacudida y casi te levantas de la cama al sentirte caer. Le das la espalda al techo e intentas dormir.

[La ciudad pasa y desaparece de mi visión; un juego de tintes: verde de árboles, gris de concreto, azul de cielo, blanco de nubes, rojo, azul, amarillo y otros entre los edificios y anuncios. Todo es somnífero...]

Cabeceas contra la almohada y sientes un cristal caliente y sucio en tu frente. Cierras los ojos y ves las montañas a lo lejos. Dentro del camión te acompaña también la sensación del mar.

“Una luna con memoria yace entre mis manos”

Líru se ve encerrada en los confines del espejo que Kuánt le ha puesto en la cara.

“Una memoria muda; todo es imagen”.

Oscuridad de bolsillos, luces parpadeantes. Tiempos y espacios encerrados: un azul por el cielo, un blanco por las nubes, un verde por los árboles y un gris por las calles.

—Pero observa con atención —dice Kuánt, y añade—: La memoria guarda lo que ve, y lo que nunca pasó.

Líru toma el espejo; su cara muta en paredes, mesas y ventanas.

—Mira mucho más de cerca —dice Kuánt.

El primero en reflejarse es su creador, un hombre de edad avanzada al que poco después se lo robaron mientras dormía. La mano negra del ladrón espantó a Líru.

—Se habían enterado del misterio del espejo que nunca olvida —dijo Kuánt—. Dicen que el viejo murió del coraje al despertar y ver que su milagrosa creación se había esfumado.

Líru vio cómo entregaban el espejo a una jovencita, que por unos días usó para intentar maquillarse antes de fastidiarse de siempre ver al viejo, la oscuridad, la mano ladrona, todo el trayecto hasta sus manos y a sí misma intentando adornarse con pintura la cara.

—El ladrón no entregó el espejo al que se lo encargó, quién sabe por qué. Pero dado lo barato que lo vendió al comerciante, supongo que algo habrá pasado entre ellos para haber encendido algún tipo de rencor. Luego, el comerciante se lo habrá regalado a su hija.

Cuando la hija alertó a su padre de las rarezas del espejo, éste se iluminó de asombro, luego de avaricia, y le cambió el espejo por otro de plata mucho más bonito. Después el espejo no recordó más que la oscuridad del

escondite donde fue celosamente guardado. Pronto apareció tras un destello de luz el rostro de otro comerciante, que lo observó con igual deseo.

—Para hacer la historia corta —dijo Kuánt—, pasó de mano en mano hasta que su último propietario, muerto hace diez años, lo guardó para siempre en una caja fuerte.

Líru vio el rostro de Kuánt en el espejo, y de ahí sólo hubo momentos oscuros entre periodos en los que él se perdía en sus profundidades, y sus ojos parecían verla a ella fijamente durante lo que debían ser sus contemplaciones de las historias almacenadas en el espejo.

Eventualmente vio el autobús, y se vio a sí misma sentada mirando por la ventana. Se vio reaccionar cuando Kuánt la saludó y preguntó si podía sentarse. Sólo sus labios se habían movido en lo que habría sido un “sí”, y vio el asiento de enfrente y la nuca del conductor. Las imágenes eran mudas, pero su cerebro las llenó con sonidos:

“Perdone que la moleste, pero ¿le gusta el espejo que me cuelga del cuello?”

En el pecho de Kuánt apareció un rostro incómodo que de inmediato le desvió la mirada. Vio a Kuánt hablándole al espejo:

“Si tú lo quieres, es tuyo. De nada me sirve a mí.”

—Es sólo un truco —dije mirando a la pared.

—Yo eso pensé cuando me contaron del espejo —dijo él.

—Ya déjame en paz.

Me senté en la cama y sentí el asiento duro a mi espalda.

—Pero muestra también lo que nunca pasó.

Lo puso en mis manos, súbitamente las separé como si me hubiera dado carbón caliente. Debí haberlo lanzado por la ventana, pero en su lugar vi mi cara y una mezcla de movimientos, colores y formas que se retorcían y desaparecían antes de decidirse a existir en algo concreto, y al final sólo distinguí al sol cayendo entre las ramas de un árbol.

—El que mucho medita sobre la imagen de uno, la deja impregnada en el espejo, y comienza a ver lo que pudo o debió pasar. No me importa ver al viejo creador, al ladrón, a la niña, a los comerciantes o todos los momentos de oscuridad y luz, ni mi propia historia una y otra vez. Pero no soporto cuando empiezo a ver lo que pude haber sido o lo que me pudo haber pasado. Por eso ya no lo quiero. Sin embargo, soy consciente de que su misterio podría encontrar un dueño más tolerante y fuerte que yo; no tengo el corazón para destruirlo o abandonarlo a su suerte.

Ahora me veo diciéndole que no podía sentarse a mi lado, mandándolo al diablo cuando me mostró el espejo, cambiando de lugar para no seguir soportándolo.

[Te levantas porque sientes dura la cama...]

“¿Entonces lo quieres?”

[Comienzas a caminar porque sientes que a tus piernas les falta movimiento...]

Me veo parada esperando el autobús. Luego me dieron ganas de caminar y fui por la avenida Dák Hémk, vi las esculturas feas, entré a los parques, vi las olas, las tiendas de ropa.

[Te tiemblan las piernas y te dejas caer sentada sobre la cama. Sales de tu cuarto y tu padre te pregunta algo, pero no lo escuchas. Te asomas por la puerta principal...]

Vi mi casa a lo lejos.

Sus ojos seguían clavados en el techo cuando la noche finalmente ha caído. La mancha de concreto del techo ahora parece el espejo, como un pequeño ojo.

Sacó el espejo de su pantalón y se contempló en él: dos personas juegan con un niño y una niña; todos se sienten satisfechos.

“Sólo es un pedazo de cristal, que como un disco vuela hacia la luna”.

[1] “Gran río”.